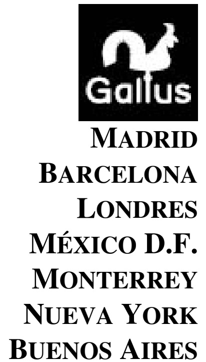

EL CÁRTEL
DE BAGRAM
GUSTAVO SIERRA
Gallus

Novelas Gallus
002



MADRID
BARCELONA
LONDRES
MÉXICO D.F.
MONTERREY
NUEVA YORK
BUENOS AIRES


EL CÁRTEL
DE BAGRAM
GUSTAVO SIERRA


Gallus

Gallus
novelasgallus.com

La colección Gallus agrupa novelas hiperrealistas contemporáneas preferentemente situadas en acontecimientos mundiales posteriores a 1930. Como novela, ésta es una obra de ficción y cualquier parecido con personajes, situaciones o sucesos reales es una pura ilusión. La editorial no tiene responsabilidad alguna sobre el contenido de la obra que es fruto de la originalidad de sus autores.

EAN-ISBN13: 9788483562208
Coordinador editorial: Marcelino Elosua
Editor: Nuria Coronado
Maquetación: Rearview Mirror
Diseño de la cubierta: El Laboratorio
Impresión: Cofás, S.A.
Depósito legal: M-XX.XXX-2012

Impreso en España / Printed in Spain

Primera edición: febrero de 2012



A la memoria de John Torres

01
¡Mata el miedo, *Bro!*

Los *katyusha* pasan a la velocidad de un rayo por encima de su cabeza y van a dar directamente al techo del depósito de suministros. La explosión obliga a John, primero a agacharse y después a meterse debajo de un *humvee.* Su cabeza parece reventar por una mezcla de miedo, confusión, ruido y olor nauseabundo. El polvo se mezcla con el vapor de la gasolina barata. Uno, dos, tres. Fuuuuummm. Cuatro, cinco, seis. Brooouuuumm. Los misiles van pegando uno a uno contra la estructura de metal. La explosión deja un humo verde. Las chapas saltan para todos lados. Los guardias del portón de entrada a la base toman posición de inmediato pero no saben a qué disparar.

La sirena de alarma suena con cierta disfonía. Entra en los oídos como el chirrido del acero. Otros soldados corren de un lugar para otro. Una ametralladora pesada ubicada en una torreta a unos diez metros de altura comienza a disparar. Tacatetacatacatetaca. Y los guardias la siguen con sus M-16. Recién en ese momento, John logra ver una columna de humo negro que aparece por detrás de la colina de Mahigit, probablemente a un kilómetro o dos de distancia. Los disparos ahora son dirigidos hacia ese lugar. También son inútiles, en general los talibanes montan los pequeños misiles chinos en una lanzadera y escapan. Lo hacen muy frecuentemente. Hace dos semanas la lanzadera estaba arriba de un pequeño carro tirado por un burrito. La combustión de la salida de los *katyusha* prendió fuego a la cola del animal que comenzó a correr y los misiles se dispararon para cualquier lado. Murieron tres afganos inocentes que pasaban por allí de regreso de su trabajo en el campo, entre ellos una niña de once años.

Esta vez, los misiles deben haber salido de un lugar más firme. Están dando en el blanco predeterminado pero no causan un daño severo. Los soldados de la guardia ya se preparan para ir tras los atacantes. Cuando John se da vuelta logra ver del otro lado, en la calle principal de la base, un movimiento absolutamente inusual. Dos hombres que parecen sargentos o cabos se mueven como si fueran comandos participando del ataque. Son claramente suboficiales estadounidenses. Van casi arrastrándose pero a gran velocidad.

Parecen haber entrado en ese instante a la base. Llevan unas bolsas negras en la mano. Aprovechan la confusión para escabullirse entre los camiones estacionados y desaparecen en el camino que lleva al sector UXC-1, mejor conocido como *la funeraria*–donde apilan los cadáveres de los caídos en combate; allí los meten en cajones que subirán al *Hércules* o a un *Galaxy* más pequeño, que primero los llevará a una base en Alemania y luego a Dover, en Delaware, desde donde los repartirán a diferentes ciudades perdidas del medioeste y el sur de Estados Unidos. Muy pocos, casi ninguno, va hacia Washington, al más honorable cementerio de Arlington–. Los dos hombres no parecen estar huyendo del ataque. Están en una misión particular. «*Fucking*, hijos de puta», piensa John. «¿Qué están haciendo estos? ¿Qué contienen esas bolsas? Seguramente es heroína. Tiene que ser heroína–se dice a sí mismo-, mientras recuerda que vio a un sargento charlando amablemente con un haji (como los soldados estadounidenses llaman a cualquier local) y recibiendo un paquete envuelto en una bolsa de plástico negra». La heroína es el producto más valioso en poder de los afganos.

Pero no pudo reparar en el asunto más que unas fracciones de segundo. Los muchachos de la patrulla de incendios ya están trabajando con el camión de espuma que tienen siempre estacionado en esa zona. En tres minutos todo es una gran humareda pero ya no hay fuego. John tiene que alistarse en ese lugar lo antes posible. Es el encargado de suministros y uno de los jefes del depósito más importante de la base de Bagram, en el corazón de Afganistán, y debe estimar los daños. Sale por debajo del *humvee* y da una última mirada hacia *la funeraria*. No ve nada que no sea una sombra gris amarronada de las que cubren el desierto afgano.

Una partida de colchones arruinados, también una tonelada de botellas de Coca-Cola alcanzadas de lleno por uno de los *katyusha*. El líquido marrón corre por las alcantarillas y las enormes moscas afganas ya están borrachas de azúcar. Varias cajas de botas, de esas de goma y lona que le dan a los reclutas, también quedaron estropeadas. Hay que reparar un sector importante del techo y limpiar. Habrá que fregar por al menos dos o tres días seguidos. John anota todo meticulosamente en unas planillas. Es contador. Logró estudiar entre su primera misión en Bosnia y este regreso forzado por las guerras de George W. Bush. Sabe que la clave de su trabajo y de la organización interna de la base y el ejército está en esos números precisos que él y muchos otros burócratas militares colocan en las planillas enviadas por el Pentágono. Mientras cuenta exactamente cuántas botellas de gaseosas se destruyeron ve en el fondo del galpón a un sargento negro que se llama Luther, pero que todos conocen como TJ, quien compone raps en los que se mofa de la vida militar y pone a parir a los jefes más duros. Los canta con voz de borracho cada vez que hay un momento de dispersión en la barraca de los *chocolate*. Así le dicen los hispanos a los negros, generalmente precedido del clásico *fucking*. Curiosamente, los hispanos son los *brownies* para los blancos–como el viejo

George Bush bautizó directamente a sus nietos, hijos de una colombiana–y los negros les lanzan algún *wet back* (espalda mojada) por haber cruzado ilegalmente el Río Bravo. Los negros tienen un estatus en el ejército estadounidense que les permite hacer lo que ya no pueden en las calles de los guetos de Nueva York, Chicago o Los Ángeles porque allí los latinos superan en número a los negros. Las bandas de los *Bloods* o los *Crips* fueron largamente sobrepasadas en violencia y horror por la Mara Salvatrucha o la Mara 18. En el ejército, los negros lograron mejores posiciones que los hispanos. Por ahora. Y ahí, a unos metros de donde está John, hay un ejemplo muy raro de convivencia, una escena pocas veces vista en la base. El sargento TJ está bromeando con un coronel blanco que lo dobla en edad. Y si la sombra gris amarronada no lo confunde, John cree que TJ es uno de los dos hombres que entraron a la base aprovechando la confusión del ataque de los talibanes y se perdieron en la zona de *la funeraria*.

* * * * *

Juan Torres, el cordobés, el padre de Juancito, de John como le dicen desde que llegaron a los Estados Unidos, está en la otra punta del mundo, sirviendo un banquete en el hotel donde trabaja en el centro de Chicago. Hace ya casi un año que no ve a su hijo pero piensa en él todo el tiempo. No deja de preocuparse nunca. Cada vez que escucha la palabra Afganistán, en una radio o un televisor salta a subir el volumen. Hoy, una vez que pasen el postre va a hablar un famosísimo periodista del *Chicago Tribune* sobre la guerra y no quiere perderse nada. Él es el banquete *captain* y tiene a su cargo veinte camareros. Debe lograr que todo salga perfecto para relajarse en el momento en que comiencen a servir el café. En ese instante, podrá pararse en un costado del salón y escuchar. Necesita saber qué le puede pasar a su hijo. Necesita entender por qué John y otros miles de chicos están en Afganistán.

Juan es un tipo sencillo, de trabajo, asado argentino–cuando logra conseguir un poco de carne buena en un barrio latino del Este de Chicago–, partidos de fútbol, algún mate cuando se acuerda de comprar yerba y muchas, muchas horas de trabajo.

Antes ni siquiera tenía tiempo para leer los diarios. A veces veía algún noticiero de televisión. En el auto, escuchaba las noticias locales por la radio. Pero ahora, se abalanza sobre cada periódico que dejan por ahí tirado los huéspedes. Y sigue las noticias con la atención de un chico de la Segunda Guerra Mundial que avanzaba banderitas sobre un mapa de Europa acompañando la movilización de las tropas y las descripciones de las batallas.

– Fijáte la mesa seis, Horace. Nilda, apuráte que ya están terminando el segundo plato–va ordenando y controlando Juan mientras los meseros pasan con las bandejas–. El equipo de banquetes tiene la misma composición racial que el resto de la fuerza laboral de los hoteles de

Chicago. El 70% hispanos, 25% negros y algún estudiante blanco perdido por allí trabajando para pagarse la universidad. Juan es el jefe porque siempre fue el más trabajador y porque tiene más de veinte años de experiencia en desayunos, almuerzos, cenas, casamientos, despedidas y seminarios en varios hoteles de Houston, en Texas. Cambió la calidez del sur por el frío de Chicago cuando lo llamó un antiguo jefe para ofrecerle casi el doble de sueldo de lo que ganaba. No lo pensó. Tenía que pagar los estudios de sus dos hijos. La chica estudiaba arquitectura y es una carrera muy cara. John cometió el error de enrolarse en el ejército cuando no había cumplido todavía 18 años, tuvo la suerte de que lo dejaran ir a estudiar y terminar su carrera de contador. Ahora, le faltan seis meses para cumplir con el contrato, planea casarse con una texana y trabajar en una de esas grandes firmas que hacen controles de empresas en todo el mundo desde algún pueblito en Arkansas u Ohio.

– ¡Vamos, vamos, Erick!–ordena Juan en voz baja pero insistente y con un tono demasiado nervioso para este hombre muy calmo–. Hay tensión también en el auditorio cuando en general se trata de una formalidad: un almuerzo con un discurso al final de alguien que cuente algo que se pueda olvidar en un rato. El encuentro está organizado por los inversionistas de una compañía internacional de compra y venta de casas con sede aquí en Chicago. En la mañana, ya se dieron los balances y están todos contentos porque se van a llevar unas buenas ganancias este año. El consejero delegado, un gordo enorme de traje *beige* y corbata Dior rosa a rayas, ya dio su discurso y a todos les pareció que el plan de expansión que propone va a funcionar muy bien. También habló un economista sobre las *subprime*, quien explicó cómo las hipotecas van a estar disponibles para todos en los bancos con lo que la actividad de bienes raíces vivirá un *boom* extraordinario. Para los postres, los agentes inmobiliarios siempre se guardan la charla del invitado, un conferencista que los ilustra sobre algún tema alejado de sus realidades cotidianas. Todavía recuerdan cuando, una vez, en los ochenta, trajeron a Jane Fonda y los hizo hacer a todos un *workout.* Otra vez llevaron a John Young, un ex astronauta del Apolo XVI, de quien nadie recuerda que fue uno de los hombres que más tiempo pasó caminando en la luna. Este año necesitaban a alguien que les hablara un poco de las guerras, ya pasaron más de dos años de la invasión a Afganistán y casi un año de la de Irak. Y las cosas no van muy bien. Para eso está ahí esperando pacientemente Ken Mattling, del *Chicago Tribune,* que acaba de regresar después de seis meses en Bagdad. Y uno de los más entusiasmados por escucharlo no es ningún agente inmobiliario, sino el *captain* de este salón Nebraska del hotel Enterprise, cerca de la North Michigan Avenue. Cada vez que se menciona la guerra, a Juan le empieza a dar un dolor en la boca del estómago. Ya sabe que es nervioso. Cuando escucha algo sobre Afganistán, se le nubla la vista y se le aparece muy claramente la cara de su hijo John en uniforme en la base

de Bagram. Y, ahora, para empeorar la situación, hace tres días que no recibe un correo electrónico de él.

* * * * *

Bagram fue un típico y muy antiguo pueblo de la Ruta de la Seda hasta que a los soviéticos se les ocurrió levantar ahí, en la conjunción de los valles de Ghorband y Panjshir, a 60 kilómetros de Kabul, su principal base aérea. El Kremlin había ordenado, en 1979, la invasión de su país vecino olvidando que los afganos jamás pudieron ser conquistados. Los británicos lo intentaron dos veces en el siglo XIX y fracasaron. Los soviéticos tuvieron que emprender una vergonzosa retirada en 1989 tras una guerra contra los *muyahaidines* (milicianos musulmanes) venidos de todo el mundo para pelear la Yihad (guerra santa) financiada por la CIA. Fue la última de las batallas de la Guerra Fría y Bagram, uno de los escenarios finales. En uno de los pocos viajes que John hizo hasta Kabul, pudo ver toda la parafernalia militar soviética que todavía queda por ahí convertida en chatarra y desechada al costado de una ruta plagada de minas antipersonales.

De todos modos, como en el resto de Afganistán, en la memo-ria de los campesinos permanece el recuerdo de la grandeza de tiempos inmemoriales. Bagram ya existía cuando llegó Alejandro el Grande en el 320 A.C. y la rebautizó como Alejandría del Cáucaso. Antes había estado en manos persas y luego llegó a las de varias dinastías indias. En el primer siglo de nuestra era, pasó a denominarse Kapisa. Ese fue su nombre hasta el medievo. Los *pashtunes*, que aún dominan esa zona, le devolvieron su nombre. Los soviéticos la convirtieron en una fortaleza militar. Al finalizar la guerra afgano-soviética, fue tomada en sucesivas olas por diferentes grupos de combatientes. Osama bin Laden la usó como uno de sus campos de entrenamiento entre 1995 y 2001. Las fuerzas especiales británicas se apoderaron de Bagram inmediatamente después de la caída del régimen talibán tras los atentados del 11/S. Los estadounidenses la convirtieron enseguida en su mayor base de opera-ciones y centro de detención e interrogatorio de prisioneros. Comenzó a conocerse como «el otro Guantánamo».

John, así como el 90% de los soldados y oficiales de la base, tiene prohibido traspasar el muro *beige* y el portón verde que es el corazón del JSOC, el Joint Special Operations Command, y la DIA, la Defense Intelligence Agency, que custodia a los prisioneros de guerra que llegan a la «cárcel negra» para ser interrogados. Es un lugar amplio repleto de pasillos, recovecos y subsuelos donde se contaron hasta setecientos prisioneros en un mismo momento. Nadie sabe muy bien cuántos hombres pasaron por esas mazmorras en los últimos años. Los más importantes, o a los que se cree que les pueden sacar más información sobre las actividades de la red terrorista Al Qaeda, van a Guantánamo. El resto puede pasar ahí años sin una sola visita y sin que el

Comité Internacional de la Cruz Roja los pueda ver. Todo eso está muy por encima de la nariz de John. Nunca se cruza con los interrogadores o guardias de la prisión negra. Ellos viven, comen y tienen sus recreaciones fuera del alcance de los soldados, suboficiales y oficiales que deben mantener en funcionamiento esta enorme base de 132.000 metros cuadrados, sus tres hangares, el edificio de la aduana, la torre de control reconstruida después de ser impactada por misiles de todos lados, y la pista capaz de recibir hasta los *Boeing 747* de la transportadora de carga Kalitta Air–una de las tantas compañías de la CIA–, además de toda la flota aérea estadounidense estacionada junto a los 53.000 soldados que llegaron a Afganistán.

John no está preocupado por todo eso. Sabe que forma parte de la operación para destruir las redes terroristas de los radicales islámicos y él es apenas un pequeño engranaje dedicado a contabilizar la entrada y salida de suministros. Lo que le preocupa a este soldado de origen argentino son esos raros movimientos de suboficiales entrando y saliendo de la base con bolsas de heroína. En algún momento podría venirse todo contra él. ¿Qué pasaría si descubren en su galpón que alguien ocultó drogas? Conoce muy bien a sus compañeros que salen casi todos los sábados a comprar heroína a treinta dólares la bolsa, en el mercado que está ahí nomás en la puerta de la base. Sabe que muchas veces esos mismos muchachos se roban equipos y ropa para cambiarla por la droga. Eso es evidente por la cantidad de chalecos antibalas, cuchillos de guerra, binoculares, botas y hasta chaquetas del uniforme que están a la vista para la venta en los puestitos del mercado. Todo eso salió de la base y fue transado por la mercadería más valiosa que tienen para ofrecer los afganos. Este es el país con la mayor plantación de amapolas en todo el mundo. Aquí se produce opio desde que el rey mongol Babur dominaba estas tierras. El opio se fumó en Asia por siglos hasta que llegó a Europa. Del opio se destiló el láudano en la Edad Media hasta que se descubrió la morfina y posteriormente la heroína. Hoy, Afganistán produce 90% de toda la heroína que anda por el mundo. Y se puede conseguir en Bagram o Kabul o Kandahar a menos de un dólar la dosis. Trasladada a las calles de París o Nueva York, el mismo sobrecito puede costar más de cien dólares. Afganistán es el paraíso de los heroinómanos y si encima se consiguen un pasaje gratis para llegar hasta allí y la cobertura de un uniforme militar, es mejor que Disneylandia para un niño de ocho años. John leyó en Internet reportes de que en Vietnam hasta 20% de los soldados se convirtieron en adictos. Y dicen que en Irak y Afganistán se ocultan los datos pero hay al menos 5% de veteranos tratados en las clínicas de rehabilitación. Él mismo tiene un compañero de unidad que fue enviado de urgencia a Los Ángeles para recibir un tratamiento con metadona. Y hay otros tres que se inyectan cada dos o tres días cuando tienen guardia o los envían a patrullar. «¡Mata el miedo, *brother*!», dice siempre uno de los chicos, un hispano de origen nicaragüense criado en California.

Pero a John tampoco le preocupan tanto esos chicos porque sabe que son

adictos y que, probablemente, se estarían dando con alguna droga en cualquier lugar del mundo. Está intrigado con lo que están haciendo los que entran a la base con bolsas llevando kilos de heroína. «Eso no es para uso personal. Eso es para traficar. ¿Para qué llevan las bolsas hasta *la funeraria*? ¿Cómo las sacan de la base? ¿A dónde las trasladan?». Todas esas preguntas le dan vueltas por la cabeza cada vez que se topa con una escena como la del ataque de los talibanes, aprovechado por los sargentos para ingresar la droga sin ser revisados. Y son los mismos cuestionamientos que lo per-turban cada vez que se tira en su camastro por la noche. Respira profundo en un ejercicio improvisado para relajarse y olvidar. Abre el frasco que le dio esa mañana el médico de la base y se toma la pastilla para prevenir la malaria. Las tiene que tomar todas las semanas. A veces, también usa el inhalador que tiene para cuando se está quedando sin aire por el asma. Es un chico absolutamente sistemático. Es un buen contador hasta para seguir las órdenes de los médicos. Está más tranquilo. Se duerme y sueña con mujeres que vuelan envueltas en bolsas de plástico hasta que llegan a un paraíso blanco, tan blanco que todo se desvanece.

* * * * *

Cuando anuncian a Ken Mattling del *Chicago Tribune* se escucha un aplauso débil en el salón Nebraska. El propio Juan se tiene que reprimir y deja de aplaudir porque no ve a nadie a su alrededor que se haya preocupado por dejar la charla con los de su mesa. Juan se acomoda la manga derecha del saco negro que siempre lleva en estas ocasiones, da una última mirada para estar seguro de que no haya nadie que se quede sin café. Se ocupa de ordenar a Melanie–una estudiante de artes de la Universidad de Chicago que se gana unos dólares sirviendo en el hotel dos o tres veces a la semana–, que haga otra ronda de café para los que están en una mesa de la punta y que parecen más distraídos que el resto. El periodista ya está en el pódium contando el primer chiste de rigor acerca de lo bueno que estuvo el almuerzo y la porquería que tenía que comer en Irak cada vez que salía *embedded*–una figura inventada por el Pentágono para los periodistas que acompañan a las tropas–con alguna unidad de combate.

«Me traje una de las bolsas a casa. En la parte externa decía que se trataba de un *meatloaf* (pan de carne) con puré de patatas y *strudel* de manzana. La abrí para impresionar a mi mujer y mis hijos. Melanie corrió al teléfono para llamar a emergencias. Los chicos dijeron que se irían a dormir sin comer. Vic, mi perro ovejero alemán, salió gimiendo con la cola entre las patas. Tuve que llamar a una unidad de la alcaldía especializada en recoger residuos tóxicos para que se llevaran la bolsa. Los vecinos creen que me traje material radioactivo de Irak», dice Ken haciéndose el gracioso para matizar la charla porque sabe que lo que viene puede deprimir a más de uno.

Hace una larga pausa. Espera que haya un silencio profundo y comienza con

una frase muy dura pero que es la más directa que encontró para esta ocasión: «La guerra es sólo muerte y destrucción; lo que se come o si directamente no se come, es absolutamente irrelevante». La audiencia se paraliza. Juan se refriega las manos en forma nerviosa. «Lo que está ocurriendo en Irak y Afganistán es la prueba clara de que los estrategas de la administración Bush no tenían idea de dónde se iban a meter cuando ordenaron lanzar las ofensivas, para luego estacionar en esos países a cien mil soldados», continúa Ken con una voz pausada y firme. «Ahora, estamos atrapados en un pantano tan grande como el del sureste asiático, del que salimos hace treinta años y éste, paradójicamente, se encuentra en medio de un desierto de arena», agrega el periodista mien-tras ve cómo las caras de las primeras filas que habían estado escuchando con atención, comienzan a fruncir el ceño porque no es lo que querían recibir en sus oídos políticamente correctos. Ken sabe que en ese momento tiene que expresar algo que suene un poco más dulce y menos apocalíptico. «Se necesita un cambio de estrategia inmediato. Tenemos que ganar los corazones y las mentes de los iraquíes y los afganos. Sólo en ese momento podremos combatir con éxito a los rebeldes y podremos evitar cualquier otro ataque como el del infierno del 11/S». Luego, se adentra en cifras y alguna anécdota de combate. Ya los tiene atrapados. Ahora, Ken, con su chaqueta marrón de *tweed* y sus pantalones de *corderoy,* con la camisa celeste desabotonada en el cuello y sin corbata, se apresta a lanzar su discurso personal, el único momento del que disfruta en estas charlas más allá de cuando le entregan el cheque por su trabajo. Esta vez serán unos magníficos tres mil dólares con los que va a cambiar las llantas al auto de Melanie que ya están muy gastadas y patinan en la nieve. «Nunca debimos habernos envuelto en estas guerras. Teníamos que haber vengado el ataque a las torres de Nueva York y el Pentágono de Washington con bombardeos y persiguiendo a los cabecillas de Al Qaeda con fuerzas especiales. Invadir Afganistán e Irak es un error histórico. Pero ya estamos allí. Ahora hay que apoyar absolutamente a nuestros muchachos. Y, al mismo tiempo, debemos decirle a la administración Bush que tiene la obligación de buscar la forma de salir de ese laberinto en que nos metió con la mayor dignidad posible. Gracias». Los aplausos vuelven a ser débiles. Otra vez es Juan el que más aplaude cuando se entiende que debe mantener un comportamiento más recatado. Ya está más tranquilo. Se le fue el dolor de estómago. Ken Mattling dijo exactamente lo que él piensa aunque nunca estuvo en Medio Oriente o Asia Central, no es estadounidense ni tampoco un sofisticado analista político-militar. Juan es un hombre común que ve esta guerra con los ojos de su hijo, con las vivencias que éste le transmite. Quiere acompañarlo con su fuerza y su corazón aunque sea a veinte mil kilómetros de distancia y a pesar de no entender muy bien qué hace su hijo en esa guerra.

* * * * *

John está en su pequeña oficina improvisada a la entrada del galpón cuando al

apagar la luz para cerrar el día de trabajo ve una vez más la sombra de dos comandos corriendo entre los camiones estacionados al costado del camino principal. Se sobresalta por un momento y alarga su mano hacia su fusil M-16 mientras mantiene la mirada en el lugar de los movimientos. Cuando ya tiene la mano posada sobre el arma, vuelve a sobresaltarse y la suelta. Los dos hombres, que corren a toda velocidad, tienen el uniforme de la base, lucen como sargentos, se parecen mucho a dos que conoce y que lo volvieron loco en sus dos semanas de entrenamiento de combate el año anterior. Uno de ellos, definitivamente, tiene el mismo corte de cara y cuerpo del sargento rapero TJ. Otra vez van con una bolsa negra de plástico en la mano y una vez más desaparecen en el pasillo que lleva a *la funeraria,* allí frente a los hangares y a la pista principal–el lugar donde se ha parado muchas veces para ver la caída del sol sobre las montañas, queriendo recordar para siempre ese color rosa anaranjado con el que se pinta todo en el desierto al fin de la tarde–. John no aguanta la curiosidad. Ha visto a algunos de sus compañeros comprar heroína en ese mismo lugar, a no más de trescientos metros del portón principal de la base y a un costado de la ruta que lleva a Kabul. Pero lo que no sabe es si se trata de una operación más amplia. Y no entiende cómo TJ puede tener una relación tan estrecha con un coronel, en general, la gente de esos rangos se trata en forma amable, se pueden hacer algún chiste de pasada, pero nada más.

Toma su tabla de anotaciones, una lapicera, y sale hacia el callejón de *la funeraria* con la intención de averiguar qué es lo que está sucediendo ahí. Cierra el enorme portón del galpón y le pone la combinación al candado. Se alisa el uniforme, se asegura de tener el birrete colgado de la charretera y comienza a caminar con la tabla en la mano como cuando sale de inspección junto al capitán o va a contabilizar lo que llega en los aviones. Si alguien le pregunta puede decir que le avisaron del pronto arribo de un avión con suministros y que va a esperarlo a la pista. Es una hora de poco movimiento en la base. Ya comienza a anochecer y todos quieren estar preparados para la cena. Tienen hambre y los jueves, por regla, hay carne de cordero asado con puré de patatas, la comida preferida de muchos. Cuando John da vuelta por el pasillo de *la funeraria* camino a los hangares ve que están metiendo un cajón, probablemente el último de una serie. Son los *angels* caídos en combate que comienzan el viaje de regreso a casa. Esa es una escena que siempre lo pone muy triste, pero esta vez la tensión no le permite tomarse ese instante para reflexionar sobre lo que está viendo. Necesita saber qué hacen con las bolsas negras de heroína que entran junto a los *angels.* Se para frente a una de las ventanas. Adentro todo está bastante oscuro. Sólo se ven las siluetas recortadas de los que arrastran los cajones y los apilan. Todos llevan barbijos y guantes de látex. Del otro lado hay bolsas de plástico grueso verde oliva que es donde llegan muchos de los cadáveres que aún no tuvieron la suerte de tener un cajón de madera. Hay veces que vienen unas cajas de cartón corrugado y firme que, dicen, se usan en Irak para transportar a los *angels.* En

la funeraria, hay un gran movimiento; preparan la salida de un avión *Galaxy* que va a llevar decenas de cajones. Aprovecha la confusión para meterse por la puerta donde recién ingresaron el último cadáver. El vahído casi lo hace caer de rodillas. La mezcla de la emanación de los muertos y el formol produce uno de los olores más intensos que puedan afectar al ser humano. Provoca dolor de cabeza casi inmediato y una arcada. Si se logra superar ese primer momento, uno termina adaptándose. Los seres humanos se adaptan a cualquier cosa, particularmente en las guerras.

John levanta torpemente la planilla y saca una lapicera de su bolsillo superior como si fuera a hacer un recuento de *angels*. Pero no engaña a nadie. Cualquiera podría ver que está mare-ado y no sabe muy bien cómo moverse en ese lugar. Trata de salir del centro de las acciones y se pone en un costado, en un corredor formado por cajones de madera. Al mover la cabeza hacia la zona más alejada, puede ver de reojo a un hombre de uniforme acomodando uno de los cajones. Lo reconoce de inmediato. Es el otro comando que corría junto a TJ un rato antes. Un haz de luz que viene de una lámpara le permite ver que el hombre tiene en su uniforme las dos barras de sargento. Al mover su cuerpo hacia la derecha, la luz ilumina las manos del hombre. Está acomodando una de las bolsas negras que trajeron a la base dentro del cajón de uno de los *angels*. El hombre mueve el cadáver de un muchacho con la cara medio destrozada y un uniforme verde intenso. Pone la bolsa por debajo del cadáver. Todos sus movimientos son precisos. En apenas unos segundos, ya está cerrando el cajón y lo está moviendo por una rampa de rulemanes hacia el frente del salón. «*Hey*, ¿qué hace ahí soldado?», el grito lo sobresalta, casi se le cae la planilla de la mano. Cuando logra tragar saliva y darse vuelta ve al sargento rapero TJ con los brazos en jarra a menos de tres metros suyo. John balbucea una excusa y trata de salir lo más rápido posible. Siente que tiene la cara totalmente roja, como le pasa desde que era chico, cuando le mentía a su mamá o no podía responder claramente alguna broma que le hacían porque su querido equipo de River Plate había perdido. John es un muchacho muy maduro pero a la vez extremadamente inocente. Sus amigos dicen que es incapaz de hacer el mal, que no sabe mentir, que es demasiado bueno. Escucha a TJ que le sigue gritando pero sin darle ninguna orden específica. Se cuadra. Hace la venia y sale de *la funeraria* prácticamente corriendo y agarrado de la tableta. No para hasta la barraca que comparte con otros cinco soldados. Llega agitado, con la cara aún colorada y los ojos negros llenos de rabia. No mira a nadie ni comenta nada. Se tira en su camastro y permanece un largo rato mirando al techo con la tabla agarrada por ambas manos sobre el pecho.

* * * * *

Juan sale del hotel esa noche caminando por la North Michigan, ya no hay nadie comprando por la famosa *magnificent mile* y el viento hace que la

nevisca que cayó por la tarde se convierta en hielo. «Esto está para los patinadores del Holliday on Ice que vi una vez en el Luna Park de Buenos Aires», piensa Juan mientras se tapa las orejas con el gorro para que no le salgan sabañones. «¡Qué ciudad de mierda!», dice por lo bajo mientras se ríe porque muchos se lo advirtieron y él se empeñó en mudarse a pesar de todo. Tiene que andar apenas tres cuadras hasta el estacionamiento donde trabajan unos amigos mexicanos con los que juega a la pelota y le dejan estacionar el auto por menos de un cuarto de lo que le costaría la estadía en cualquier otro aparcadero de la zona. El discurso de Mattling le vuelve a la cabeza y lo distrae un poco para superar los 10° bajo cero que hacen en ese momento. Ya pasaron varias horas desde que escuchó sus palabras y ahora tiene sentimientos cruzados. Por un lado está en contra de la guerra, pero por otro cree que hay que hacer algo para que no vuelva a ocurrir nunca más un 11/S y apoya absolutamente a las tropas. Obviamente, en especial a John que se equivocó al enrolarse en el ejército pero que ahora está ahí y tiene que acompañarlo de cualquier manera. Está en contra de la guerra pero no lo quiere admitir así abiertamente. Después de todo, él no es más que un tipo sencillo que jamás se ha metido en política ni en Argentina ni en Estados Unidos. En ese sentido, se parece mucho al personaje de Osvaldo Soriano, cuando lanza ese inmortal «no sé nada de política, yo soy peronista».

Al llegar al estacionamiento, se encuentra con su amigo Gonza que está ese día a cargo del turno noche.

– Hola, *Bro. How was your day*?

– So, so. Vaaaaa, bien.

– Hey, vi hoy a un director técnico hablando en Univisión que decía que ustedes tienen uno en Barcelona que va a ser mejor que Maradona.

– Nosotros tenemos muchos como Maradona. ¿O vos crees que «el 10» salió de un repollo?

– Por como le va a tu selección lo único que parecen tener son repollos.

– ¿Quién es el pibe nuevo?–No sé, dicen que jugaba en Rosario, en el pinche Newell's, creo.

– Me voy. Estoy cansado y tengo que manejar a dos por hora con el hielo que hay.

– Ah, sí. Cuídate, wey. ¡No mames con la autopista!

– Va a ser por un rato. Tengo que estar acá de nuevo a las siete.

– Bueno, pues, aquí me encuentras, Bro. Despiértame ¿no?

– Te van a despertar esos gringos pelotudos que empiecen a llegar a la oficina a las cinco de la mañana. Bye.

La conversación no requería mucha concentración. Pero Juan había estado más distraído que de costumbre. Sabía que Gonza le estaba hablando de ese pibe, Lionel Messi, del que había leído en *Clarín*, por Internet, pero él estaba

en ese momento más atento a lo que decían en el noticiero de la ABC de la medianoche. El Gonza tiene siempre encendido un televisor pequeño debajo de su escritorio, en la cabina, para no quedarse totalmente dormido. Hablan como siempre de las guerras. Un terrible atentado en Bagdad con tres coches bomba que dejó 89 muertos y 200 heridos. En Afganistán, las cosas están un poco más calmas y sólo se suicidó un kamikaze talibán en la puerta de un cuartel en el centro de Kabul. Hubo unos veinte heridos y el único muerto fue el atacante. «Pero podría haber sido cuando John entrara o saliera de la base, podría ocurrir en cualquier momento. Espero que no tenga que salir mucho, que lo tengan todo el tiempo contando cosas en ese galpón… ¿Por qué mierda están estas guerras?». La pregunta le viene una y otra vez a la cabeza en todo el trayecto hasta su casa, mientras se toma una cervecita antes de irse a la cama, mientras intenta dormir, hasta cuando suena el despertador para decirle que son las seis de la mañana y que tiene apenas quince minutos para darse una ducha y regresar a servir el desayuno para 180 personas en el salón San Francisco del mismo conchudo hotel.

* * * * *

John habla poco y con poca gente. Especialmente ahí, dentro de la base. Uno de sus contados amigos es Ricky Ramírez, un mexicano, chilango, nacido en el barrio más cutre y popular del Distrito Federal, el de Tepito. Sus padres tenían ahí un puesto de venta de zapatos usados. Los compraban a quienes recogían la basura; los arreglaban, lustraban y vendían a los más pobres. Vivían en un improvisado segundo piso de una casona semidestruida a metros del mercado. Cuando Ricky tenía nueve años, y ya trabajaba llevando carros con mercaderías de un lado al otro, su padre decidió que era hora de probar suerte en el norte y se fue a ver a un compadre suyo en Laredo. Volvió una semana más tarde con unos papeles que decían que los Ramírez vivían en la zona de la frontera, podían pasar el puente hacia el lado estadounidense e internarse hasta cincuenta kilómetros sin que nadie les diga nada. En diez días, estaban instalados en una casa de madera bastante precaria en las afueras de Houston, mucho más allá del límite de los cincuenta kilómetros. El barrio era bastante más lindo que Tepito. Le faltaba animación, eso sí. Pero sobraban cuates. Eran todos mexicanos y muy de vez en cuando aparecía algún hondureño o salvadoreño que ya eran difíciles de distinguir porque habían adoptado los modismos mexicanos. Ricky empezó a ir a la escuela en su barrio, no muy lejos de la Telephone Road y el ahora de moda Tlaquepaque Market. En aquella época, era apenas un barrio hispano desde donde se podían ver las siluetas de las torres de Houston. El padre comenzó a hacer trabajos de pintura y la madre vendía chucherías en el mercado. Él, cuando no estaba en la escuela, ayudaba a su mamá en la venta o hacía algún trabajo en un taller de reparaciones de autos, algo que le encantaba, o jugaba fútbol donde se destacaba como goleador. Decía que iba a ir a la selección mexicana pero ni siquiera llegó a ser titular en el equipo del barrio cuando empezó a competir

en un torneo de inferiores de la United Soccer League. A los 18, ya no aguantó más vivir a la sombra de la opulencia de los texanos y como todos los otros muchachos que no tenían ninguna otra posibilidad de aventura se alistó en el ejército. Unos meses más tarde, estaba haciendo su primer turno en Irak. Cuando entraba en su segunda campaña, al año siguiente, fue herido en el muslo derecho y se pasó tres meses en un hospital de San Antonio, en Texas. Quedó bien físicamente, aunque los médicos decían que seguía sufriendo un fuerte estrés postraumático. Querían darle la baja pero Ricky no podía volver derrotado a Houston. Prefería volver muerto. Hizo todas las maniobras para que lo realistaran y consiguió ir a Afganistán. Terminó en una unidad de apoyo que participa poco del combate. Con John, los acerca haberse criado en la misma ciudad, el fútbol y su desdén por el fútbol americano y el béisbol. «A *pussy game*», dicen y se ríen de los mexicanos y sudamericanos que quieren lanzar la bola con efecto como los chicos americanos que nacieron con esa habilidad. También los une el tener un poco más de cerebro que la media de los reclutas. Ricky no estudió como John pero tuvo una educación popular, adquirió una gran viveza de la calle, tiene mucho mercado encima. «Los de Tepito ya vimos todo antes de cumplir los seis años», repite en un español con fuerte acento americano. Cuando conversan o juegan videojuegos lo hacen en inglés pero siempre meten alguna palabra o frase en español, uno en mexicano vivaracho y el otro en un lunfardo de la provincia argentina de Córdoba que escuchó desde siempre en su casa. Incluso, cuando John habla en español le aparece el cantito único de las sierras cordobesas.

Esa noche, John y Ricky están trenzados en un duelo de Call of Duty, el famoso videojuego que hizo multimillonario a su creador Ben Chichosky. Ninguno de los dos estuvo en las últimas semanas en el frente y ésta es una buena manera disparar unos tiros antes de irse a dormir. Pero John sigue obsesionado por las bolsas negras de heroína en los cajones de los angels. Espera a que no haya nadie más en la barraca, deja el control y comienza a contarle a Ricky lo que había visto. Ricky escucha con cara de ya saber todo. Deja que John se descargue y cuando termina, le dice:

– Olvídate. Es el Five Corners, el cártel de Las Cinco Esquinas.

– ¿Qué?

– No te metas.

– ¿Pero de qué hablás? ¿De un cártel como los de México?

– Sí.

– ¿Una organización?

– Sí.

– ¿Traficantes?

– Sí.

– ¿Y vos como lo sabés?

– Tú no te metas.

– Me tenés que decir lo que sabés.

– No sé nada.

– Si sabés, decime.

– No sé nada, pero sí sé que es muy peligroso meterse con ellos. Es como si estuvieras en Ciudad Juárez y vieras algo. Te callas.

– ¿Quiénes son ellos? ¿Qué me dijiste? ¿Cómo se llaman?

– No sé cómo se llaman pero escuché a unos el otro día en la guardia que hablaban de la organización de Las Cinco Esquinas.

– ¿Qué cinco esquinas?

– Las del Pentágono.

– ¿Qué tiene que ver el Pentágono?

– No sé, pero como son militares le pusieron así, como las cinco puntas de un pentágono. Decían que era como Vietnam.

– ¿Por qué Vietnam?

– Es como en esa película que una vez alquilamos.

– ¿Cómo en la película esa… *American Gangster…* con este chocolate blanco de Denzel Washington?

– Sí, y el pinche Russell Crowe, también.

– ¿Pero qué tiene que ver Vietnam con fucking Afganistán?

– Parece que están haciendo lo mismo.

– ¿Lo mismo? ¡¿Llevan heroína en los cajones para vender en el Harlem?!

– Shhhhhhh. Cósete la boca antes de hablar de esto de nuevo.

– Pero si los vi, te digo que los vi. Y no es Denzel Washington, es un negro mucho más feo.

John baja la voz y mira a los costados. Siguen solos en la barraca y la conversación es en español. Supone que nadie o muy pocos podrían saber de que están hablando.

– Era el TJ–dice y se da cuenta que la voz le tiembla.

– Sí, son los del cártel de Bagram, los del *Five Corners.* Como los del cártel de Juárez. Olvídate.

02
«Good, good, cheap!»

Cuando suena el clarín en los altoparlantes de la base, John ya lleva despierto un buen rato. En la tarde va a subir a un avión para visitar a su familia por dos semanas y no puede más con ese nerviosismo. Necesita un respiro de Afganistán y sus fantasmas. No es que vaya a encontrar las respuestas en su viaje a Texas, pero al menos no tendrá que estar encerrado en un galpón contando cajas ni viendo cómo se profanan los cadáveres de los *angels* con la heroína afgana. Todavía tiene varias horas antes de tomar el avión.

Decide ir al mercado que hay en la puerta de la base, que es centro de la vida de este antiquísimo pueblo de Bagram, para comprar algunas chucherías para su familia y su novia. Tiene que encontrar un collar muy lindo para Cathy, algo especial que lo haga superar ese sentimiento de culpa que tiene de haberla dejado sola tanto tiempo; también porque no estuvo pensando demasiado en ella en los últimos días. Su mente sigue estancada en los movimientos del sargento rapero TJ, del coronel que se pasea y tiene un trato tan amable con esos *homies* de la barraca de los *chocolate* y en el traslado de las bolsas que entran a *la funeraria* y salen en los cajones que devuelven los cuerpos de esos chicos caídos en combate.

El haji del puesto más colorido del mercado le muestra los collares que va sacando de un mostrador improvisado.

– *Good, good,*–repite en su inglés aprendido de apuro para vender a los soldados. El hombre es delgado, alto, de cara angulosa, con unos cuarenta años, aunque aparenta sesenta. Lleva un sombrero marrón de lana y un *salwar kameez beige,* en los hombros una manta también marrón de lana de oveja, seguramente hecha por su mujer u otras mujeres de la villa donde vive y que lo aíslan absolutamente del frío que baja de las montañas en esta época del año.

– *Stone, good,*–insiste el afgano que dice llamarse Ahmed, y lo pronuncia arrastrando la *h* como una *j* muy áspera. John ya sabe que no tiene que comprar lo primero que le ofrecen y mucho menos aceptar el primer

precio que le tiran. Espera con cara de póquer hasta que Ahmed le muestra el undécimo collar, ahora las piedras son más brillantes y el metal parece ser plata 925 aleada con cobre, seguramente traída desde el mercado de metales preciosos de Peshawar, cruzando la frontera con Pakistán.

– *How much*?

– *Few dollars, cheap, cheap*–responde Ahmed tratando de armar una de las frases típicas para inducir al comprador.

– *How much is cheap, man*?

– *One hundred dollars. Cheap!*

– ¡Cien dólares! No, no, eso no es barato–replica John en español que es a la lengua que recurre cada vez que está ante un extranjero no estadounidense y necesita que le entiendan algo, aunque pocas veces logra su objetivo.

– *Ok, show me some other necklace, please*–dice ahora pasando al inglés de los negocios.

– *Ok, ok, boss*–responde Ahmed jugando a lo que más le gusta: el regateo–. Un juego para intentar sacar la mayor cantidad de dinero posible mientras se hace el condescendiente. Es capaz de rogarle a John que se lleve el collar sin pagarle ni un dólar para luego perseguirlo con una daga para matarlo porque le robó.

Entonces, Ahmed saca una caja que tiene escondida detrás de una pila de mantas. La abre y comienzan a fluir collares de piedras cada vez más finas y brillantes, de cadenas cada vez más gruesas y parecidas a la plata.

– *Good staff, gooooood*–alarga la palabra el afgano–. Y junto a los collares buenos comienza a desplegar varias pashminas paquistaníes, también de excelente calidad.

– *Goooooood for your girl.*

John elige un collar de piedras azules y rojas, otro un poco más sencillo que piensa puede ser para su hermana y una pashmina negra bordada con flores amarillas para su madre. ¿A su padre qué le puede llevar? Lo pensará en el camino. Antes tiene que superar la difícil prueba de todos los bazares árabes y musul-manes, ese regateo sin el que no puede haber compra.

– *All, five hundred.*

– ¡500 dólares! ¡Estás loco!

– *Ok, three hundred. My last price.*

– Comenzaste demasiado alto. No, no, no.

– *Goooood. Cheappppp. Two hundred and fifty for all. Two hundred and fifty. Two hundred. Ok, boss. Take it.*

Fueron 200 dólares por los tres regalos. No es un mal precio aunque tampoco está muy contento. John se acuerda de eso que aprendió en la universidad: el

mejor arreglo se alcanza cuando ninguna de las partes está demasiado feliz. Pero al final cree ver una sonrisa de satisfacción en la cara del afgano. Ahmed mete todo en una bolsa negra de plástico, las mismas que John ve pasar cada vez que los sargentos entran a la base como comandos enemigos, tratando de ocultar su cargamento de heroína.

– *Anything else? Something for you? Something to feel good?*–pregunta Ahmed–.

– *What do you have*?

– *Goooood staff, very goooood*–dice el afgano, sacando del mostrador una bolsa negra repleta de pequeños paquetes en su interior envueltos en periódico–.

– *The best, belive me*–asegura mientras saca uno de los paquetitos y en su interior aparece un envoltorio en papel celofán color rosa fosforescente. Adentro está la pasta de heroína.

– *How much*?

– *Ten dollars.*

«Ah, con esa bolsa negra entera me hago rico», piensa John. «Debe haber como cien dosis que se pueden cortar en al menos otras diez o veinte. Las llevo a Houston y las vendo por cien mil dólares como mínimo».

– *No, thanks*–dice saliendo del chiringuito y pensando que en Córdoba le dirían que es un enorme pelotudo por no hacer ese negocio–.

Al llegar a la barraca, termina de ordenar su bolso militar con los regalos que no ocupan mucho espacio y la poca ropa que quiere llevar a casa. Revisa el correo en su *laptop* de cubierta azul metálico. En ese momento, se acuerda que tiene que tomar la píldora del tratamiento contra la malaria que le dio el médico de la base; también aspira su muy apreciado Ventolín, un broncodilatador de albuterol que usa desde siempre por su asma alérgica. Es una medicina que lo acompaña desde pequeño, cuando tenía horribles ataques que lo dejaban días sin ir a la escuela. Ahora, ya no padece este tipo de problemas pero ante eventos importantes en que sus bronquios podrían jugarle una mala pasada, aspira dos veces y respira más tranquilo por el resto del día. Lo que no entiende son los dolores en el estómago que está teniendo en las últimas semanas. Consultó al médico pero no le encontró nada anormal. Le dijo que podía ser producto de la comida de la base que a veces está a cargo de algunos cocineros afganos que abusan de los picantes y le recomendó tomar un antiácido. En la enfermería, consiguió el famoso Zantac del cual se autoadministra una pastilla antes de cada comida. Por el resto está bien físicamente. Pasó todos los exámenes que se realizan periódicamente a cualquier recluta estadounidense. Su única anomalía permanente sigue siendo el astigmatismo, ese trastorno ocular que le da una visión desenfocada. Por eso lleva lentes de contacto desde hace años. Nada que le impida hacer su trabajo de contador y recopilador de información en ese galpón del que espera

huir feliz por dos semanas.

Manda los últimos correos electrónicos a su novia Cathy y a su hermana, Andrea, anunciándoles que en unas veinte horas más estará aterrizando en Houston, que lo esperen en la noche para cenar todos juntos y les pide que preparen milanesas bien argentinas con papas fritas, su comida favorita.

Cuando camina hacia la pista para abordar el avión que lo llevará a Estados Unidos, ve adelante en la fila al sargento rapero TJ. Como siempre, está haciendo bromas con todos los de su alrededor. Parece que está improvisando un rap, se le ve exultante. De pronto, quienes lo escuchan dejan de reír y se cuadran mirando hacia la cola del avión. El resto de la fila se da vuelta, levanta la cabeza, coloca la mano derecha sobre la sien y hace la venia con marcialidad. Por la compuerta de carga del *Boeing* van entrando los cajones de los *angels.* Los sube muy lentamente una cinta transportadora. Son cajones sencillos y todavía no están cubiertos por ninguna bandera. Cuatro soldados vestidos de gala hacen la guardia de honor. Tienen sus fusiles al hombro, el brazo derecho perfectamente curvado y la mano con su dedo índice apenas por debajo de la gorra. No hay un clarín despidiéndolos. Apenas el sol que pega sobre las montañas del Hindu Kush coronadas por la nieve. El viento levanta una capa de tierra y arena que viene del desierto. John no puede reprimir las lágrimas que le caen por la mejilla, trata de contenerse pero no lo logra. Suben un cajón, cinco, doce. Llora a los compañeros muertos a pesar de que seguramente nunca se cruzó con uno de ellos. Son de otras bases, de Kandahar, del Panshir, de Mazar i-Sharif. Llora por ellos y por su profanación. En esos ataúdes con los que viajará primero hacia una de las bases estadounidenses en Alemania, la de Spangdahlem o la de Ramstein–por razones de seguridad no lo informarán hasta que esté en vuelo–y luego hasta Texas, él sabe que no sólo viajan los cuerpos de los *angels* caídos en combate. También va la heroína que matará a muchos más chicos en los barrios pobres de Estados Unidos.

* * * * *

Juan está a cargo de una cena importante en el hotel pero no deja de mirar el reloj. Sabe que más o menos a esa hora, John está despegando desde Afganistán. «¡Siempre pendiente de ese cabezón!», se dice a sí mismo y sonríe hinchado de orgullo. Ya lleva trabajadas doce horas y estará allí al menos otras dos. Quiere hacer la mayor cantidad de horas posibles para poder estar libre y con dinero para cuando venga John a visitarlo. También quiere mandar algo a su otra hija en Houston para que la visita del soldado sea lo más placentera posible. Está acostumbrado a trabajar muy duro. No es un hombre que se dé placeres, ni grandes ni chicos. La vida lo golpeó duramente desde muy pequeño, trabaja desde los nueve años. A los trece ya estaba empleado de tiempo completo en un puesto de carne en el histórico Mercado Municipal Norte del centro de la ciudad de Córdoba. El lugar todavía está

funcionando con sus 560 metros cuadrados y 117 puestos de venta. Fue inaugurado en 1928 y desde entonces es el centro de actividades de un sector importante de la ciudad. En los setenta lo declararon monumento histórico. Juan entraba por el portal de la calle Oncativo–donde se destacan las cabezas de toros de la mampostería que lo adornan–, cargando las reses, corderos y cabritos hasta el lugar de venta que estaba cerca del otro portal del pasaje Cantacara. En la época de las fiestas de Navidad y Año Nuevo, comenzaba a trabajar a las dos de la mañana descargando los camiones y atendiendo a los carniceros de los barrios que venían a comprar al por mayor. A las ocho, abrían al público hasta el mediodía. A esa hora, Juan se iba a la escuela. Estudió la secundaria en el IPET10 del barrio de General Paz. Aprendió a usar el torno y siempre consideró que su verdadera profesión era la de tornero, aunque la ejerció muy poco. Ganó más dinero haciendo otras cosas.

Juan logró avanzar en la vida por su fuerza interior. Todo estaba planificado para que él fuera un despojo más de la calle, que terminara alcohólico o loco y muriera muy joven. Fue abandonado por su madre cuando tenía dos años, no tenía recuerdos de ella, no sabía cómo era su cara, la conoció cuando se la encontró por casualidad quince años más tarde. Vivió con sus hermanos y su padre, ex boxeador, golpeador y maltratador hasta que un día vino un taxi, y lo subieron junto con su hermana apenas un año mayor que él. Los dejaron en casa de una tía que les asignó como su habitación un galponcito del patio donde hasta ese momento vivía el perro. La mascota se llamaba Chelito y pronto fue su única fuente de cariño. La tía sólo lo tocaba una vez al mes cuando le cortaba el pelo al ras para que no lo comieran los piojos. A los cinco años, ya andaba por la calle pidiendo para comer. Un día, la tía le dijo que tenía que irse a vivir otra vez con su padre y sus hermanos mayores porque ella no lo podía mantener más. Volvió con su padre, que cada vez que regresaba borracho o contrariado por algo, comenzaba a pegarles a todos los hijos y Juan era su favorito para las trompadas y patadas. Cuando salía a defenderlo su hermano Óscar, la ligaban los dos. Todo el tiempo tenía moretones en la cara y cortes en la cabeza, espalda y piernas. Estaba tan flaco y se le veía tan desgraciado que un vecino, Don Félix, quien tenía un carro y un caballo con los que repartía verduras, pintó el carro con los clásicos filetes tangueros y lo bautizó *El pobrecito* en honor a Juan, «el pibe de la casa de al lado al que tanto le pegan». Don Félix también lo salvó. Les pasaba frutas y verduras todos los días para que los hermanos Torres pudieran comer algo sustancioso.

A pesar de esa situación, Juan no dejaba de ir a la escuela. Era muy buen alumno. Para los gastos se las tenía que arreglar con lo que conseguía cargando y descargando carros en el mercado. Si le pedía algo al padre, éste le lanzaba una trompada. «La escuela es gratis. Ahí te tienen que dar todo. Así lo dijo el general Perón y así tiene que ser», le gritaba. El viejo era peronista hasta la médula y como todos los peronistas de la época, bautizó a su hijo con

el nombre del líder, Juan Domingo, y a su hija con el nombre de la «abanderada de los humildes», María Eva, por Eva Perón, la gran heroína de la política argentina, protectora durante siete años de los desposeídos hasta que murió de un cáncer terrible a los 33 años. Pero el peronismo ya no estaba en el poder ni mucho menos, estaba proscrito, mientras se sucedían gobiernos débiles y dictaduras. Sin embargo, persistía el magnífico sistema educativo popular y gratuito que hizo grande a Argentina en el siglo pasado y Juan era un chico con todas las ganas de superarse. Tanto, que llegó a ser abanderado de su escuela. El día en que le iban a entregar la bandera, decidió que su único guardapolvo blanco lleno de remiendos tenía que estar impe-cable. Alguien le dijo que lo debía almidonar. Se compró una caja de almidón Colman, la colocó en una fuente con agua y puso el guardapolvo a remojar. Una hora más tarde, lo sacó y lo colgó de un alambre. Cuando lo fue a buscar la mañana siguiente para ir a la escuela, el guardapolvo estaba duro como una roca. Se le ocurrió que si lo planchaba un poco iba a quedar mejor. Terminó tieso y brillante. Cuando llegó a la escuela la maestra no lo podía creer, los otros chicos se reían, le decían que era «La Momia», un personaje de la lucha libre. La maestra le pidió a otro compañero que le prestara el guardapolvo a Juan para que pudiera recibir la bandera y dejó el almidonado en la clase. Los chicos lo rescataron y lo colocaron en primera fila donde quedó parado como si algún alumno se hubiera esfumado dejando esa capa como testimonio. Cuando Juan pasó orgulloso con la bandera, tuvo que ver su guardapolvo tieso en la primera fila, mientras escuchaba las risotadas de sus compañeros.

Todo ese rechazo lo hizo muy fuerte. Terminó la primaria y entró a una escuela secundaria industrial de esas que tanto había fomentado Perón. En esa época, tuvo también su único acercamiento a la política. Aprovechaba algunos beneficios que le daban su nombre y el sindicato de trabajadores del mercado. En una oportunidad, lo invitaron a viajar a la provincia de La Rioja donde ya gobernaba otro personaje importante y nefasto de la política argentina, Carlos Menem, quien después llegó a ser presidente del país por diez años, destruyendo todo lo que pudo a su paso, muy particularmente el sistema educativo. Juan integró un grupo de jóvenes trabajadores que fueron recibidos por el entonces patilludo Menem, quien los invitó a disfrutar de los placeres de su provincia. Como si fuera un Silvio Berlusconi del desierto riojano, Menem llevó a Juan y a sus compañeros a un salón VIP del casino de La Rioja donde los esperaban unas bellas y muy tramposas muchachas.

Cuando tenía 17 años, Juan conoció a su madre. Fue una casualidad. Estaba en un acto por algún día patrio en el centro de Córdoba cuando se le acercó una mujer y le empezó a decir «*M'ijito, m'ijito*». Al principio, Juan pensó que era una de las tantas locas de la calle, pero después se dio cuenta que era muy parecida a su hermana y ahí entendió que se trataba de esa mujer que no había conocido y que nadie nombraba en su casa. Las dos o tres veces que intentó preguntarle al padre, sólo recibió insultos y varias trompadas. Ahora estaba

ahí pero no tenía ningún sentimiento hacia ella. Era una mujer bastante desmejorada con algún rasgo familiar y nada más. Ella le contó lo que había pasado. Su marido le pegaba, la maltrataba, y tuvo que irse para que no la siguiera lastimando. El precio fue dejar a todos sus hijos. Desde entonces trabajó como enfermera en el Hospital Córdoba.

Después de aquel encuentro, Juan no la volvió a ver por años, hasta que antes de emigrar a Estados Unidos le llevó a sus hijos, Andrea y Juan, para que los conociera. Fue un encuentro frío de apenas unos minutos.

* * * * *

John se sube al *Boeing* que lleva y trae cada semana a los militares que salen o vuelven de su franco. Serán quince días fuera de ese agujero y el momento para preparar su regreso definitivo a la vida civil. El avión es muy parecido a cualquiera que hace vuelos comerciales excepto que no tiene ni asientos de primera ni azafatas. De todos modos hay una división. Los oficiales van en los asientos de adelante que tienen un poco más de espacio para estirar las piernas y el resto en asientos donde a los soldados más grandes les cuesta entrar. Los bolsos van todos en la bodega y arriba sólo se puede subir algún aparato de música, una botellita de agua y la bolsita con la comida que reparten al pie de la escalerilla. Eso sí, hay películas y siempre son de guerra. Es incomprensible cómo unos tipos que viven en el frente pueden aún fascinarse con una batalla de cine. Será porque es la fantasía de la guerra que ellos creyeron venir a protagonizar pero que la realidad se las voló como un tiro de lanzagranadas o RPG de los que lanzan los talibanes.

– *Excuse me, that's my seat*–dice una morocha sensual como un ananá maduro que se le sienta al lado a John–. Es la soldado de origen salvadoreño criada en Los Ángeles que todos quisieran cogerse en la base pero que nadie, o casi nadie, lo consigue. John la conoce de verla de vez en cuando y por los comentarios de sus compañeros.

«*Did you see* that beech’ *ass*?». Pero nunca cruzaron una palabra. John es correcto hasta el aburrimiento; y tímido, enfermo de tímido. Además, en este momento no tiene la cabeza despejada como para pensar en que compartirá veinte horas de viaje con una espléndida mujer a su lado.

– *Hi, I'm Yesica*–dice ella con una sensualidad un poco sobreactuada como las de las divas de las películas de los cincuenta–.

– *I'm John*–es la respuesta parca–. Se dan la mano. Si estuvieran en Argentina o en El Salvador se darían un beso o dos. En los códigos estadounidenses, eso es impensable y dentro del ejército aún más. Allí son colegas por más que uno tenga unas curvas fantásticas y el otro unos ojos negros y brillantes de perro callejero, como los que tanto les gustan a las mujeres latinas.

Yesica sabe quién es John y qué hace en la base, pero hay que guardar las reglas y comenzar la conversación con los clásicos ¿y tú qué haces?, ¿en qué

unidad estás? Hasta que Yesica, que como todas las mujeres siempre se atreve a algo más, lanza otro clásico.

– Ayyy, sí. Sí te vi una vez que fui a buscar unas botas nuevas al galpón de suministros. ¿Tú eres el argentino, no?

– Vos sos latina ¿no?

– Sí, de Los Ángeles.

– ¿Naciste ahí?

– No, soy salvadoreña.

Y a partir de ese momento toda la charla será en un *spanglish* bastante puro comparado con lo que ellos mismos hablan diariamente en sus barracas. La conversación atrapa a John que logra sacarse de la cabeza a los angels, a TJ, la heroína y hasta la cara que se imagina pondrá su novia cuando le entregue el brazalete y comiencen a hacer planes para casarse. Yesica habla tanto y encadena la conversación de tal manera que John no puede decir en ningún momento que tiene ganas de ponerse los *headphones* para escuchar a los White Stripes. Ella está en una unidad de combate en la que sale a patrullar todo el tiempo. El mes pasado estuvo dos semanas en la provincia de Paktia, al sur de Kabul y muy cerca de la frontera con Pakistán, en plena cordillera del Hindu Kush.

– Volamos en helicópteros grandes, un HH-60 Pave Hawk, que piloteaba Marisa, una *chubby* de Tennessee de la que después me hice amiga. Fuimos directo a Shahiket, *a shitty hole* entre las montañas. Parecía que todo estaba muy tranquilo. Veníamos en línea cinco helicópteros. Éramos sesenta o setenta de las *Special Forces* y teníamos que limpiar de hajies el lugar. Cuando ya estábamos con las *blades* casi al ras del suelo, se nos vino encima todo un fuego cruzado, parecían los *fireworks* de fin de año en Times Square.

John sonríe y murmura algo pero no tiene tiempo ni de ser escuchado.

– Ya era el fin de la tarde y estaba comenzando a anochecer–continúa Yesica entusiasmada–. Veíamos poco y nada. Las balas pegaban en el *copter* como si fuéramos uno de esos patitos de los parques de diversión. Yo salté y detrás de mí otros dos compañeros, pero el resto no pudo porque Marisa empezó a subir de golpe. El helicóptero que venía atrás *repelled* con una ametralladora de 50mm, pero no era suficiente. Del otro lado estaban lanzando misiles tierra-tierra y barrían con los *kalashnikovs.* Me metí entre unos matorrales pero el lugar no era nada profundo. Seguramente se me veía el casco tranquilamente desde el otro lado. Los disparos pasaban muy cerca. Tenía un miedo tremendo pero la adrenalina era más fuerte. Me temblaban las manos y tenía los dientes tan apretados que en cualquier momento se me partirían.

– Sí, el miedo te puede paralizar–dice John saliendo de su marasmo–.

– Sí, tenía que salir de ese lugar y encontrar algo más seguro. Mis otros dos

compañeros se arrastraron hacia un costado y me hicieron una seña. Tenía que hacer lo mismo pero si me movía directamente hacia ese costado iba a quedar totalmente expuesta. En ese momento me di cuenta que los helicópteros se habían ido, ya no escuchaba las *blades* sobre mi cabeza, estábamos solos. Me tiré dando vueltas sobre mi cuerpo y me quedé empantanada en un barro asqueroso. Tuve suerte, era una zanja. Vaya a saber que pasaba por ahí, olía a hierba y a *shit* toda mezclada.

– Ja, estos *hajies* son unos asquerosos.

– Sí, pero el hedor que dejan los misiles tapaba todo, es como el olor de la turbosina. Desde la zanja veía a mis compañeros que me hacían señas desesperados. Uno de ellos se comunicaba con el comando en el helicóptero. «*Position, position*, deme su posición», gritaban del otro lado. Y para darle más énfasis Yesica se pone las manos sobre la boca para hacer una bocina. A John le parece muy sensual.

– Arty, uno de mis compañeros, sacó su GPS y le dio la coordenada exacta. Tuvo que cortar de inmediato, se escuchaban las voces de algunos hajies que estaban muy cerca. *I hate* esos momentos en que no ves nada, sólo escuchas algún ruido y tienes que mantener la respiración.

– Sí, es horrible.

– Me recuerda cuando mi hermana y yo nos escondíamos debajo de la cama y mi mamá nos buscaba. Tenía una mezcla de miedo y *excitation.* En eso escuchamos a un helicóptero volver. Lo vimos de lejos, era el artillado, y empezó a lanzar misiles. *Zuuuummm, Zouuuuommmm, Zoooommmm,* salían los misiles. Boooommmm. Explotaban contra unas construcciones de adobe que había a unos doscientos metros de donde estábamos. Con el resplandor de las explosiones podíamos ver a los hajies correr y hasta vi a uno volar por el aire y caer en pedacitos. En eso, escucho un fighter jet, un F-22 o un F-35, uno de esos, que pasa como un *ghost whisper.* Y de inmediato abajo, las explosiones de las bombas. Temblaba todo. Me agarré el casco y escondí la cabeza *in the sand*. Pero todo se movía y una luz anaranjada y roja se expandió hasta formar un hongo de humo que se elevó lentamente. Los oídos parece que te van a estallar. Hay un olor terrible, una mezcla de turbosina con amoníaco y un ácido que te penetra por la nariz y no te deja respirar. Me tapé la cara con el pañuelo verde que tengo, que uso para la suerte, y me acompaña siempre. Cuando pude escuchar de nuevo, ya tenía los *copters* otra vez encima mío y no había ninguna señal de los hajies.

– Te salvaste.

– Uffff, me salvé por muy poco. Cuando se lo cuente a mi madre y a mis hermanas, se mueren. No van a querer que regrese aquí… Bueno, es hora de dormir algo. Después seguimos la conversación, dice Yesica y se da media vuelta dejando a la vista un culo precioso.

John queda con sus ojos más saltones que de costumbre y no pudo conciliar el sueño hasta una hora y media más tarde.

* * * * *

A puro afán de superarse, Juan terminó la escuela secundaria y se convirtió en tornero, le encantaba armar piezas en los tornos. Su mayor alegría era medir con el calibre y encontrar que el agujero para engarzar la otra pieza era perfecto. En esos años, Córdoba era una ciudad industrial pujante. Muchas de las empresas internacionales que fabrican automóviles tenían allí alguna sucursal y el movimiento de los obreros metalúrgicos era imparable. Ganaban fortunas comparadas con los salarios de otros trabajadores y tenían una fuerza sindical extraordinaria. Hacía apenas unos meses que se había producido el Cordobazo, el mayor levantamiento obrero de los años sesenta y setenta en América Latina.

Esa efervescencia todavía estaba en el aire a pesar de la represión que primero lanzó la dictadura de los generales Onganía- Levingston-Lanusse y, luego, ya con el golpe de Estado de 1976, la más nefasta de la larga lista de dictaduras argentinas que dejó treinta mil desaparecidos e inició el ciclo de decadencia más profunda en toda la historia del país. En ese entonces, Juan se decía peronista porque su padre lo era en un grado de fanatismo y porque con su nombre en honor al líder no podía negar de ninguna manera su origen. Sin embargo, no le interesaba la política. Apenas si obtenía algún beneficio por unos amigos peronistas que lo recomendaron a la municipalidad y le consiguieron un trabajo de inspector. Él hubiera preferido el ambiente de una fábrica pero la represión se comenzaba a acentuar y empezaba la recesión. Los paramilitares de la Triple A obligaban a exiliarse a los dirigentes gremiales y políticos. Compañías como la General Motors se iban del país por falta de garantías mínimas y ya escaseaban los puestos para los jóvenes torneros.

En uno de sus recorridos para inspeccionar comercios por el barrio de Rivera Indarte, Juan se cruzaría con la mujer de su vida. «Tenía ojos violeta como la Elizabeth Taylor», recuerda hoy con nostalgia. «Era una pendejita, apenas si tenía 14 años». Averiguó con unos amigos de esa zona y se enteró que la rubiecita que lo había deslumbrado tenía novio, y un novio prominente. Era un jugador de fútbol que había formado parte del equipo de River Plate y que ahora le pegaba a la pelota en su tan querido Belgrano de Córdoba. ¿Cómo acercarse a ella? La calle le había dado más de un recurso. Logró contactarse con un amigo de un primo de ella. Y transmitieron el mensaje. Unos días más tarde, consiguió una cita. Al parecer, el jugador había sido transferido o retirado del fútbol, Juan ya ni se acuerda. Lo que sí recuerda es que unos cuantos días después la tenía abrazada y no podía dejar de mirar aquellos ojos celestes que a él le parecían violetas como los de la actriz de cine. Tenían 14 y 19 años.

«No habían pasado dos años cuando ya habíamos metido la pata», cuenta siempre Juan. Adriana estaba embarazada, estaban enamorados pero no tenían idea de lo que era ser padres. No tuvieron oportunidad de pensarlo demasiado. Un mes más tarde estaban casados, fue una fiesta muy sencilla en la casa de ella, un hogar de clase media venido abajo después de que su padre militar los abandonara. A pesar de todo, Juan era muy querido por su familia política; era un muchacho muy trabajador, seguía como inspector en la municipalidad y hacía trabajitos como tor-nero. Se fueron a vivir a la casa de Óscar, el hermano cinco años mayor que siempre había protegido a Juan ante los golpes del padre y en la calle cuando tenía que enfrentar a otros chicos tan salvajes como él. Todo parecía muy idílico pero vivían en una pieza en una casa prestada y estaba por llegar la bebé. Con unos ahorros, Juan se compró un terreno en el barrio Las Palmas, cerca del estadio de Chateau Carreras donde muy pronto se jugaría el Mundial de Fútbol, el único disputado en Argentina. De a poco comenzó a construir una casita en su terreno. Los fines de semana, a veces acompañado por sus hermanos o algún amigo que le daba una mano, iba levantando los cimientos y las paredes principales. Andrea nació el 21 de octubre de 1977. Era una beba preciosa en manos de dos padres muy jóvenes y con toda la vida por delante para lucharla. Pero ese ímpetu juvenil también los llevó a que Adriana quedara embarazada nuevamente. El 7 de febrero de 1978 nacía Juancito, el chico argentino que 17 años más tarde, ya convertido en John el chico hispano de Houston, se enrolaría en el ejército estadounidense, que lo llevaría a la guerra, en Afganistán, un país que para entonces pocos habían escuchado que existía.

A Juan se le estaba viniendo la noche encima, la inflación era galopante y se le hacía cada vez más difícil comprar los materiales para levantar la casa. Seguían viviendo en la casa de Óscar y la convivencia, como es natural, comenzaba a ser cada vez más dificultosa. Un día recibió la carta de un amigo que había trabajado con él en la municipalidad y que se había ido a vivir a Texas. «Venite, Juan, acá hay laburo. No todo es color de rosa pero te aseguro que vas a estar mejor que en ese país de mierda que nos tocó», le escribió. No lo pensó ni un minuto, fue a decirle a Adriana que se iban a Estados Unidos.

– ¿Estás loco? ¿Con qué plata?–Juan no dijo una palabra. Sólo la miró con una sonrisa de oreja a oreja.
– Ya vas a ver, rubita, ya vas a ver–. Tenía un as bajo la manga. Una semana antes había estado en una inmobiliaria de Chateau Carreras y le habían dicho que con lo del Mundial toda esa zona se había revalorizado mucho. Le tasaron el terreno en quince mil dólares, una fortuna para esa época.

Tres meses más tarde llegaban los cuatro a Houston. Ninguno sabía una sola palabra de inglés. El amigo les consiguió un pequeño departamento en el barrio de Bellaire, por la autopista 610. Juan comenzó como todo inmigrante hispano trabajando de *busboy,* levantando las mesas en un restaurante

mexicano. Un año más tarde, cuando ya entendía un poco de inglés y pudo interactuar con un gringo gordo y grandote que tenía un taller de piezas para instalaciones de gas, logró su tan ansiado puesto de tornero. Era muy trabajador y callado. ¿Qué más podía pedir el gringo? Pero, como siempre ocurre en estos casos, ganaba muy poco. Apenas si alcanzaba para pagar la renta y la comida. No se podía ahorrar nada. Adriana comenzó a trabajar sirviendo mesas en banquetes en un hotel. A veces, con las propinas, sacaba más plata en cuatro horas que él en tres días de duro trabajo. No lo pensó mucho, se hizo también mozo, garzón, mesero, *waiter.* Se puso mucha crema en sus rústicas manos de tornero y aprendió el arte de llevar bandejas. En seguida, se convirtió en el más trabajador del hotel, se las arreglaba para servir él solo un desayuno para cien personas. Luego, levantaba todo y ponía las mesas para un almuerzo ejecutivo de cincuenta personas. Servía junto a otros cuatro compañeros, levantaba todo y armaba las mesas para un *coffee break.* Volvía a poner las mesas y servía la cena hasta las diez de la noche. Antes de irse dejaba todo listo para el desayuno de la mañana siguiente. Se esforzaba mucho para llevarse entre 140 y 180 dólares diarios a la casa. Así, seis días a la semana.

Obviamente que esto, y el desgaste de cualquier pareja que está formada desde la adolescencia, terminó con el matrimonio. Se divorciaron en 1983, de común acuerdo, y Adriana le dejó la custodia de los niños. «Vos vas a poder cuidarlos mejor que yo», le dijo. Juan se mudó con los chicos unas dos millas más adelante, a la zona de Spring Branch. Ahí vivía su gran amigo el mendocino Jorge, su esposa la mexicana Alicia, y sus dos hijos. Hicieron algo así como los Brady Bunch pero a la hispana. Los chicos convivían muy bien entre ellos y los mayores se turnaban para cuidarlos mientras los otros trabajaban. Juan se convirtió en un padre modernísimo y ejemplar, tenía que reparar tanto abandono que él mismo había sufrido. Todas las tardes, cuando los chicos venían de la escuela, y él tenía un rato de descanso del trabajo, se los sentaba a los dos en las rodillas y les daba lecciones de vida. «Sean buenos, no se peleen, no anden con las *gangas,* esos pandilleros que están ahí en la esquina. Andrea, vos tenés que ser un ejemplo para este Cabezón. Juancito, prometeme que nunca te vas a meter a las *gangas* [pandillas]», les decía. Hasta que un día apareció otra niña en la casa, una hermanastra de los chicos. Era Carola, la nena que había tenido Adriana, su ex mujer, con un argentino de origen polaco. Se separaron y no tenía dónde dejarla. Juan la recibió como a su tercer hijo. Los tres se criaron sanos y tranquilos hasta que ya estaban terminando la secundaria. Andrea quería ser arquitecta y la universidad era carísima, los 40.000 dólares que Juan ganaba al año más algunas propinas no iban a alcanzar para nada. Fue cuando recibió el llamado de Rick, un ex *general manager de* un hotel donde había trabajado, que se había mudado a Chicago y le ofrecía un trabajo de *floor director* para servir banquetes con el doble de sueldo, más las propinas y las horas extras. No lo podía desperdiciar. ¿Qué iba a hacer? Al principio se desesperó porque los

chicos eran adolescentes y es la peor edad para dejarlos, pero no tenía alternativas. Habló con Adriana y llegaron a un acuerdo, ella cuidaría a los chicos y él le pasaría un dinero. Viajaba todo lo que podía para ir a verlos. Si no tenía para el avión, manejaba quince horas o más para llegar a Houston.

A pesar de todo lo logró. Andrea fue a la universidad y seis años más tarde se convirtió en una arquitecta egresada con honores. John tuvo un poco más de problemas.

* * * * *

Yesica abrió los ojos y se puso a mirar de cerca a ese argentinito de ojos almendrados, labios gruesos y piel muy suave que tenía ahí durmiendo a su lado. Los aviones son uno de esos pocos lugares en el mundo donde está permitido dormir al lado de un perfecto desconocido, rozarlo, tenerlo a centímetros de la boca, todo sin mayores compromisos. Ella tiene ahora casi pegado a este chico que había visto varias veces caminando por la base muy derechito, con el pecho afuera y un precioso culo parado. Le había gustado mucho esa vez que fue al despacho de suministros y John estaba ocupado anotando la entrada de materiales que habían venido en el vuelo de la mañana. Le dio las botas que pedía casi sin mirarla pero después pudo ver de reojo cómo él le daba una generosa visualización a su espalda.«¿Qué puede ver con este uniforme? ¡Si vengo con los *jeans* ajustados se desmaya!», había pensado. John había tenido ese instinto machista de no dejar que ninguna mujer más o menos joven, más o menos atractiva, se fuera sin una buena mirada halagadora. Yesica se había sentido la más linda de Afganistán. «Y eso que las hazaras son bellísimas. Yo las vi en ese pueblo cerca de Mazar-i-Sharif donde estuve. Tienen ojos verdes profundos y caras redondas. Cuando se levantan el burka y les queda ese manto celeste por encima de la cabeza se parecen a la Virgen de Santa Ana. Son como la imagen de las estampitas», se fue diciéndose a sí misma.

Ahora lo tenía al lado suyo y desprotegido, dormía plácidamente sin poder hacer nada. Si quisiera lo podía besar ahí en ese momento sin que el argentinito pudiera decir una palabra. Pero Yesica tenía todavía las alarmas interiores puestas por su mamá y su educación católica en una escuela de la diócesis de Los Ángeles. No iba a hacer nada de eso, eran fantasías. Pero necesitaba ir al baño y tenía que despertar a John. «Así lo veo como se despierta», se dijo. En la base, a cualquier compañero, le hubiera gritado en el oído para que la dejara pasar, a John lo despierta con susurros. Le toca el hombro y ve como se abren despacio los ojos profundos del argentino.

– ¿No me permites pasar?–le dice con voz de gata–.

John estaba soñando con un campo rojo de amapolas que una vez había visto durante un patrullaje y que ahora era tan rojo que se había convertido en algo siniestro. Desde la tierra surgían raíces negras que iban envolviendo todo y él

trataba de volar más alto para que no lo alcanzaran. Fue cuando lo despertó el susurro de Yesica y le gustó mucho escuchar esa vocecita femenina de las que uno se olvida que existen mientras se sobrevive en la base. La misma Yesica le hubiera hablado de una forma muy cortante si todavía estuvieran en Bagram. Ahora ya están llegando a Ramstein, en Alemania, y la aproximación a la *civilización* centroeuropea parece mejorar los modales. John la deja pasar pero esta vez no la mira cuando la salvadoreña camina hacia el baño, no hace falta. Tiene al menos diez competidores que no dejan de darse vuelta y silbarle.

En el resto del viaje, hablan de sus familias, de sus países de origen, de las aventuras de cuartel, de lo mucho que disfrutarían estas dos semanas, pero ni mención de novios o novias específicos. Era una primera aproximación y en esos casos, es mejor dejar el tema entre paréntesis hasta un momento más apropiado. Bajaron juntos en la base de Dover, en el estado de Delaware. Allí se bifurcaron sus caminos. Él toma un avión hacia San Antonio, en Texas; ella, el que va a California. Se despiden con cierta tristeza. A ella le parece haber encontrado alguien a quien querer, a él lo lleva el instinto del machito cordobés que está enamorando a una morocha latina mezclado con esa carga de la libido natural y contenida durante los últimos seis meses. Sin embargo, su cabeza está puesta en su novia Cathy, esa gringuita–nacida en Panamá cuando su padre militar trabajaba en la zona del canal pero que llegó a los seis meses a Miami y después vivió toda su vida en Texas–que conoció haciendo un trabajo práctico de química cuando aún estaban en la escuela secundaria. Pueden despedirse sin miradas incómodas en un costado de la terminal aérea y esta vez se dieron un beso en cada mejilla como hubiera hecho cualquier chico de su edad en cualquier otro momento o lugar, menos en el mundo islámico o en una base militar. John se pone colorado, no lo puede disimular. A Yesica se le acelera un poco el corazón.

– Chauuuu argentinito–le dice cuando se va por el pasillo y sin darse vuelta–.

* * * * *

Juan se prepara para abordar el avión hacia Houston. Arregló con su hijo encontrarse allá porque el soldado tendría poco tiempo para hacer el viaje a Chicago. Se juntarían en casa de Andrea, en realidad una vivienda que compró Juan pero donde ahora vive su hija con su marido y sus dos hijos. Y después habría una reunión familiar en casa de Adriana, el lugar donde vivieron los chicos cuando Juan se fue a Chicago a trabajar.

Cuando Juan se mudó, John tenía quince años, le faltaban dos para terminar la Parkview Baptist School. Era un chico callado y tranquilo pero, por algún lado, tenía que sacar su rebeldía. Un día, cuando le faltaban aún unos meses para graduarse aparecieron en la escuela unos reclutadores del ejército. «Ahí

en la calle vas a estar solo. En el ejército, tendrás una familia que te cuide y te proteja por el resto de tu vida», le dijeron. Y le mostraron un video de soldados corriendo y disparando en un bosque. Cuando terminaban el entrenamiento, los soldados-actores sonreían y hablaban de las bondades de tener un sueldo a fin de mes, vacaciones pagadas y, sobre todo, becas para estudiar. Eso sonó como canto de sirena en los oídos de John, una semana más tarde llevó los papeles a su madre y ésta los firmó. Los tuvo que guardar aún unos días porque era menor de edad. Los reclutadores saben que es ilegal intentar captar a menores pero lo hacen igual. El día que cumplió 18 su solicitud ingresó formal-mente. Obviamente, fue aceptado casi sin trámites.

Sin servicio militar obligatorio, las fuerzas armadas estadounidenses necesitan imperiosamente de soldados. Los hispanos y los negros son los candidatos ideales. Salen de los guetos, se arman de una carrera y, en una de esas, hasta pueden estudiar y salir del ejército como profesionales. ¿De qué otra manera lo podrían hacer los chicos pobres de los barrios marginales alrededor de las ciudades del gran país del norte? Cuando Juan se enteró casi se muere. Le pidió a su hijo que fuera a Chicago para charlar con tranquilidad sobre las opciones que tenían, John insistía en que él se había enlistado sólo por un año. Cuando Juan leyó el contrato, vio que en la letra chica lo obligaban a estar al menos ocho años. Consultó a un abogado pero ya no había nada que hacer. Un mes más tarde, el 10 de abril de 1997, John estaba en el Fuerte Jackson, Carolina del Sur, completando su *basic combat training*. En junio, lo transfirieron al Fuerte Eustis, en Virginia, donde le dieron la instrucción para convertirse en un *cargo specialist*. Ya le habían visto su tendencia a trabajar en el sector operativo en vez de estar en la primera línea de combate. Tres meses más tarde lo enviaban a los Balcanes, la zona caliente de ese momento, a una guerra despiadada entre serbios, bosnios y croatas que pretendían quedarse con la mejor parte de la desintegrada Yugoslavia. Para ese entonces, ya se había firmado un pacto de paz en Dayton, Ohio, entre los líderes de las tres regiones, pero aún quedaba pendiente otra cruenta guerra y limpieza étnica en Kosovo.

John fue a parar a un campamento de la OTAN en Bosnia con la Compañía 441 de Transporte. Ahí también trabajó en la organización del personal y los materiales. Por su desempeño recibió una medalla de honor y un certificado de apreciación. Unos meses más tarde lo trasladaron a Hungría, desde ahí se coordinaban las operaciones para intentar detener la limpieza étnica que estaban realizando el carnicero serbio Slobodan Milosevic y los posteriores bombardeos de las fuerzas internacionales. Toda la familia estaba aliviada porque John no se encontraba en la primera línea de los combates y porque le habían respetado su acuerdo de estudiar al mismo tiempo. Comenzó presentando los exámenes básicos en la escuela de negocios de la Harold Washington Military Service School y en el verano de 1998 ya estaba de regreso en casa para estudiar con una beca en el Bauer College of Business de

la Universidad de Houston. A fines de 2002, pudo arrojar su birrete negro al aire junto a sus compañeros cuando obtuvo su *Bachelors of Business Administration in Accounting and Finance.* Se había convertido en lo que siempre quiso ser, un tradicional contador público. Pero para entonces ya se habían producido los atentados del 11/S, iniciado la guerra en Afganistán y estaba todo preparado para la invasión a Irak. Su vida no iba a transcurrir detrás de un apacible escritorio de oficina.

Las becas se pagan caras en el ejército estadounidense. Apenas comenzó la operación *Enduring Freedom* en octubre de 2001 con los bombardeos contra las fuerzas de los talibanes y para proteger el avance de los rebeldes prooccidentales de la Alianza del Norte, John recibió el llamado de alerta. Cuando terminó sus estudios lo enrolaron nuevamente y estaba partiendo hacia Kabul.

* * * * *

El encuentro en casa de Andrea fue de felicidad total. Típico de familia latina con todos hablando al mismo tiempo; todos menos John, que como siempre habló poco. Dijo que estaba bien de ánimo, que sólo tenía unos dolores en el pecho y acidez de estómago pero que había ido al médico de la base y le había dicho que era puro estrés. Tenían preparadas las milanesas con carne uruguaya que habían conseguido en el mercado hispano Las Américas, muy bien rebozadas con huevo, ajo, perejil y pan rallado; fritas en aceite muy caliente y servidas en un plato grande repleto de papas fritas hechas en casa, muy crocantes. Ensalada de tomates maduros y de postre un tiramisú que prepara Adriana con mascarpone auténtico como se lo enseñó una vecina italiana. ¿Qué más le puede pedir a la vida? Esa mesa, la gente que quiere y esos manjares después de meses de comer en ese comedor impersonal repleto de bestias que lo único que saben hacer es lanzar un bollo de miga de pan en el plato de sopa de un compañero para que le salte todo y lo queme. En ese momento, se levanta siempre un coro de risotadas hasta que alguien grita que se callen para poder seguir viendo el partido de fútbol americano que están transmitiendo en el enorme televisor que está permanentemente prendido allí, siempre en la cadena Fox, la más conservadora de todas, o en algún otro canal de deportes. Si los hispanos quieren ver un partido de fútbol, los blancos (en realidad, lo que se denomina despectivamente en las calles estadounidenses como *white trash,* los blancos que no pueden o no saben aprovechar los recovecos del sistema y terminan teniendo una vida miserable) y los negros los boicotean. Cada vez que cae un jugador en el campo de juego por una infracción gritan que son todos maricones. Sin mencionar cuando entra de sopetón algún oficial y tienen que andar levantándose y cuadrándose o cuando en medio del desayuno o la cena se les ocurre sonar las sirenas como si hubiera un ataque y es sólo un simulacro para ver si están todos atentos. Así se come en la base. Esto es el paraíso y las milanesas son mejores que las 72

vírgenes que les prometen a los musulmanes que se inmolan.

El resto de la estadía, transcurre con mucha tranquilidad sólo rota por algunas discusiones ocasionales entre Juan, Adriana y Andrea. John se refugia en Cathy, su novia de la secundaria, la chica rubiecita, deportista, amorosa, contadora como él, que lo llena de besos cada vez que puede. Y que le da a John unas noches de amor profundo y previsible, justo lo que necesita en este momento de su vida. En sus brazos se olvida de la guerra, los *angels,* el sargento rapero TJ, las cuentas infinitas de pertrechos, la mala comida, las burlas de sus compañeros y hasta de que tiene que volver a todo eso en apenas unos días. Yesica entra en los olvidos.

Cuando le entrega a Cathy el collar de piedras brillantes y plata, hablan de lo que vienen hablando desde hace años, el casamiento. Ahora parecería que no hay muchas más alternativas, John regresa a la vida civil definitivamente en tres o cuatro meses y se quieren ir a vivir juntos. Tienen toda la intención de quedarse en Houston, que es su ciudad e intentarán conseguir aquí un trabajo. John podría regresar a la compañía de electricidad en la que trabajó un tiempo. Está seguro de que le devolverían, al menos, el puesto que tenía de contador *junior.* Ella está terminando unos cursos de especialización y podría encontrar un puesto en cualquier empresa. Le gustaría hacerlo en un hospital porque hizo cursos de administración de la medicina. John se disculpa por no haber traído un anillo para pedirle matrimonio en esa ceremonia tan particular para los estadounidenses (hay una especialidad en Hollywood de películas basadas sólo en ese momento). A Cathy no le importa. Sabe que es apenas una distracción, que John no puede casarse con nadie más. No porque no lo aceptarían, muchísimas chicas se derriten ante ese argentinito chiquito y gallito que gana desde su vulnerabilidad. Pero está convencida de que él está hecho para ella y ella para él desde siempre. No se trata de una pasión, se trata de una certeza. Muchos dirían que es demasiado aburrido para casarse con alguien, pero los jóvenes creen que alcanzarán a armar un buen matrimonio, a ser un par de buenos padres, buenos vecinos, buenos empleados, etcétera. Si alguno de los dos no se cruza con alguien que le dé vuelta la cabeza, en un año estarán casados y esperando el primer hijo.

A principios de la segunda semana, finalmente, John y Juan logran sentarse tranquilos en el living y conversar con un silencio absoluto a su alrededor.

– ¿Cabezón, cómo están las cosas?

– Bien, bien–contesta John bajando la cabeza y sin mirar a su padre a los ojos como hizo desde muy chico–. Necesita un rato para aclimatarse, una serie de intercambios sin sentido, hasta poder contar algo más íntimo. Juan lo sabe. Lo deja que se acomode en el sillón que diga «bien, bien» unas cuántas veces más hasta que lo aborda directamente.

– ¿Cómo te sentís?

– Bien, bien, pero estoy preocupado. Vi cosas que no me gustaron nada.

– En la guerra se ven cosas que hay que olvidar.
– No es eso. Es peor, creo.
– ¿De qué hablás?
– Drogas.
– ¡¿Te drogás?!
– No, noooo. ¿Cómo me preguntás eso?
– ¡No sé! ¡Me decís drogas y no pienso en otra cosa! ¿Qué pasa?
– Hay tráfico de drogas en la base. Y cosas peores todavía.
– Bueno, ahora sí que me estás volviendo loco. ¿De qué hablás?
– De que traen la droga en los cajones de los pibes caídos, de los angels.
– ¿Cómo lo sabés?
– Lo vi.
– ¿Lo viste? ¿Y quienes son?
– Unos sargentos, pero me parece que también está metido un coronel. No sé, debe haber varios. Están profanando a los angels. Los devuelven a casa llenos de heroína. Es una desgracia para todos.
– No, Juan Manuel–así le dice a John, por su nombre argentino y cordobés original, cada vez que lo tiene que reprender o hablarle muy en serio–no te podés meter en eso. Dejálo que pase de largo. No te metas, es una locura. Esa gente es capaz de cualquier cosa. Mirá para otro lado. Te faltan tres meses para que termine tu contrato y para que el ejército pase a la historia, te lo sacas de encima. Olvidate de lo que viste, de esa gente, mirá para otro lado.
– No se pueden olvidar esas cosas.
– Vos lo vas a tener que hacer. Es por tu seguridad, por Cathy, por nosotros… Pero esperá un momento ¿no habrás ido a hablar ya con algún superior, no?
– No, quedate tranquilo. No hablé con nadie, con nadie.
– Bueno mantenelo así. Mirá para cualquier otro lado. Volvete ciego, sordo y mudo estos días que te faltan. Te metés en el avión de vuelta y ya está. Que el Pentágono se las arregle.
– Es un problema de todos, papá. ¿Cómo se puede permitir que esos mierdas manchen el honor de los que dieron su vida por la patria?
– Sí, no te niego que son unos hijos de puta, que habría que denunciarlos y acabar con esos tipos pero vos no. Vos ya tuviste demasiado. Ahora tenés que volver a casa y hacer tu vida.
– No sé.
– Sí sabelo. Si llegás a hablar te van a matar.

03
¡El Cabezón habló de más!

Juan está manejando pero cuando ve el número de su hija en el celular contesta la llamada.

– *Daddy! Daddy!*–se escucha un grito del otro lado.

– ¡¿Qué pasa?! Hija,¡¿qué pasa?!

– *Daddy, Daddy!* ¡John está muerto! ¡John está muerto!

Juan no entiende lo que está pasando. Se tira a la banquina a mucha velocidad y logra detener la camioneta un metro antes de chocar contra un terraplén. La llamada se corta. Apenas un segundo después el celular vuelve a sonar. Es su hija que sigue gritando lo mismo.

– *Daddy! Daddy!* ¡Mi hermano está muerto! ¡Mataron a mi hermano!

– Por favor, Andre, cálmate y decime qué pasa.

– ¡Papá, John está muerto!

– ¿Pero qué pasó? ¿quién te lo dijo?

– Llamaron recién. Llamaron desde Afganistán. Dicen que John murió esta madrugada. ¡Tengo que atender a mamá, después te llamo!–Y corta.

Juan no puede reaccionar; tiene un zumbido fuerte en los oídos, el corazón le late como si fuera una locomotora, las sienes se le hinchan. Mira a los costados y recuerda que está manejando por la *highway 90* y que va rumbo a su casa. Pone la cabeza sobre el volante por un momento hasta que logra controlar el temblor que tiene en todo el cuerpo. Respira profundo varias veces mien-tras se repite en su mente lo que a partir de ese momento y por muchos días será su mantra: «¡No puede ser! ¡No puede ser!» Y luego, casi como si fuera una frase compuesta, la pregunta que lo mantendrá insomne por mucho tiempo «¿Cómo se va a morir mi hijo?» Se pasa las manos por la cara para sentir que está ahí, que la llamada es cierta, que su hija está desesperada, que su ex mujer está descompuesta del dolor, que se siente solo como un cero solo en medio de una autopista con cientos de autos pasando a 120 kilómetros por hora. Se mantiene en esa posición por otros diez minutos antes de

comenzar a sentir nuevamente su respiración. Levanta la cabeza y cree tener una fuerza mínima para encender el motor de la camioneta. Coloca la marcha atrás para sacar el vehículo de la banquina deseando que no venga ningún estúpido policía a preguntarle qué le pasa, es capaz de cualquier cosa en este momento. Por suerte no hay patrulleros a la vista. Pone la primera y ya está en la banquina para salir al *highway,* acelera, pone la segunda, pone la tercera y estalla en un llanto largo y profundo que le hace ver todo nublado. Sigue manejando como puede. No está lejos, conoce de memoria la salida de la autopista y la calle que tiene que recorrer para llegar a un lugar que parece tan incierto en este momento, su casa.

«¿Cómo va a morir dentro de la propia base? ¿Lo habrán mandado a patrullar? ¿Pudo ser un kamikaze que se inmoló dentro de la base? ¿No habrá sido algún compañero loco? ¡Ayy! ¡Noooo! ¡Fueron esos hijos de puta de la heroína! ¡Este Cabezón habló de más! ¡Fueron esos narcos! ¡Si fueron esos narcos yo los voy a ir a matar a todos! ¡Uno por uno van a ir cayendo! ¡No necesito estar en el ejército para ir a matarlos a todos! ¡Voy a averiguar quiénes son y les voy a ir a matar a sus familias, te lo juro por vos, Cabezón, te lo juro!… ¿Y si no está muerto? ¿Y si está herido, nomás, y estos idiotas lo dieron por muerto? ¿Y si está en algún lugar escondido porque lo perseguían? Yo no tuve ninguna corazonada, no sentí nada especial, tampoco soñé con él ¡para mí que está vivo! ¡Ay Cabezón, mi Cabezón! ¿Qué pasó?»

Juan no puede parar, todos esos pensamientos juntos le aparecen a borbotones. Llega a la casa sin tener noción del tiempo. Abre la puerta agarrándose la mano derecha con la izquierda–tiembla tanto que no emboca la cerradura–. Llama al celular de su hija y no le contesta. Llama a la casa de su mujer y no le contesta. Busca el teléfono de una vecina y no lo encuentra. Llora y no tiene a quien abrazar. Intenta calmarse para que su mente se aclare. Tiene que irse al aeropuerto para tomar el primer avión a Texas, debe estar junto a su hija y su ex mujer cuanto antes. Mientras prepara un bolso con algo de ropa, finalmente, vuelve a sonar el celular. Es su hija, ya más tranquila; le dice que la madre está mejor, que se desmayó pero que fue apenas un momento, que ahora está tirada en la cama y que una amiga está en camino con un calmante.

– ¿Quién te dijo que John está muerto?

– Un coronel o algo así llamó desde Bagram. Dijo que lo sentía pero que tenía que comunicarnos el deceso del *army specialist* John M. Torres de la compañía 453 de Transportation de la US Army Reserve, repitió varias veces que lo sentía mucho y que mañana nos vendrá a ver alguien del ejército para decirnos qué pasó. No dijo más nada…

– Pero le preguntaste…

– Te *imaginás* que le pregunté varias veces «¡¿qué pasó?! ¡¿qué pasó?!». Pero no me dijo nada. Repetía «lo siento, su hermano está muerto». Ah,

dijo «murió esta madrugada del 12 de julio de 2004, hora de Bagram». Y nada más.

– Voy para allá, me tomo el primer avión que salga para Houston. *Esperame* en la casa.

El resto del día fue para Juan como transitar por un infinito túnel de luz grisácea. Llegó al aeropuerto, sacó el billete, tomó el avión, salió del otro aeropuerto en un taxi, entró a su vieja casa. Pero no vio nada más que ese largo corredor. No recordará ni una sola situación o cara, no podrá decir ni en qué aerolínea viajó. Su primera reacción más profunda y auténtica, sin control, la tuvo al estar junto a su hija y su mujer. Los tres permanecieron llorando abrazados por un largo tiempo y justo en ese momento Juan entendió racionalmente que había perdido un hijo.

* * * * *

John había llegado a la base de regreso de su licencia con buen ánimo y dispuesto a hacerse la vista gorda ante los narcotraficantes. «¿Qué puedo hacer?», se repetía sin estar muy convencido. «¿A quién se lo voy a contar? Más de uno lo debe saber y se están haciendo los tontos. Si los generales no quieren ver esto, o lo toleran para mantener un orden, allá ellos. Y si la heroína no llega desde Afganistán en forma directa llegará por otro medio. Lo que sí me jode, y me jode mucho, es que profanen los ataúdes de los *angels.* Pero mi viejo tiene razón, no voy a decir nada, no voy a hacer nada. Tal vez, pueda ir recopilando alguna información y cuando ya no esté en el ejército pueda pasárselo a algún periodista o subirlo a un *blog*».

John está dispuesto a pasar sus últimos tres meses en la base metido en su libreta de anotaciones de las entradas y salidas de pertrechos. Lo único que lo inquieta un poco es la presencia de Yesica. La había visto apenas puso un pie en Bagram. Él bajaba del avión y ella ya iba subiendo a un helicóptero con ese casco enorme y el uniforme de combate. Cuando la ve así, con el M-16 en la mano, es menos atractiva que una pared sin revocar. Pero cuando le sonríe y lo mira con sus ojos de felina centroamericana, a John le falta el aire. La saludó levantando la mano y apartando enseguida la vista hacia el suelo, sentía que los compañeros que estaban a su alrededor se encontraban en ese instante mirando la escena con detalle y no tardarían en gritar alguna barbaridad. Pero esta vez tuvo suerte. Sólo el mexicano Óscar, quien tomó el avión con él en Denver, se le acercó y le dijo algo acerca de las bondades de ciertas partes del cuerpo de Yesica. John sabe que Yesica es una fantasía que lo acompañará en este tiempo entre paréntesis que debe pasar en Bagram. En realidad, espera que sea sólo eso y que ese músculo tan flexible que es el corazón no le complique más la vida. Ya está total-mente comprometido con Cathy, su amor de la secundaria. Tienen planes de casarse apenas regrese y hacer un viaje de luna de miel por Estados Unidos y otro a Argentina. Yesica,

probable-mente se quede en el ejército y no la vuelva a ver nunca más.

Cuando se presenta ante el teniente que está a cargo del depósito se encuentra con la novedad de que están cortos de personal y que esa semana tendrá que salir con una patrulla y hacer alguna guardia, además de continuar con sus obligaciones de llevar los registros de entradas y salidas de materiales. A John no le gusta nada el asunto, pero lo único que se puede hacer en esas circunstancias en el ejército es tragar saliva, cuadrase y lanzar un «*Yes*, sir» lo más neutro posible. Se va a la barraca y busca su uniforme de combate, está casi nuevo. Lo usó pocas veces. El casco parece impecable comparado con los de sus compañeros que lo arrastran por las arenas terrosas del desierto afgano casi todos los días. Tiene unas gafas que consiguió por un amigo que ya volvió a casa y que son como las que usan los comandos, que se pegan a la cara con visión casi perfecta. Pero falta lo más importante. Va hasta la armería y recoge su M-16, está falto de práctica así que lo desarma con cuidado y le pone un poco de aceite. Lo vuelve a armar y comprueba que la bala entra bien en la recámara. Saca y pone el seguro varias veces. Sale de la barraca y va a uno de esos agujeros que están por toda la base para comprobar si las armas están descargadas. Quiere probar que el fusil dispare correctamente. Pone el caño en la boca que entra en el saco de arena y tira del gatillo. Puuuuuummm, seco, sordo. Sí, está bien. Ahora está listo para cuando lo llamen. Hasta entonces podrá chequear su correo electrónico en la computadora o intentar batir su propio récord en un videojuego o simplemente caminar un poco para mirar cómo el sol se pone sobre las montañas del Hindu Kush, un espectáculo único en el mundo. Pero no tiene tiempo ni de sacar la *laptop* de tapa azul acerado que guarda en su armario. «Tourrrresss», escucha gritar a Martínez, un cabo de origen antillano, criado en Brooklyn. «Tourrresss, *lets go man*». John Torres se pone el casco, toma el M-16 y sale corriendo. Sabe que si corre en ese pequeño tramo que hay entre su barraca y llega agitado al lugar donde está el cabo Martínez, a éste le parecerá que su comando está muy alerta y listo para el combate. Es toda una puesta en escena que gusta mucho en el ejército y el argentino sabe actuarla como si fuera un veterano actor británico en el momento de interpretar Shakespeare. El sargento le designa un grupo y un *humvee,* el M1151, donde viajará junto a un teniente que está a cargo de la operación, un conductor y un artillero que estará en la ametralladora pesada de 5,56 mm que sobresale del vehículo. Él deberá permanecer en la parte de atrás del *humvee* cubriendo la retaguardia y observando al resto del convoy. Detrás vendrá un *striker,* uno de esos vehículos de asalto artillados más livianos que un tanque y que se usan para patrullar. Irán a recorrer una zona que en general está en calma por la ruta 76, pero donde se produjeron unos ataques de los talibanes en las últimas horas. Tendrán más información cuando el teniente les haga el *briefing,* ese discurso que dan los comandantes antes de ir a la batalla y que sirven para informar a la tropa y al mismo tiempo darles aliento como si se tratara de un equipo de fútbol a punto de salir al campo de juego. John se acuerda de que tiene que tomar la pastilla que le

dieron para combatir la malaria. El médico le advirtió que debía tomarla todas las semanas y que no se podía olvidar de ninguna dosis porque de lo contrario no funcionaría el tratamiento. Había visto en el hospital de la base a tres o cuatro soldados con malaria y no quería llegar nunca a ese estado. El médico le había dicho que hubo muertos por esa enfermedad y varios quedaron estériles o con el hígado destrozado. Corrió hasta la barraca, se tomó la píldora y en apenas tres minutos estaba otra vez listo. Llegó el teniente, un recién egresado de West Point, atildado y limpiecito, seguramente de una familia cristiana ortodoxa de algún lugar como Indiana o Kansas. «Vamos a subir por la ruta 76 hacia los poblados de Khenjan y Dahan-e Valian. Ahí hubo unos ataques talibanes contra las autoridades de la zona que colaboran con nosotros. No sabemos si permanecen en el lugar y nos están esperando o si ya pasó todo. Tenemos que averiguarlo. Vayan atentos todo el camino», dijo el teniente sintiéndose el coronel *Bull* Meechum en *Apocalypse Now*.

El convoy comienza a rodar. Pasan por el pueblo de Charikar que, como siempre, está más ocupado por las actividades del mercado que por cualquier otra cosa. Los chicos dejan de remontar sus cometas y comienzan a correr al lado de los vehículos pidiendo «*¡bakshish, bakshish!*», algún regalo, una propina. Quieren que los soldados les den caramelos o cualquier otra chuchería. Esta vez no se trata de una incursión para «ganarse mentes y corazones» como les gusta decir a los propagandistas estadounidenses y no hay *bakshish* para nadie. El convoy sigue de largo a toda velocidad. Saliendo del pueblo sólo hay desierto donde cada tanto se levanta un enorme murallón de adobe. Ahí dentro de esos *compounds* hay seguramente varias casas de una misma familia. Los paredones sirven para proteger y al mismo tiempo para ocultar a las mujeres de la vista de los otros hombres. Es probable que haya en este momento mujeres cocinando en un horno de barro, hombres cuidando alguna huerta y niños tejiendo alfombras. Las manos pequeñas son las mejores para meter los hilados en el telar y es una tradición milenaria la de explotar a los más chicos para tejer. Por una alfombra, pueden llegar a sacar hasta 100 dólares si la venden directamente en la Chicken Street de Kabul, el lugar donde van a comprar todos los extranjeros que pasan por la capital afgana. Con ese dinero, una familia puede vivir bastante bien todo un mes. John se fue enterando de todas estas cosas por las charlas que le dan cada tanto para «conocer la cultura afgana» o por los relatos de los que salen a diario a patrullar y que muchas veces se instalan en su barraca para contarle.

Antes de llegar a Khenjan, a unos cien kilómetros de la base, el camino ya sale del desierto y se mete por un pequeño desfiladero de montañas grises. Por momentos, la ruta se hace más estrecha y la ladera de los cerros queda por encima de los vehículos. «Que no nos ataquen acá porque estamos perdidos», piensa John. El convoy sigue avanzando sin novedades. Los cuatro *humvees* avanzan con agilidad pero a los dos *strikers* les cuesta moverse. Son unos vehículos que parecen botes de pesca de calamares con ruedas. Tras una curva

pronunciada, donde el *humvee* salta como un canguro entre las piedras, aparece un pequeño valle y en el centro el pueblo de Khenjan. Como siempre, una serie de construcciones de adobe con tres o cuatro edificios de cemento en medio, donde seguramente funciona el gobierno local, una escuela y, tal vez, vive el jefe tribal. Lo único que se destaca en el horizonte son los minaretes de la mezquita con una luz verde. Parece ser un templo suní, sencillo pero bien conservado, con una pequeña cúpula redonda de mosaicos. No se ve gente en la calle, esa es una señal de que algo anda mal. El convoy se detiene antes de cruzar el puente sobre el río y el teniente ordena que permanezca allí uno de los *strikers* y un *humvee*. El resto entrará a inspeccionar. El silencio es mortal. El viento levanta remolinos de tierra y arena lo que constituye el único elemento con movimiento. Cruzan dos calles en forma lenta y muy alertas. «*Open heart, open heart, do you copy me?*», se escucha por la radio. «*Everybody is connected? Report by number*». Cada vehículo da su número, cada soldado se identifica. Todo está en orden. Se detienen frente a la mezquita. Allí reside el poder en los pueblos afganos. Antes de que los soldados terminen de tomar posición sale el *sheik a* recibirlos; viene con dos hombres detrás que llevan sus ametralladoras AK-47 al hombro, no se incomodan cuando los soldados les apuntan. Este es un ejercicio cotidiano para ellos, si hubieran querido disparar se hubiesen parapetado en los minaretes para convertirse en francotiradores imbatibles. El *sheik,* que se presenta como Yusuf, le informa al teniente en un buen inglés que una columna de talibanes había pasado por ahí hace unas seis horas y que después de un corto tiroteo se fueron en dirección a Dahan-e Valian. «*They were like fifty, they should be around*», explica moviendo la mano en aspas y mostrando un incierto lugar. El teniente sabe que no puede confiar en los cálculos de los afganos, muchas veces exageran o minimizan a las fuerzas enemigas para demostrar su valentía al enfrentarlos o porque poseen una milicia mucho más pequeña de la que aparentan. Pero el dato de que pasaron por allí y hubo un enfrentamiento tiene que ser cierto. El *sheik* es un aliado de los estadounidenses y los agujeros de las balas están muy frescos en el frente de la mezquita.

El avance hacia el siguiente pueblo se hace ahora más tenso, los vehículos marchan por el desfiladero con un guardia a cada lado asomado por la torreta y mirando hacia las montañas. Una emboscada allí puede ser fatal, todos lo saben. El camino se vuelve a estrechar y se recuesta hacia el río que aparece unos diez metros más abajo. A los *strikers* se les hace muy difícil transitar, cada vez que aceleran llenan de un humo negro todo el desfiladero. A pesar de la tensión, el convoy avanza en forma ordenada y se mantiene casi perfecta la distancia de unos cinco metros entre los vehículos. El día está seminublado y lo único que rompe la quietud del entorno son algunas ca-bras que hay más arriba en las montañas u otro rebaño que parece haber ido a beber al río por donde transcurre apenas un hilo de agua. No hay pastores. Tienen que estar en algún lugar cercano, lo más probable es que sean chicos que se ocultaron al

escuchar que venían los vehículos americanos.

El pueblo de Dahan-e Valian aparece cuando el camino se vuelve a abrir. Otra vez, un poblado marrón, de adobe, con dos o tres edificios de dos pisos y los minaretes de dos mezquitas. Aquí hubo alguien generoso o algunas buenas cosechas porque de otra forma es imposible que una villa como esta pueda tener cuatro minaretes, dos de un lado y otros dos a no más de cuatro cuadras de distancia. En otros países musulmanes, sería una señal de la coexistencia de suníes y chiíes, las dos corrientes religiosas dentro del islam. Pero aquí sólo hay suníes. De lejos no se ve ningún movimiento. El teniente vuelve a dejar una guardia en el camino y el resto del convoy entra a marcha lenta por la que parece la calle principal del poblado. Hay un cartel con el nombre de la calle, Ahmed Shah Massoud, el héroe nacional, ex comandante de las fuerzas prooccidentales que lucharon durante años contra los talibanes desde el cercano valle del Panjshir. Lo asesinaron el 9 de septiembre de 2001 dos kamikazes de Al Qaeda que decían ser periodistas jordanos e hicieron explotar una bomba que traían oculta en la cámara. Desde entonces su nombre, acompañado de su apodo, «el león del Panjshir», aparece en todos lados donde uno se mueva en Afganistán.

Por la calle Massoud, sólo se ve un grupo de mujeres enfundadas en sus burkas de color celeste fuerte que apuran el paso, cuatro o cinco chicos que no se acercan a pedir *bakshish* como harían en cualquier otro momento y unos ancianos que conversan en la puerta de un comercio mientras pasan el *tasbih,* el rosario musulmán de 33 cuentas, que siempre llevan en la mano. Falta una cuadra más para llegar a la plaza principal donde está la primera mezquita y ya no hay nadie en la calle ni en las ventanas. Un viento algo más moderado hace volar unos arbustos. De pronto, todos se sobresaltan con un ruido muy fuerte proveniente de unos altoparlantes. Es el *sheik* de la mezquita abriendo torpemente el micrófono para lanzar la plegaria de la tarde. «*Allah-u-akbar, Allah-u-akbar, Allah-u-akbar*», repite el tradicional «Dios es grande» desde las antiguas pero poderosas bocinas que cuelgan de los dos minaretes. Como si fuera un eco, comienza la misma letanía desde la otra mezquita. «Parece una *fucking* competencia de *hajies*», piensa John pero no tiene tiempo de comentarlo con nadie. Sabe que muchas veces esos rezos también sirven de señal para un ataque y esta vez no es la excepción.

Fuuummm. El primer misil da de lleno al segundo *striker* que cierra la fila y en un segundo todo se convierte en un pandemonio. «¡A cubrirse, a cubrirse, bajen del humvee!», grita el teniente. Tatatatatatata. Las ametralladoras pesadas resuenan y hacen mover a los vehículos. El artillero del primer *striker* dispara sus balas de 50mm y la terraza del edificio de enfrente de la mezquita de dos pisos comienza a desflecarse, vuela la mampostería por todos lados y una nube de polvo envuelve la escena. John aprovecha ese momento en que amaina el fuego enemigo para buscar un refugio más o menos seguro.

Encuentra un portal bastante ancho. Se oculta detrás y comienza a disparar hacia la terraza siguiente que es de donde le pareció que había salido un misil que dio de lleno en el striker de atrás dejándolo en llamas. El teniente está con la radio «Nos atacan, repito, nos atacan, posición 12 grados sur, 18 grados este. Espero refuerzos». Booommm, un misilazo que pasa por arriba de la cabeza del sargento e impacta en la pared de la mezquita. «Tienen suerte, hay helicópteros en la zona, están muy cerca. *You have to resist five minutes*», dicen por la radio. John escucha el mensaje y no lo puede creer, en la posición en la que están podrían convertirse todos en *angels en* menos de media hora. «¡Hay que tener suerte para que haya apoyo aéreo en la zona!», piensa mientras continúa disparando sin saber muy bien qué tiene enfrente. Sólo puede ver unas sombras y unas *keffiyeh,* esos pañuelos palestinos que se enroscan en la cabeza, de aquí para allá. Pero alguien lo está viendo a él. Una bala pega en el borde del casco y se lo hace volar. John se tira al suelo antes de que la segunda bala termine incrustada en el portón de madera. Dos o tres tiros más rebotan muy cerca; John se mueve con gran habilidad, logra rescatar el casco que le salvó la vida y moverse hacia el portal contiguo donde ya hay otro compañero. Llega reptando y jadeando. «*Fucking hajies!*», grita el otro soldado y dispara hacia la posición donde está el atacante de John. La sombra ahora se desploma desde el segundo piso y al caer en el suelo se corporiza en un joven todo ensangrentado dando los últimos estertores de vida. Dos de los *humvees* logran salir del sector y ahora disparan desde el otro lado de la plaza, parecen estar en mejor posición para la defensa y ya se escucha el sonido de los helicópteros que están llegando. La balacera decrece hasta convertirse apenas en el tiro aislado de un francotirador. Los talibanes también escucharon los helicópteros y comienzan la retirada. La huída de los *muyahaidines* será seguramente hacia la ladera de la montaña detrás de las casas desde donde disparan y hacia la segunda mezquita. El primer helicóptero ya está sobre el pueblo y lanza tres misiles contra las terrazas, uno detrás del otro, a una velocidad de videojuego. Brooommmmm. El estruendo es tremendo y se sucede una, dos, tres veces, los ladrillos vuelan por el aire y algunas columnas quedan al descubierto. Desde una de las terrazas se escucha un grito desesperado con las palabras santas del *Allah-u-akbar*. Se incorpora un hombre con un lanzagranadas en el hombro y lanza un misil hacia el helicóptero, el piloto logra verlo y volcar la aeronave hacia la derecha. El misil pasa de largo por el flanco izquierdo y se pierde en el cielo. La metralla de 50mm hace el resto. Alcanza al talibán de lleno, seguramente quedó partido en dos. Los otros helicópteros disparan ya contra la ladera de las montañas, le están cortando la retirada al enemigo. En tierra todo está dicho. Hay dos heridos pero no parecen estar muy graves.

Una vez despejado el lugar, el helicóptero que encabeza la formación aterriza en la plaza en medio de una pesada nube de tierra. John y el resto salen de sus posiciones y caminan hacia el helicóptero. Y como si estuviera dentro de una de esas telenovelas colombianas, en la que se mezclan narcos y militares con

bellezas tropicales, entre la polvareda aparece un comando americano que le resulta familiar. Es Yesica que mira a todos lados apuntando con su M-16 y que cuando lo ve a unos metros de ella, sonríe y levanta el pulgar, John levanta el suyo. Está todo bien.

Le encantaría ir a abrazarla y agradecerle pero eso sólo puede pasar en una de esas telenovelas; en la guerra, entre soldados, entre comandos, sólo puede haber un pulgar en alto.

* * * * *

– ¿Cómo que no voy a poder ver el cuerpo de mi hijo?–dice Juan con el rostro lívido–.

– Entienda, señor Torres, su hijo recibió una herida en la cabeza y vendrá en un cajón cerrado, responde avergonzada la capitana que llegó hasta la casa de Adriana en Houston para informar personalmente sobre la muerte de John.

– ¿Pero qué le pasó? ¿Por qué no me dicen qué le pasó? ¿Cómo murió?

– Aún estamos investigando; en unos días le vamos a informar, es preliminar hacer cualquier evaluación en este momento.

– No tiene ninguna lógica. Si un soldado muere tiene que haber una razón, a menos que estén ocultando algo. Y quiero decirle que tengo muchas sospechas de que el ejército está intentando ocultar algo en esa base.

– ¿De qué me está hablando?–pregunta la capitana intentando obtener más información–, una mujer de unos cincuenta años, bien parecida incluso en su uniforme azul y ese birrete ridículo que no se saca ni para mantener esta charla en la sala de la casa.

– Mi hijo me habló de que en la base había tráfico de drogas.

– ¿Y lo informó a sus superiores?

– No, no lo sé.

– Bueno, vamos a investigar esta acusación. Quiero que sepa que siempre ha habido un porcentaje de soldados que han abusado de estupefacientes o alcohol mientras estuvieron alistados en las fuerzas armadas.

– No, no… No estoy hablando de muchachos drogadictos. Estoy hablando de narcotráfico, gente que trafica con heroína.

– Esa es una acusación muy seria.

– Bueno, investíguenla y díganme cómo murió mi hijo.

– Lo haremos, dice la capitana levantándose del sillón casi de un salto. Le da la mano a Adriana, a Andrea y a Juan y se despide recordándoles que el féretro estará aquí en Houston el viernes, dentro de cuatro días.

Juan sale a la puerta con la capitana y ésta le hace una seña cómplice para que se acerque.

– Señor Torres,–dice la capitana en voz baja–, el informe dice que el cuerpo

de su hijo tiene la cabeza destruida, esa es la razón por la que el cajón vendrá cerrado. No lo quise decir allí adentro en presencia de su esposa.

A Juan se le aflojan las piernas. No puede preguntar nada, no puede pronunciar una palabra más. El pecho se le inflama de impotencia, de rabia. Ve alejarse a la capitana con los dos soldados de escolta que la acompañan. Le saltan las lágrimas y le rechinan los dientes. Sabe que algo extraño sucedió en Ba-gram y que se lo están ocultando. Se queda ahí afuera por un largo rato. Cuando vuelve con su ex mujer y su hija ya está resuelto a luchar por conocer esa verdad.

– Voy a hacer un escándalo. Cuando se haga el funeral voy a hablar con los periodistas y decirles lo que está pasando en esa base–amenaza–.

Adriana no para de llorar y de pedirle a Juan.

– Ya está, Juan, ya está. Ahora hay que enterrarlo con tranquilidad, no quiero un escándalo en su funeral. Te lo pido por favor, Juan, no lo hagas. Prometéme que no vas a hacer nada. Lo vamos a enterrar con tranquilidad y dignidad porque él lo querría así. Tenés que tranquilizarte y prometerme que no vas a hacer nada…

Su hija Andrea lo mira a los ojos implorándole con el gesto que cumpla con el deseo de su ex mujer. Juan respira profundo varias veces para intentar calmarse. Después se desploma quebrado en el sillón y dice en voz baja y mirando al suelo.

– Está bien, te prometo que no voy a hacer nada en el funeral–, y levanta la cabeza con un poco más de fuerza. Pero es sólo hasta el funeral, después voy a hacer todo lo que tenga que hacer para saber qué le pasó a mi hijo.

Los cuatro días les resultaron interminables. Juan no puede dormir de la impotencia que siente, piensa que está traicionando a su querido Cabezón si no hace algo. El viernes se levanta temprano y va a la funeraria donde ya debería estar el cadáver de su hijo. Lo hacen esperar en la oficina más de una hora hasta que llega la directora del lugar, está desesperado. Tiene que ver lo que le están entregando, necesita ver el cadáver. La mujer duda y busca alguna excusa pero al final Juan la conmueve y le permite pasar a la sala donde se alinean tres cajones. En uno sencillo, de caoba lustrada con herrajes plateados, se puede ver un pequeño cartel que dice John Manuel Torres. Un asistente se adelanta, abre la tapa y la coloca en un costado, apoyada contra la pared. Ahí está John, el John de siempre, el Cabezón, con su uniforme de gala, envuelto en la mortaja. A Juan se le estruja el corazón y tiene la sensación de que los genitales se le suben hasta el estómago. Nunca se imaginó que iba a tener que ver a su hijo muerto. Se abalanza y abraza el cadáver. El asistente y la directora de la funeraria se retiran respetuosamente. Se queda un rato así, unos cinco minutos y ahí está John, muerto pero entero. El cuerpo está entero, no es como dijo la capitana, el cuerpo del Cabezón está

entero. La mortaja cubre la parte posterior del cráneo pero su rostro todavía tiene bien marcadas esas facciones de chico bueno que llevaba en vida. Cuando Juan se repone, le vuelve la rabia. Otra vez le mintieron.

«¿Para qué me dijo esa capitana que el cuerpo tenía la cabeza destrozada? ¿Qué quiso decirme? Se trataba de algún mensaje oculto, parece una cosa mafiosa. ¿Por qué están dando vueltas para decirme lo que le pasó a John? Aquí hay algo muy extraño y yo voy a saber de qué se trata. Te juro Cabezón que voy a saber qué te hicieron y voy a encontrar al culpable. Te lo juro hijito, te lo juro», se dice Juan hasta que la directora de la funeraria le toca suavemente el brazo para que abandone el lugar.

* * * * *

El funeral se realiza el martes en la St. Justin Martyr Catholic Church de Ashford Point Drive, en Houston. Cuando llega la familia ya está el féretro cubierto por la bandera estadounidense, no hay bandera argentina ni nada que se le parezca. Las bancas están ocupadas por unas doscientas personas que escuchan con emoción a los cuatro que hablan desde un pequeño púlpito ubicado al lado del cajón. Andrea es la que conmueve más con la despedida a su hermano. «Adoraba a sus padres, especialmente a su mamá. A los 25 años todavía la llamaba para decirle dónde estaba», cuenta entre lágrimas. «No te decimos adiós. Te decimos *seeyoulater*, que es como él siempre se despedía». Después, un amigo recuerda a John de chiquito y el teniente coronel Frank Grosskreuz lo despide en nombre del ejército diciendo lo mismo que los militares dicen en estas circunstancias desde siempre: «Sirvió a su país en el momento en que su país más lo necesitaba». En la primera fila están Adriana, Juan, Andrea, Cathy y la hermanastra Carola. Inmediatamente después están ubicados los amigos de John, el gordo Mo, probablemente el más cercano, Sargon, Vincent, Neal, Guillermo y Akash. Cuando el cura da fin a la ceremonia aparecen desde el costado siete soldados que habían estado aguardando vestidos de gala, toman el féretro y con paso marcial lo transportan hasta uno de esos tétricos vehículos alar-gados, gris oscuro, que llevará el cuerpo hasta el cementerio. Se hace una procesión, una caravana de vehículos que cubren las pocas cuadras del trayecto. La ceremonia es más o menos la misma de siempre en estos casos; los soldados se colocan en fila y lanzan 21 tiros al aire antes de que el féretro quede bajo tierra. Con cada tiro, la mayoría de los presentes se estremecen, los hombros hacen un movimiento espasmódico hacia atrás. Dos soldados quitan la bandera que cubre el féretro y la doblan haciendo un triángulo con las estrellas hacia arriba y se la entregan a Adriana. Juan permanece con la cabeza gacha y tiene que reponerse cuando el cura lanza agua bendita sobre el agujero por donde ya está desapareciendo el cajón con John, el querido Cabezón. Sin darse cuenta, un momento más tarde los trabajadores del cementerio colocan una pequeña alfombra negra sobre la tumba y los asistentes comienzan a dejar el lugar. En ese momento,

Juan siente la presencia de un uniformado en su espalda, se da vuelta y ve a un oficial, negro y grandote, que le da la mano en forma sumamente respetuosa y lenta mientras le dice: «No se preocupe, señor Torres, pronto sabremos qué le sucedió a su hijo, ahora cálmese. Lo acompaño en el sentimiento». El militar, que no parece ser parte del grupo, llegó enviado especialmente por el Ejército, desaparece entre la gente que camina hacia la salida. Juan no se calma, se pone más paranoico. «¿Qué me quiso decir?, ¿me quiere calmar para que no hable o sólo para que espere a que me den la información?, ¿por qué me habló así, en esa forma tan misteriosa?», Respira profundo y se deja llevar por el momento.

A la otra mañana el *Houston Chronicle* habla en su página de obituarios de «La muerte de un soldado dedicado a su familia», pero en un recuadro aparece otro título más acorde con lo que los Torres están viviendo en ese momento «La familia del reservista busca respuestas» y ahí aparece Andrea contando que nadie les quiere decir cuáles fueron las circunstancias exactas de la muerte y recuerda que la última vez que John llamó a su madre fue el 10 de julio, y sonaba con buen ánimo, «sólo se había quejado de unos dolores en el pecho y en el estómago pero no era nada del otro mundo, estaba tomando una medicina que le había dado el médico de la base. Estaba muy contento porque en pocos días más estaría de regreso a la vida civil», dice Andrea en la corta entrevista.

Juan regresa a Chicago pasando por el mismo lugar donde había despedido a su hijo tres meses antes. Ese día habían ido juntos al aeropuerto e incluso entraron los dos a la misma terminal porque John viajaba de regreso a Afganistán tomando un avión comercial hasta Denver, en Colorado, donde lo esperaba el *Boeing* militar, y él tenía una hora después la salida de su avión hacia Illinois. Juan pasa por la terminal con los ojos llenos de lágrimas, ahí le había dado un beso al Cabezón y éste se había puesto rígido para que no le salieran las lágrimas. No creía que fuera bueno que alguien viera a un soldado llorando al despedirse de su papá; pero por dentro estaba destrozado. Había pasado unos días perfectos y tenía que regresar a convivir con la guerra, los narcos, la profanación de los *angels*. Lo único que esperaba era no encontrarse a ese sargento TJ en el vuelo, podría descontrolarse y decirle algo.

* * * * *

John aterriza en Bagram el 3 de mayo de 2004. Una vez que sale de la pista y se adentra por el camino que lleva a la calle principal, comienza a ver el clásico hormigueo de militares. Soldados que salen a patrullar, los que son transferidos a otras bases, los funcionarios civiles que asisten al gobierno de Hamid Karzai, presidente de Afganistán, en Kabul, los autobuses de donde bajan y suben decenas de reclutas que van a otros puntos dentro de la base. El movimiento de una pequeña ciudadela militar. John va saludando a algunos de los que encuentra en el camino con los clásicos «*What's up?*» y choques de

manos, «*Hey, what was America like? Still there?*» o algo más de cuartel del tipo «*Did you fuck enough, dude?*».

Cuando llega a su barraca de madera clara se encuentra que todo está como lo había dejado; los camastros con esos colchones finitos que provocan dolor de espalda, el armario donde cuelgan dos camisas del uniforme, el casco y el chaleco antibalas; detrás, las otras seis camas de sus compañeros que nunca están ocupadas al mismo tiempo porque siempre hay alguno de guardia; y ese olor a encierro y transpiración del que se había olvidado por unos días. Por suerte se había traído varios botes de antitranspirante y también repelente de mosquitos que pueden ayudar en el momento en que el aire está más enviciado.

Está convencido de que debe dejar de lado su obsesión con el asunto de los narcos pero no puede evitar tener otra corta conversación sobre el tema.

– *Hi, man, how was Texas*? ¿Sigue llena de pinches mexicanos?–saluda Many, otro de los hispanos de la barraca–.

– *What's going on in the fucking war, man*?

– Nada nuevo, *Bro.* Todo sigue igual.

– ¿Todos se siguen dando con todo?–la pregunta no tendría mayor sentido si los dos no supieran de qué están hablando–. Many anda siempre en la base con el grupo que se inyecta heroína y fuma marihuana. Si bien él asegura que nunca lo ha hecho, más de una vez ha aparecido con los ojos muy rojos y con esa paz que sólo puede causar la cannabis.

– *You know, man.*

– *What about the angels*? ¿Siguen volando cargados?

– *Shhhhhh, man.* ¿Por qué tienes que hablar de eso? ¡Ya sabes!–Many se molesta–. Si nos oyen nos metemos en problemas, como ese muchacho de la cuarta brigada que apareció acuchillado mientras hacía guardia y nunca se supo quién lo había hecho. Dijeron que había sido un talibán que logró introducirse en la base como ya había sucedido en la Zona Verde de Bagdad; o ese otro que todos sospechan que fue muerto por fuego amigo y que los sargentos cubrieron todo para darlo por «caído en acción» con medalla de honor. Todos saben que los dos tenían problemas con la heroína y habían metido las narices donde no debían.

John se calló y no volvió a hablar con Many por un largo rato; pero evidentemente seguía obsesionado con el tema, tenía una curiosidad insaciable.

Dos días después de su patrullaje, tras reponerse del combate, se puso a leer una nota antigua de la revista *New York,* que había bajado de Internet. Un clásico del gran periodista Mark Jacobson sobre la vida del narcotraficante Frank Lucas, un negro pendenciero que le gustaba pasearse por el Harlem con un abrigo de chinchilla. Llegó a vender más de un millón de dólares diarios de

heroína proveniente de Vietnam en los cajones de los soldados muertos, decía que la calle 116, entre las avenidas Séptima y Octava, era suya. Tenía sus arreglos con la policía y aprovechaba el cambio de guardia entre las cuatro y las cinco de la tarde para que sus muchachos salieran a proveer de la droga a cientos de transeúntes que pasaban en sus lujosos autos por el barrio. En esa hora de tolerancia, Lucas decía que tenía «suficientes negros en la calle como para hacer una película de Tarzán». Iba a buscar la mercadería a diferentes aeropuertos donde llegaban los cadáveres, hasta tenía una empresa de pompas fúnebres en la que organizaba los funerales después de limpiar los cajones. Denzel Washington hizo muchos años después una buena película del asunto. «¿Estarán haciendo eso ahora?», se preguntaba John. «No, ahora ya no pueden ir en sus coches fúnebres. Es imposible», se responde para tranquilizarse.

No habían pasado ni tres días de su regreso de Houston cuando vuelve a sentir los dolores de estómago que tenía antes de partir, también le vuelve a doler el pecho. Evidentemente, otra vez está estresado. Pero de todas maneras el dolor comienza a afectarlo hasta el punto de impedirle hacer bien su trabajo. Va una vez más al hospital de la base. Lo atiende el mayor médico Rolando Corso, un puertorriqueño de Nueva Jersey, quien se lo quita de encima con unas pastillas de Zantac para la acidez. Le asegura que no puede mandarlo a un especialista en enfermedades gastrointestinales porque para eso tendría que viajar a una de las bases en Alemania y él acaba de regresar de licencia y no puede irse nuevamente. John está cada vez más frustrado con sus dolores. En realidad, se le ve muy irritado.

Para no pensar en sus dolencias físicas ni en la guerra ni en los *angels*, John se concentra en organizar lo que será muy pronto su nueva vida civil. La prioridad es el casamiento con Cathy. Estuvieron hablando de un viaje de luna de miel a Las Vegas, porque a él le gusta mucho jugar al póquer, y después una escapada de dos semanas a Argentina para que Cathy conozca a la familia que quedó en Córdoba. Se pone a buscar algunos precios, las posibilidades de vuelo. Lo de Nevada es más simple, hay muchos paquetes de luna de miel con ceremonia de casamiento incluida; pero ellos no quieren eso, se van a casar en Houston. Todavía no está muy claro lo de la iglesia, aunque es posible que haya un casamiento católico. Cada vez que encuentra alguna oferta se la reenvía a Cathy y luego la discuten en dos o tres *mails* que se mandan cada noche.

– *You know, Many?–le* dice cada noche a su compañero de barraca mientras manda los mensajes o busca en los sitios de viajes–. Me voy a casar con la chica más linda de Texas.

– ¡Y mira que hay *hot mamacitas* en Texas, *man*!–es por lo general la respuesta del texmex, Many–.

– No, no. No entendés. Me voy a casar con la más linda y se me van a pasar todos los dolores.

– Lo que te va a doler…

– ¡No! ¡No! ¡No! ¡Esto es muy en serio!

– Oh, man. Sí que estás enamorado.

En la mañana del 11 de julio a menos de treinta días de dejar el ejército para siempre y de regresar para casarse y vivir cerca de su madre y su hermana, John se toma la tercera dosis de la pastilla contra la malaria junto al antiácido que le calma un poco el dolor que siente en el estómago. Many y él están libres ese día y tienen programado ir a la tienda de la base a ver si consiguen algún buen DVD. John encuentra una película que quiere ver desde hace mucho, *21 gramos,* la del mexicano Alejandro González Iñárritu. Lee en la caja que actúan Benicio del Toro, Sean Penn y Naomi Watts. Sabe que es bastante depre-siva pero tiene muy buenas actuaciones y a Iñárritu lo sigue desde *Amores perros,* una de sus películas favoritas. En su reproductor de mp3, tiene la música del filme que compuso su compatriota Gustavo Santaolalla.

Para el mediodía tiene reservado uno de los muy pocos lujos que se pueden dar en la base: un servicio de masajes para bajar el estrés del combate; es una enorme carpa blanca donde unos cuantos quiroprácticos, todos hombres, masajean a quien se acueste en las camillas. Puede ir cualquiera que vista uniforme hasta tres veces en un mes; pero hay que conseguir un turno con anticipación. Many había reservado la semana anterior dos masajes para las trece horas. Un cuarto de hora antes, pasa a buscar a John pero éste le dice que está muy cansado y que prefiere dormir una siesta. A la mañana siguiente se tiene que levantar temprano porque le toca una guardia de servicio fuera del galpón de los suministros. Many se va solo a los masajes.

John continúa irritado y la siesta no lo calma para nada, sólo le hace pasar la noche en vela. Camina un poco, va a buscar algo de comida y come solo en la barraca. Le regresan los dolores y no lo dejan descansar. Se la pasa jugando al solitario en la computadora, escucha la música descargada en los últimos días y, finalmente, se pone a ver *21 gramos.* Cuando vuelve Many, le pide prestada dos veces una linterna para poder ver sin tener que prender la luz y despertar a sus compañeros de la barraca que llegaron exhaustos de una guardia y se durmieron al instante. Coloca la alarma del reloj para despertarse a las cinco de la mañana. John está absolutamente insomne. Many ve que John usa la linterna para iluminarse mientras escribe en forma nerviosa sobre un papel, aparentemente es una carta. «Este se peleó con la mujer más linda de Texas», piensa Many antes de dormirse profundamente.

Más o menos una hora más tarde, el sargento McDonough ve pasar a John hacia las letrinas en lo que parece un apuro, lleva en la mano su fusil M-16, una botella de agua y una toalla.

– ¿Qué hace levantado tan temprano, soldado?–le pregunta Mc Donough.

– Tengo una guardia haji–le responde John, indicando que tenía guardia en alguna puerta de entrada a la base–. John apura el paso y encuentra las letrinas absolutamente libres, a esa hora no hay mucho requerimiento de los baños. Entra a la última letrina.

Quince minutos más tarde se escucha un disparo proveniente de ese lugar. McDonough y un capitán que está de guardia corren hacia las letrinas, piensan que están siendo atacados por los talibanes y van cubriéndose por las paredes; pero ha sido un solo tiro, no se escucha nada más. Ahora el silencio es total, van con sus fusiles en la mano y avanzan entre las letrinas, el olor es insoportable. Van abriendo las cortinas una a una, no hay nadie. Hasta que ven hacia el final una pierna con una zapatilla Nike blanca saliendo por debajo de una cortina de plástico, al acercarse pueden ver claramente que el disparo fue certero. Un reguero de sangre sale por debajo de la cortina y al lado del pie. No hay nadie más en ese lugar. McDonough abre muy despacio la cortina y ve al soldado con el que había hablado apenas unos minutos antes, tiene un tiro en la cabeza. Mira el nombre que aparece bordado en el uniforme. Es Torres, John Torres.

04
Ay, Cabezón, mi Juancito. Aquí te viniste a morir

«Tiene que haber gente que se opone a la guerra, piensa Juan. Los veteranos de Vietnam todavía deben estar organizados. Los congresistas de Illinois me tienen que ayudar. Alguien tiene que saber qué hacer para que el Pentágono me diga qué le pasó a mi hijo. Voy a buscar en Google. «*Chicago, against the war*».

¿Quiénes son estos del CAMI? ¿Comité antimilitarización? Estos son latinos, estos me pueden ayudar, y también tengo que llamar a la oficina de Luisito Gutiérrez, el congresista de Chicago; es muy progresista este puertorriqueño, él me va a ayudar. Mañana me voy a tomar el día para buscar, tengo que saber lo que le pasó al Cabezón».

Las oficinas del CAMI están en el centro de Chicago; se trata de un edificio antiguo, digno, de esos que aguantaron ya decenas de inviernos terribles ahí por debajo de la Wabash Avenue, donde funcionan decenas de organizaciones humanitarias. Juan llega ansioso y le cuesta explicar lo que busca. Tiene suerte, justo está ahí el director de los comités hispanos, un mexicano que lo escucha y le propone que regrese más tarde para tener una charla con el jefe de la N20, una coalición de movimientos que se oponen a la guerra. El tipo se llama Parker y estará aquí en dos horas. Fueron dos horas interminables que Juan pasa en el Café Presto alargando una sopa de tomate con albahaca para apaciguar el frío. Cuando regresa al viejo edificio ya lo está esperando Parker, un activista de los setenta, de pelo blanco y largo, atado en una cola de caballo, que lleva el récord de arrestos por desobediencia en Illinois y que desde el 11/S es vigilado muy de cerca por los servicios especiales. La paranoia de la era Bush es tan grande que llega hasta el absurdo de considerar a cualquier activista de izquierda y pacifista como un posible colaborador de Al Qaeda. Parker, de acuerdo con esta visión bushista, encaja perfectamente en este rango.

Juan le explica a Parker lo poco que sabe sobre la muerte de John mientras el

activista escucha con una enorme atención.

– Mira, Juan, ante todo hay que tener una gran paciencia–comienza Parker en un muy buen español aprendido en Nicaragua cuando ayudaba a los sandinistas durante el acoso de los Contras financiados por la administración de Ronald Reagan–. Es posible que consigamos todos los documentos que debe entregarte el Pentágono, pero hay que luchar y nunca cansarse. Con paciencia lo vas a lograr y nosotros te vamos a ayudar, concluye Parker con una sonrisa. Recién en ese momento Juan se relaja y acepta el té que le ofrecieron ya tres veces. Tiene que volver en dos días con algunas fotos de John, si es posible en uniforme, y con toda la documentación para presentar a los abogados. Con las fotos van a hacer unos carteles.
– ¿Estás dispuesto a pararte durante días enteros ante el Pentágono o la Casa Blanca hasta que te reciban?–pregunta por último Parker–.

La determinación que se trasluce claramente en la expresión del rostro de Juan no necesita una respuesta verbal.

En la oficina del congresista Gutiérrez lo atiende un asesor, es época de sesiones en el Capitol Hill de Washington y los representantes están lejos de sus distritos por semanas enteras.

– Vamos a hacer una carta firmada por el congresista que enviaremos al Departamento de Defensa, Sr. Torres–le dice solemnemente el asesor–.

Una semana más tarde le llega una copia de la carta por correo, está muy bien, es correcta. Está firmada por un integrante del Congreso. «A esto tienen que contestar, no se pueden hacer los boludos», piensa Juan sintiéndose un poco más protegido. Se da cuenta que ese puede ser un buen camino para presionar al Pentágono. Decide ir a ver a los otros congresistas del estado que le parecen progresistas.

Está el joven representante Rahm Emanuel, y también el veterano senador Richard Durbin. Un hispano de la N20 conoce a un asesor de Emanuel y arregla una cita. En apenas cinco minutos el enérgico congresista le asegura a Juan que hará todo lo posible por saber la verdad y, como siempre en estos casos, lo deja en manos de uno de sus asesores. Tres días más tarde, Juan recibe la copia de la carta que Emanuel le manda a la señora Kim Clausen, la coordinadora de la relación del Congreso con el Pentágono. «Le solicito respetuosamente un informe inmediato de los resultados de la investigación de la muerte del soldado John Torres», dice en su párrafo central. Y habla de una burocracia interna de los militares que consiste en nombrar un *mortuary affairs specialist,* una especie de asesor para superar el drama de la muerte de un soldado, para que siga todos los trámites que debe hacer Juan. La respuesta, que llega quince días más tarde con firma de otro asesor del Congreso, da cuenta de los oficiales que se hicieron presentes en la casa de

Juan y su esposa, en Houston, y le informan que van a enviarle una copia de la necropsia, pero que aún se está investigando la causa de la muerte de John y que si quiere saber sobre los avances que realizan los investigadores del US Army Criminal Investigation Command puede telefonear a uno de esos números con un 1-800 adelante para que la llamada sea gratuita.

Una semana después, Juan recibe la carta que estaba esperando, pero sólo lo llena de furia. Es el informe oficial de la necropsia firmado por dos médicos, la teniente coronel Elizabeth Rouse y el coronel Eugene Rutland. En la primera página y tras algunas consideraciones burocráticas aparecen en mayúscula y negrita:

Causa de la muerte: **HERIDA DE BALA EN LA CABEZA**.
Forma de muerte: **SUICIDIO**.

Juan no puede seguir, sus ojos se llenan de lágrimas y su pecho de un dolor infinito.

«No es cierto. ¿Cómo se va a suicidar mi Cabezón si tenía unas ganas tremendas de vivir? ¡Estos hijos de puta me están mintiendo otra vez! No, no es cierto. Mi Cabezón no se mató, lo mataron, estoy seguro de que lo mataron. Quieren tapar todo. No es verdad. Yo quiero que me digan la verdad de lo que pasó, los asesinos no se pueden salir con la suya. ¡Yo lo voy a saber!».

En ese momento suena el celular, es su hija Andrea; ella y Adriana recibieron en Houston el mismo informe y casi al mismo tiempo, Adriana llora sin parar. Andrea tampoco puede creer lo que está leyendo.

– Sí, papá, tenés razón, esto es una basura. ¿Quién puede creer que John se suicidó? Había llamado dos días antes a mamá para decirle que estaba muy bien y ese mismo día le mandó un *mail* a Cathy diciéndole que había conseguido unos pasajes muy baratos para ir de luna de miel a Las Vegas. Nadie se puede suicidar mientras planea su boda. Yo hablé con Cathy, ella dice que siempre le dijo cuánto lo quería, que no se pelearon en ningún momento, así que tampoco se pudo haber suicidado porque Cathy lo iba dejar o una cosa por el estilo, nos quieren cagar. Nos quieren hacer creer algo que es increíble. Tenés todo mi apoyo para hacer lo que haya que hacer. Vamos a hacer cualquier cosa para que digan la verdad y para que quienes lo mataron se mueran en la cárcel.

Juan había recibido uno de los golpes más duros de su ya dura vida, pero ahora tenía una aliada fundamental. Una aliada con ojo de lince.

– Fijáte, *daddy,* en el primer párrafo donde dice «Circunstancias de la muerte», ahí dice que hay una carta que expresa el intento de suicidio, tenemos que pedir que nos manden esa carta. Estoy segura de que no existe o que la inventaron.

Juan visita nuevamente al representante Rahm Emanuel. Una vez más el congresista le da una mano, envía una nueva carta al coordinador parlamentario William Hyjek pidiéndole que le manden una copia de la carta que expresa el intento de suicidio mencionada en el informe de la necropsia. Juan llama casi todos los días al asistente del congresista para ver si llegó alguna información pero la respuesta es siempre negativa. Una mañana muy temprano, mientras se afeita para ir a servir un desayuno para 180 ejecutivos de una multinacional de bebidas, suena el teléfono de su casa. Cree que es alguien del hotel para informarle de algún cambio en los horarios o de que faltará alguno de sus camareros. Nada de eso. Del otro lado de la línea aparece la voz suave y cadenciosa de Yesica.

- ¿Señor Torres? Soy la soldado Yesica López Andrada, amiga de John. Quiero decirle que nosotros, los amigos de su hijo, estamos acá investigando lo que sucedió, nos dijeron que se suicidó pero no lo podemos creer. Pensamos que hay alguna gente que podría haberlo matado, alguien de acá adentro, yo escuché rumores y otros soldados también. No le puedo decir nada más por teléfono en este momento, tengo que cortar. Pronto me pondré en contacto con usted, también le hablará otro amigo de John. Quédese tranquilo que haremos todo lo que podamos por saber la verdad. Y corta.

Juan no tiene tiempo de preguntar nada. Ahora sólo le queda esperar a que vuelva a comunicarse. Pero la llamada logra ponerlo de buen ánimo por primera vez desde que su hija le comunicó que John estaba muerto.

* * * * *

En el fondo de la iglesia llora desconsolada una mujer alta, algo desgarbada, de nariz pronunciada y cabello corto. Debe tener unos 55 o 60 años. Está sola, nadie la consuela. El grupo de activistas que permanece en el frente de la capilla pareciera no darse cuenta del dolor de la mujer. Juan no puede resistir mirarla y condolerse. El llanto es profundo, de esos que vienen del final del pecho. Provoca una angustia tremenda el sólo hecho de estar cerca suyo. Un cura se aproxima a Juan y le dice:

- Está en tu misma situación, perdió un hijo en la guerra y no tiene consuelo. Te la voy a presentar.

Cindy Sheehan,la que después sería bautizada como *la madre coraje,* no expresa ni un simple *nicetomeetyou,* ni nada. Se abraza a Juan y juntos lloran durante un rato. Ahora sí, un silencio profundo se apodera de la nave de esta iglesia de la avenida Vermont y la calle R, en Washington, donde hoy se reúnen algunos activistas que irán a manifestarse ante la Casa Blanca. Juan vino con el grupo de Chicago.

Salen todos de la iglesia caminando por la Vermont, una de las tradicionales diagonales del Distrito de Columbia. Son unos cincuenta o sesenta. Pasan por

el Logan Circle y el Thomas Circle. Es sábado y no hay casi nadie en la calle. El centro de Washington DC se llena de burócratas de lunes a viernes; los fines de semana apenas hay turistas, aunque prefieren la zona del *mall* a esta de grises oficinas. Finalmente, llegan al parque Lafayette y la imponente fachada de la casa más famosa del mundo aparece entre los árboles, ya saben que no pasarán de la vereda sobre la avenida Pennsylvania. Desde el 11/S el área está cerrada y la policía no permite manifestaciones cerca de las rejas negras que rodean el parque de la residencia presidencial. Al frente van Cindy, la madre del soldado Casey Sheehan muerto en Irak el 4 de abril de 2004, y Juan con enormes reproducciones fotográficas de sus hijos en uniforme militar. Detrás hay un cartel que dice «Padres contra la guerra» y uno que lleva un hispano que camina al lado de Juan y dice: «queremos saber la verdad sobre la muerte del soldado John Torres».

Cuando la columna intenta llegar hasta el fin de las vallas sobre la histórica calle Jackson, ya tienen dos filas de policías impidiéndoles el paso. Los cantos no son nada originales, apenas si suenan más o menos bien en inglés. Los militantes más duros provenientes de Nueva York comienzan a empujar a los policías. Un capitán gordo, de origen irlandés, identificado por la banderita que lleva pegada en la solapa del uniforme, advierte a Juan y a Cindy que serán arrestados si no se van en ese momento. «¡Cómo se atreve a decirle algo así a dos padres que perdieron a sus hijos en la guerra!», grita Cindy. «¡Queremos saber por qué mataron a mi hijo!», sigue Juan. Vuela un cartel. Los policías sacan sus palos y comienzan a forzar el retroceso de los activistas; hay unos cuantos manotazos y apretujones, un policía golpea en un hombro a alguien que vino con la delegación de Texas. Los policías sacan de inmediato sus lazos de plástico que usan como esposas. Tiran a Cindy al suelo, Juan intenta ayudarla y un segundo después tiene a dos enormes bestias con uniforme azul encima suyo. Se llevan a los dos con las manos atadas a la espalda en un camioncito del Departamento de Policía del distrito. Ya tienen su bautismo de fuego. Juan y Cindy no pueden dar marcha atrás, ahora tendrán que luchar hasta que les alcancen las fuerzas.

* * * * *

«No hay forma de que me mueva hasta que no me reciba el presidente. Estos tipos que vinieron a verme sólo quieren que me vaya, a ellos no les interesa nada más que seguir con la guerra y matando a nuestros chicos», los pensamientos vuelan en la mente de Cindy Sheehan mientras instala su tienda de campaña y su bolsa de dormir. En el horizonte aún queda un resplandor amarillo del Sol que se acaba de ocultar.

Está dispuesta a permanecer en ese lugar, al lado de la ruta, en medio del campo, hasta que George W. Bush la reciba. El presidente llegó ayer de sorpresa para pasar cinco semanas de vacaciones en su rancho Prairie Chapel, aquí cerca de Crawford, en Texas, y Cindy quiere verlo para preguntarle

cuándo va a terminar la guerra y cuándo va a traer las tropas a casa. Ya estuvo una vez con Bush; unos tres meses después de la muerte de su hijo cuando fue a una ceremonia junto a un grupo de familiares de caídos en la guerra, en Fort Lewis, Tacoma, en el estado de Washington.

«Dicen que ya lo vi y que hay tantas otras familias que también necesitan reconfortarse con un encuentro con el presidente. Pero yo no quiero que Bush me reconforte, quiero que me diga claramente cuándo va a terminar con toda esta mierda. Ahora tengo la mente mucho más clara, la otra vez estaba muy deprimida, no pude decir ni una palabra. Además, estaban todas esas madres y padres ahí llorando. ¿De qué iba a hablar si no podía pronunciar palabra? Ahora sé lo que tengo que decirle. Los que me vinieron a ver hoy son unos sirvientes de Bush, lo único que quieren es que me vaya de aquí. Así no tienen problemas, no le tienen que andar explicando al presidente que hay una madre de un soldado muerto a la que le tiene que dar explicaciones. Creen que se van a salir con la suya, pero les voy a ganar por cansancio, yo no me muevo de aquí mientras Bush esté ahí en su rancho rascándose la nuca… ¡Cinco semanas de vacaciones mientras millones de estadounidenses siguen trabajando o muriendo en la guerra que él lanzó! No, no. ¡No va a descansar!».

Cindy está acompañada de otras dos madres y cuatro activistas jóvenes que vinieron desde Washington, D.C.

– Somos pocos, llama a Juan Torres–le dice a uno de los chicos–.

Juan está de casualidad en Texas, en Houston, sin saber nada de lo que organizaba Cindy. En realidad el campamento no había tenido difusión. Fue Cindy, quien apenas escuchó la noticia de que Bush iba a gozar de las vacaciones más largas que jamás se haya tomado un presidente estadounidense en cincuenta años, pensó que tenía que aprovechar la oportunidad para promover su causa, se tomó un avión y al día siguiente estaba ahí en medio del campo con unos carteles y dos policías que le decían que no podía moverse más que un metro hacia adentro porque era propiedad privada y un metro hacia fuera porque se acercaba peligrosamente a la ruta.

Esa misma tarde del sábado 6 de agosto de 2005, apenas se enteraron de la presencia de los activistas en el lugar, se acercaron al campamento el asesor de Seguridad Nacional, Stephen Hadley, y el vicejefe de Gabinete de la Casa Blanca, Joe Hagin. Al término de la conversación cuando un reportero local le preguntó a Cindy sobre el resultado de la reunión, su respuesta fue lapidaria: «Sin sentido». A la mañana siguiente la visitaron el jefe de la policía local y el jefe del Servicio Secreto, la custodia del presidente. Le dijeron que a partir del jueves 10, el campamento iba a ser considerado «una amenaza para la seguridad nacional» por lo que todos los que estaban allí serían encarcelados y acusados de conspirar contra el Estado.

Pero ya no es un pequeño grupo de padres, cada día llega más gente al campamento y los camiones de las cadenas de televisión están allí listos para transmitir en cualquier momento.

Cuando llega Juan caminando desde Crawford se ve un grupo compacto, con pancartas, a ambos lados de la carretera. Él trae el cartel de la cara de John con su uniforme militar y esos ojos penetrantes. Al acercarse, ve a uno de los muchachos de Washington pintando el cartel que va a estar en la entrada del campamento. Le pone en letras rojas resaltadas con verde *Camp Casey a* este grupo de pacifistas que acampa a cinco kilómetros del rancho de Bush.

La protesta es tan significativa que los demócratas del congreso tampoco pueden ignorarla. A través de algunos contactos, la gente que está con Cindy envía mensajes a algunos senadores y representantes opuestos a la guerra. Esa misma tarde, los congresistas publican un comunicado de prensa pidiendo expresamente al presidente Bush que respete la libertad de protestar pacíficamente.

Pero al mismo tiempo comienzan a registrarse algunas declaraciones de gente del lugar, republicanos ultraconservadores que apoyan a Bush y son partidarios de la guerra. Dicen que van a organizar contramarchas y que van a destruir el campamento. El jueves por la mañana ya todo es tensión entre los campistas, la amenaza del arresto está latente. Se organizan y deciden quiénes serán detenidos y quiénes se irán cuando venga la policía. Cindy, Juan y otros padres son los que se entregarán sin mayor resistencia. «Nosotros tenemos que estar en la primera línea, nosotros somos los que nos tenemos que sacrificar por la memoria de nuestros hijos», dice Cindy. El lugar ya está totalmente rodeado por policías locales, estatales y unos agentes del FBI que se resguardan a la sombra de los árboles a unos trescientos metros del lugar. La tensión aumenta cuando se escuchan unos helicópteros que se aproximan, pasan volando muy bajo en dirección al rancho de Bush, no son para la represión. Traen al secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, y a la secretaria de Estado, Condoleezza Rice, para una reunión de gabinete. Todas las cadenas transmiten en vivo el acontecimiento. Al término de la reunión, la Casa Blanca organiza una pequeña conferencia de prensa. Obviamente, uno de los reporteros le pregunta al presidente por la presencia de Cindy y los otros activistas. «Simpatizo con la señora Sheehan»–responde Bush–. «Ella está convencida de su posición y tiene todo el derecho del mundo a decir lo que piensa, esto es América. Tiene el derecho a tener la posición que quiera. Ya escuché esa misma posición por parte de otros. Dicen “fuera de Irak, ahora” y yo creo que eso es un error para la seguridad de este país y nuestra posibilidad de obtener una paz duradera en el largo plazo», agrega. Los del campamento lo están mirando en los monitores de los camiones de las cadenas de televisión. Hay algunos abucheos. Cindy está contenta, se hizo oficialmente visible. El presidente tuvo que admitir públicamente su presencia en el lugar y

nadie podrá venir a sacarla. Se abraza con Juan y los otros padres, es un pequeño gran triunfo.

Al día siguiente el campamento crece a más de cien personas y comienza a recibir importantes muestras de apoyo. El primero que se acerca es el actor Viggo Mortensen de la trilogía *El señor de los anillos*. Cuando se entera que está Juan ahí lo abraza fuertemente; Viggo se crió en Argentina, es un hincha del club de fútbol San Lorenzo de Almagro y viaja a Buenos Aires cada vez que puede para ver jugar a su equipo. Habla un español argentinizado impecable. Se quedan bromeando de fútbol y recordando Córdoba, donde el padre del actor administraba una estancia de cría de ganado.

Los siguientes en llegar son los activistas de la agrupación Veteranos por la Paz de Los Ángeles, ex combatientes de Vietnam, que armaron un enorme cementerio al lado del muelle en la playa de Santa Mónica con cruces blancas que simbolizan a los soldados muertos en las guerras de Irak y Afganistán. Bautizaron el lugar como Arlington West y quieren hacer aquí un Arlington Southwest. Vienen con un enorme camión cargado con las cruces y las van clavando en filas perfectas a los costados de la ruta por casi dos kilómetros; pero el trabajo es interrumpido por una columna de autos de la policía que se colocan a cada lado de la carretera interponiéndose con los manifestantes. Bush va a pasar por ahí para asistir a un evento de recaudación de fondos para su campaña de reelección en un rancho cercano donde espera conseguir dos millones de dólares. Cindy corre a su tienda. Saca un cartón blanco y comienza a escribir muy rápidamente, en pocos minutos ya tiene el cartel y está bien posicionada para cuando pase la caravana. De lejos ya se ven los autos negros con las luces prendidas a plena luz del día, las motos vienen con sus pequeñas banderas desplegadas. La limusina con el escudo de la Casa Blanca en los costados avanza a toda velocidad. Juan levanta el cartel con el rostro de John y Cindy pone el suyo lo más alto posible. La última puerta de la limusina pasa a menos de dos metros de la madre coraje. Bush puede leer claramente: «¿Por qué tiene tiempo para los donantes y no para mí?».

Los republicanos no se van a quedar así de tranquilos, están dispuestos a responder en los mismos términos. Organizan para el día siguiente una contraprotesta en un parque de Crawford. Asisten más de mil personas. Gritan «defensora de asesinos» y «tu hijo tendría vergüenza de ti». Tres horas más tarde se suben a sus enormes camionetas y arman una caravana de varios kilómetros para pasar enfrente del Camp Casey. La policía hace un cordón para que la situación no se desborde, los del campamento se quedan sentados en silencio, es realmente descorazonador. Mil personas para apoyar a Bush y apenas cien para protestar contra la guerra. Juan tiene una rabia bárbara, pero sabe que están en territorio enemigo.

– Acá son todos de ellos. Fueron pocos si tenés en cuenta que en esta zona de Texas sólo viven republicanos que apoyan la guerra–trata de razonar

junto a Cindy–.

Sin embargo, los rancheros texanos no entienden de protestas masivas en la puerta de sus casas. Esa noche se escuchan tiros desde la propiedad de Larry Mattlage, quien ya había presentado varias protestas ante el *sheriff* del lugar porque asegura que con tanta gente alrededor sus vacas se asustan y no están pastando tranquilamente como lo hacen normalmente. Otro *cowboy* al conducir ebrio aplasta con su camioneta las cruces con el nombre de los soldados caídos. Nadie sale herido pero queda un sabor de boca muy amargo en todos los que están ahí. Claro que no todos los residentes son iguales; un primo de Mattlage, que tiene una propiedad un kilómetro más adelante y más cerca del rancho de Bush, les ofrece a los manifestantes un predio donde podrán estar tranquilos con la condición de que limpien cualquier cosa que ensucien. La mudanza se hace en minutos.

Cindy recibe otros duros golpes que no tienen nada que ver con su campaña. Su marido, tras 28 años de matrimonio, le pide el divorcio, no espera ni siquiera que termine el campamento. No está de acuerdo con lo que hace su esposa y ya no está dispuesto a tolerarlo. Dos días despés de recibir esa noticia, la madre de Cindy–de 74 años–sufre un infarto en su casa de California. No se puede quedar ahí, tiene que estar con su madre y tiene que hablar con su marido. Al fin de la segunda semana de campamento, Cindy le pide a Juan y a los otros padres que la reemplacen por unos días, volverá apenas pueda.

El campamento suma apoyos en otras partes del país. Se organizan más de 1.600 vigilias con velas en diferentes ciudades. La principal, en el Parque Lafayette, frente a la Casa Blanca. Y los padres que permanecen en el campamento hacen una marcha hasta la puerta del rancho del presidente para entregar una carta a Laura Bush, la primera dama, para que recapacite como madre y le pida a su esposo que no envíe más jóvenes a la guerra. La respuesta es una agresiva campaña de propaganda lanzada desde el gobierno y un contracampamento organizado por los comerciantes de Crawford. Lo denominan Fuerte Qualls, en honor a un soldado de veinte años muerto en Fallujah, Irak, y cuyos padres siguen apoyando a Bush. Hay una creciente decepción en el Campo Casey. La ausencia de Cindy, las noticias de las contraprotestas en varios lugares del país y el hecho de que las cadenas de televisión comiencen a perder la atención sobre el tema, dejan a muchos algo deprimidos. Esto, sumado al desgaste que produce un mes acampando en condiciones muy precarias, puede esmerilar el entusiasmo de cualquiera. Pero tenía que ser la gran veterana de las protestas contra la guerra de Vietnam la que llegara para levantarles el ánimo. La mítica Joan Baez saca la guitarra y no deja a nadie indiferente. «En nuestra primera marcha éramos apenas diez personas, esta es multi-tudinaria», grita Baez desde el improvisado escenario a los cuatrocientos, tal vez quinientos, que se juntaron este domingo en el

Campo Casey. Juan está ahí en primera fila, es él quien le da la bienvenida en nombre de los padres. «Siempre se necesita una lágrima final para provocar la catarata. Cindy ya derramó la última lágrima que esperábamos», lanzó Baez y a casi todos se les aguaron los ojos.

Dos días después regresa Cindy, su madre está algo mejor, pero su marido se niega a hablar con ella. Otro que aparece por el campamento es el actor Martin Sheen, un activista de toda la vida. «Ya me opuse a la guerra de Vietnam y recuerdo que andábamos por estos caminos con el querido César Chávez, el líder de los trabajadores rurales que tanto hizo por los Derechos Civiles en Texas. Y ahora regreso para estar junto a esta madre coraje y todos los otros padres como Juan Torres que están aquí para preservar la memoria de sus hijos», les dice el famosísimo actor. El ánimo cambia completamente.

Ya están todos unidos y tienen una gran red de apoyo por todo el mundo. Hay fuerzas para resistir hasta que Bush no tenga más remedio que atenderlos o regresar con una mancha pública más a la Casa Blanca. Sin embargo, para sorpresa de todos, el huracán Katrina de categoría cuatro llega a Luisiana y arrasa con la fantástica ciudad de Nueva Orleans. Bush no entiende lo que está sucediendo; no reacciona por 48 horas, hasta que sus asesores lo arrastran de regreso a Washington para que se ponga al frente de las labores de rescate. En cambio, Cindy entiende perfectamente la gravedad de la situación. Llama a todos los padres y les dice que ya no es momento para esta protesta, habrá que esperar que pase la tormenta y la tragedia. Dos camiones cargados con la comida que les habían donado para el campamento parten hacia Nueva Orleans. Llegan antes que cualquier ayuda oficial.

* * * * *

– Hola, ¿señor Torres?

– Sí.

– Soy Yesica López Andrada, la amiga de su hijo.

– Hola Yesica. El otro día me llamó otro soldado, quien me habló muy bien de vos.

– Gracias, señor Torres. No tengo mucho tiempo; estoy llamándole desde un teléfono satelital que conseguí fuera de la base, allí no se puede hablar porque monitorean todas las conversaciones.

– Sí, decime.

– Tengo que decirle que John murió efectivamente de un tiro en la cabeza una madrugada en que había ido a las letrinas. La versión oficial es que se suicidó.–Sí, me lo dijeron a mí también por escrito.

– Pero nosotros sospechamos que está todo arreglado por los sargentos. No puede ser que John se haya suicidado, estaba bien. Yo lo vi poco antes y estaba muy contento porque regresaba a casa. Sus compañeros de barraca dicen que sólo se quejaba de los dolores de estómago y pecho, pero que

decía que era puro estrés y que se le iba a pasar todo apenas saliera de Afganistán. Nosotros creemos que lo mataron.

– ¿Y quién querría matar a mi hijo?

– John estaba muy preocupado por lo del tráfico de heroína y creemos que vio algo que no tenía que ver. Le había comentado a un compañero que había visto cómo cargaban la droga en los cajones de los muertos. Y creemos que esa noche, cuando se iba a preparar para la guardia vio algo más, alguien lo descubrió. Por eso es que lo esperaron en los baños y lo mataron.

– ¡Ay! Mi Cabezón…

– Señor Torres, nosotros vamos a seguir buscando todo lo que podamos, pero usted tiene que presionar al ejército, al Pentágono, para que se haga una investigación.

Al día siguiente, Juan ya está hablando con la familia de Camilo Mejía, el soldado de origen nicaragüense, hijo del cantautor Carlos Mejía Godoy, quien se encuentra en prisión por negarse a hacer un segundo año de servicio en Irak y se convirtió en el primer desertor hispano «prisionero de conciencia» en la lista de Amnistía Internacional. Alguien le había dicho que Camilo tenía un buen abogado con experiencia en cortes militares. Adriana, su mujer, ya tenía otro abogado. Juntos iban a presionar para que el Pentágono entregara todos los papeles que había sobre John. Pero Juan sabe que estas cosas no se resuelven sólo con abogados. «El aparato militar tiene abogados mucho más poderosos», piensa.

Y se va a parar a la puerta del Pentágono. Toma un avión hasta el aeropuerto Ronald Reagan de Washington, D.C. y de ahí el metro hasta la estación cercana de Pentagon. Camina directamente hasta la puerta principal de visitas que mira a la autopista 395. Después de explicar al guardia de qué se trata su presencia, le piden que deje el cartel con el rostro de su hijo en la puerta y le dan un pase hasta la mesa de entradas. Un capitán le recibe la carta y le dice que en unos veinte días tendrá una respuesta; la solicitud es simple, pide una copia de la «carta que expresa el intento de suicidio» que el propio ejército mencionó en su respuesta al congresista Emanuel, y un informe detallado de las circunstancias de la muerte de John. También habla de las sospechas sobre el tráfico de drogas y el posible asesinato. Y ofrece presentar algunos testigos como los soldados amigos de John.

Una semana más tarde, llega una primera respuesta. Adriana recibe por correo una caja con los objetos personales de John; ahí hay algunas camisetas, entre ellas la de la selección argentina que le habían regalado unos amigos y que la conservaba como un trofeo colgada de la puerta de su armario en la barraca de Bagram; las fotos de su familia y su novia que siempre tenía a su lado; y, lo más interesante, su *laptop* de tapa azul metalizado. Pero con una sorpresa. Cuando la quieren abrir para ver si hay algún mensaje de John o algún indicio

de lo que pudo haber sucedido, se encuentran con que el ejército la bloqueó. Claro que para esto siempre hay algún *hacker* con ganas de aceptar el desafío de desbloquear un programa militar. Unos amigos de unos amigos recomiendan ver a un tal John Apple, un nombre ficticio de un ex *marine* con notable entrenamiento informático que se dedica a estas cosas. En una semana les entrega el informe de lo que pudo rescatar: eliminaron toda la información de correos electrónicos o documentos que pudiera haber escrito John. Pero se puede saber qué hizo con el ordenador en sus últimas horas de vida.

El 11 de julio de 2004, John encendió su *laptop a* las 18:24:49, hora de Kabul y la apagó a las 23:24:49. Y todo eso coincide con el relato de sus compañeros que lo vieron tirado en su litera mandando algunos correos electrónicos y viendo una película casi hasta la medianoche. Esa madrugada del 12 de julio, alrededor de las cinco de la mañana, John aparece muerto. Luego, la computadora permaneció sin uso hasta más de un mes después, el 23 de agosto, alrededor de la fecha de las primeras cartas y llamados de Juan a las autoridades del ejército. Ese día se volvió a encender la máquina a las 11:48:14 y se apagó a las 16:48:52. Fue, seguramente, cuando se le introdujo un programa encriptado que borró toda la memoria.

El *hacker* John Apple logró introducir en la *laptop* otro programa que le permitió abrirla y entrar al sistema operativo, pero el daño es irreparable. No hay ninguna posibilidad de recuperar los archivos que había dejado John. Los agentes del ejército todavía son muy efectivos. Lo que se logró fue determinar científicamente que alguien borró cualquier evidencia que hubiera en la máquina. Alguien quiere ocultar algo, no hay duda de eso.

Juan no puede contenerse de la rabia. Llama al representante Emanuel y al senador Durbin, les pide que insistan para que el Pentágono entregue el informe oficial sobre la muerte de John. Adriana, la madre, va aún más allá, envía una carta repleta de detalles al comando conjunto de las fuerzas armadas. En todas las misivas se infiere que hay sospechas de que John fue asesinado por una mafia de narcotraficantes. Y el abogado presenta la primera demanda de pedido de información al Departamento de Defensa. «Algo va a tener que funcionar. Alguien va a tener que hablar», piensa Juan. Pero no calcula los riesgos, la presión hace efecto y crea reacción.

* * * * *

– ¿Señor Torres?

– Sí.

– Soy Eleuteria Andrada, la mamá de la soldado Yesica López Andrada.

– Sí, estuve hablando con su hija hace unos días…

– De eso, precisamente, quiero hablarle,–se entrecorta la voz por un llanto contenido–. Le tengo que pedir, por favor, por Dios y la virgen de todos los hispanos que nos abriga a usted y a mí–otra vez, el llanto contenido

deja un silencio en la línea–deje a mi hija en paz. No le pregunte más nada…

– ¡Pero ¿qué pasó?!

– La castigaron–llanto más fuerte–.

– ¡No! ¡Son unos hijos…! Perdón.

– Sí, la mandaron a un campamento en el sur de Afganistán… Se imagina usted señor Torres. Es un lugar terrible. Allí murieron ya muchos chicos…

– ¿Pero y qué pasó? ¿Fue porque habló conmigo?

– Sí, su nombre apareció entre los testigos que nombraba un congresista por el caso de la muerte de su hijo. Y la castigaron.

– No lo puedo creer. ¡Son gente mala! ¡Y este congresista que le dije que no diera los nombres, que se los guardara para que investigara!… Lo siento mucho, señora Andrada, lo siento mucho, le ofrezco disculpas.

– Si hubiera estado en su lugar, tal vez hubiera hecho lo mismo, todos necesitamos saber qué le pasó a nuestros hijos…

– Sí, pero ellos son muy poderosos, demasiado poderosos.

– Sí, lo son. Pero lo único que le pido es que ya no hable con mi hija.

– Claro, por supuesto, señora. No la voy a volver a molestar. Por favor, dígale a Yesica que lo siento mucho.

– Sí, ella está muy disgustada con todo esto, quería mucho a John. Cuando estuvo la última vez en casa se la pasó hablando del argentinito. Hasta que un día, poco después de que había vuelto, me llamó llorando diciendo que lo habían matado. Y ahora esto.

– Dígale que nosotros estamos muy agradecidos por su ayuda.

Juan queda aplastado por la culpa y el enorme peso que ya se muestra como su enemigo. Deberá ser mucho más astuto en la lucha, no podrá contar con los soldados compañeros de John, están en una situación demasiado débil. Si quiere algo de ellos tendrá que esperar hasta que alguno termine su contrato y deje el ejército. Tampoco puede esperar mucho de los congresistas, evidentemente la información salió de ellos, no quieren tener ningún problema con el Pentágono y se «cuidan el culo» dando los nombres de los soldados que hablaron y que sospechan de la versión oficial.

* * * * *

– Si tú nos ayudas con el documental nosotros te ayudaremos con la investigación.

Música para los oídos de Juan. Un documentalista político con mucha experiencia lo quiere ayudar. Se llama David Cramer y es de Los Ángeles, donde tiene una productora con la que hizo ya varios trabajos sobre veteranos de guerra que regresan a casa, produjo dos películas que se exhibieron en el

prestigioso festival de Sundance y ahora busca un buen tema para hablar de las «barbaridades» de la administración Bush. Escuchó a Juan en un discurso que dio en el Campo Casey y le parece que es un buen caso para investigar. Ya estuvo una vez en Afganistán y sabe por algunos veteranos que regresan desde allí que el uso de drogas entre la tropa es rampante.

– Estamos dispuestos a acompañarte en un viaje a Bagram para que conozcas de primera mano lo que sucede allí. Nosotros corremos con todos los gastos.

Veinte días más tarde ya tienen los pasaportes sellados con la visa de Afganistán y un pasaje vía la India. Llegan al pequeño aeropuerto de Kabul al mediodía con casi 40° de calor y después de un vuelo de veinte horas. El aire acondicionado de la sala de la terminal sufrió un desperfecto, tienen que esperar las maletas y que les sellen el pasaporte empapados de sudor, tardan aún más por los equipos de filmación. Los agentes afganos quieren saber a toda costa qué van a filmar para ver si pueden cobrar algún dinero por dejar pasar las cámaras. Todo se resuelve dos horas más tarde cuando aparece un billete de cien dólares dentro del pasaporte que recibe el jefe y otros cien dólares para su segundo.

Tienen una reserva en el hotel Intercontinental de Kabul, un nombre pomposo para un edificio de estilo soviético muy deteriorado que fue escenario de luchas tremendas durante la guerra civil. Con la llegada de los talibanes, el hotel quedó prácticamente abandonado por cinco años, casi no había visitantes extranjeros en esos años en Afganistán y la única señal de vida era la librería con títulos en inglés que tenía Shah Muhammad Rais en la planta baja. Los talibanes la toleraban porque pensaban que nadie iba a comprar allí, pero en realidad fue un centro de resistencia para muchos intelectuales afganos despedidos de las universidades y los hospitales.

Años más tarde, una periodista noruega, Asne Seierstad, escribirá *El librero de Kabul,* un libro que cuenta la vida de Rais y que se convirtió en *best seller* mundial. Ahora, el hotel está siendo recuperado y tiene dos pisos con las habitaciones reparadas. No es un cinco estrellas pero tampoco uno de esos hotelitos de viajeros de alrededor de las estaciones europeas donde le cobran a uno hasta por el agua de la ducha. Hasta se recuperó la zona de la piscina que había sido convertida en un cementerio por los *muyahaidines* que no querían excavar un pozo para enterrar a los que iban cayendo en las batallas que se registraban en ese lugar.

Juan deja la maleta en su habitación y de inmediato se pone a caminar por los pasillos, se detiene a mirar las pequeñas tiendas donde se venden baratijas locales, se imagina a John andando por estos lugares y charlando con esta gente. Se sorprende viendo a los tipos con sus *salwar kameez*, esos pantalones amplios con esas camisas que los cubren hasta las rodillas; los *pakols,* los gorros redondos de lana; y las barbas rojas teñidas con henna. Los olores en

un primer momento parecen ácidos y fuertes pero tras un rato uno se da cuenta que se trata de una mezcla de especias con el aroma del tabaco dulce de las pipas de agua que no son tan populares en Afganistán pero que ahí abajo, en el café del hotel, son la especialidad. La caminata por los pasillos termina en la librería de Rais, ahora convertida en un ícono de la ciudad y el país. El volumen de *Los talibán: el islam, el petróleo y el nuevo gran juego en Asia Central* del periodista paquistaní Ahmed Rashid sigue siendo el libro mejor exhibido en la vidriera y el más vendido. Juan no tiene tiempo de mirar mucho más. Es tarde y tienen programado salir muy temprano hacia Bagram.

El camino de sesenta kilómetros que va desde Kabul hacia el norte y llega a la base estadounidense más grande en Afganistán es una ruta vital pero absolutamente descuidada. Fue la carretera más bombardeada durante la guerra de los *muyahai-dines* contra los invasores soviéticos en los años ochenta. Todavía se pueden ver restos de tanques y helicópteros destruidos y abandonados al costado de la carretera, en medio del desierto. Aunque los puentes que habían sido arrasados están ahora todos reconstruidos y con una camioneta se puede hacer el viaje relativamente rápido, el problema son las minas antipersonales que todavía quedan enterradas a la vera del camino. Las organizaciones internacionales que trabajan en el desminado desde hace mucho tiempo han ido marcando los lugares; lo hacen pintando las piedras, donde hay piedras rojas aún quedan minas activadas, donde hay piedras blancas es un sector limpio. Bajo el sol de la primera hora de la mañana sólo se ven las piedras pintadas de rojo por todos lados. Juan y el documentalista Cramer van siguiendo con precisión los movimientos del chofer, una mala maniobra podría terminar con la camioneta sobre las piedras rojas y todos volando por el aire.

Los chóferes afganos conocen esos caminos de memoria y están acostumbrados a manejar los viejos Lada soviéticos con su dirección durísima. Las camionetas 4x4 son para ellos como alfombras mágicas que se deslizan por el aire. En poco más de una hora de viaje ya se ve la silueta de Bagram al fondo, apenas un caserío de adobe del que sobresale la torre de control de la base y al costado el enorme descampado donde están las pistas. Luego, todo se confunde con el desierto que se extiende hasta las montañas. A Juan se le sale el corazón del pecho, está muy nervioso.

«Ay, Cabezón, mi Juancito. Aquí te viniste a morir. Aquí en este lugar con esta gente, en esta tierra. Uno no elige dónde nace y tampoco donde muere, pero vos te viniste a morir tan lejos de todo lo tuyo. ¿Qué te pasó Juancito?».

El suspiro profundo que lanza Juan inquieta a Cramer y al chofer, Ashmal, que hace también de traductor. «Estoy bien, no se preocupen», les dice y sigue mirando por la ventanilla con una mirada de tristeza infinita pero curiosa.

Al llegar al pueblo de Bagram, la camioneta atraviesa la calle del mercado con

decenas de chicos corriendo y pidiendo *bakshish.* Juan se sorprende de ver a varios chicos con un *tachito,* un baldecito de lata, humeando. Pregunta a Ashmal que habla perfecto inglés. «Es para ahuyentar a los malos espíritus, es una vieja costumbre afgana. Los niños van con esas latitas donde queman incienso con unas brasas de carbón. Lo pasan por encima de los autos para dar suerte a sus conductores y piden una propina». Juan mira ahora aún con más interés a estos chicos que corren con las latitas tomadas de una caña, son tan pequeños que para alcanzar a pasar la lata por encima del vehículo necesitan de una caña larga. También la usan para defenderse, ve a dos chicos que se pelean usando las cañas como improvisadas espadas. Le viene de inmediato a la memoria sus años en el mercado de Córdoba cuando pedía propinas a los camioneros que traían la fruta y la verdura. «Ah, si se me hubiera ocurrido lo de la latita con el incienso, me hacía rico», se dice Juan con una sonrisa triste mientras se ve reflejado en cada uno de los chicos que corren descalzos por el mercado.

Deciden detenerse en ese lugar para hacer tiempo hasta la hora que tienen pactada para la entrevista con el coronel Fits-patrick, quien está a cargo del batallón al que pertenecía John. Juan no puede creer lo que ve; en cada puesto hay decenas de chalecos antibalas, cascos, contenedores de líquido para que los soldados se puedan hidratar mientras combaten, navajas de todo tipo y hasta algunas pistolas americanas en perfecto estado. Todo mezclado con pashminas paquistaníes, gorros de lana, collares, pulseras y mantas de todos los colores.

– Ashmal, pregúntale a este por cuánto me vende ese chaleco antibalas.

– Dice que por cincuenta dólares pero se lo podríamos sacar por treinta. ¿Lo quiere, Juan?

– No, ¿y a quién le venden tantas latitas de energizante?

– Dice que a los soldados; lo toman mezclado con whisky antes de ir a combatir, dice que así se quitan el miedo.

– ¿Y estos venden heroína aquí?

– Seguramente. ¿Quiere que pregunte?

– Sí.

– Dice que le puede conseguir. La traerán acá muy rápido.

– ¿A cuánto?

– Dice que a diez dólares el gramo. Pero se lo podríamos bajar a la mitad o menos.

En apenas un minuto llega un chico con unas bolsas de plástico negro–como las que se usan para poner la basura–en la mano. El vendedor se las muestra a Juan, en el fondo flotan decenas de pequeños paquetitos de papeles de colores. Son las dosis de heroína. Cramer, el documentalista, filma todo, Juan está azorado. En menos de cinco minutos comprueba lo que decía John, todo es

estrictamente cierto. Aquí a la puerta de la base se puede comprar droga por centavos. Cualquiera puede hacer arreglos para conseguir cantidades grandes y con tantos aviones saliendo para Estados Unidos, tenerla en las calles de Nueva York o Los Ángeles en apenas tres o cuatro días.

«Es verdad. El Cabezón tenía razón. Aquí está operando el cártel de Bagram».

Se repone tomando un té en una tienda justo al lado de la puerta de la base. Puede ver a los soldados encaramados en dos torretas y un grupo de unos cinco o seis con sus M-16 en la mano que atienden a los que se acercan a la puerta porque trabajan en el lugar o porque, simplemente, van a pedir algo. De este lado comienza a ver caras cada vez más duras y extrañas, su primera visión ingenua de los afganos se está disipando. Empieza a tener una imagen más realista de la gente y lo que sucede en el lugar. Se da cuenta que esos hombres de la montaña y el desierto pueden ser al mismo tiempo los más dulces y los más crueles. Ve como les puede cambiar la mirada en un segundo y que él y los soldados no tienen nada que hacer allí. Son extraños y no se encuentran en el lugar como simples visitantes, son invasores.

– Aquí parece como si todavía estuviéramos en la Edad Media, le comenta a Ashmal.
– No, te equivocas,–responde el chofer/traductor que en menos de un año morirá en el fuego cruzado mientras trabaja como productor de un equipo de televisión inter-nacional–. Aquí nunca hubo ni Edad Media ni modernización. Aquí siempre fue así, desde que Alejandro el Grande llegó 300 años antes de Cristo, o en el siglo VII cuando vino el islamismo. Ninguno pudo conquistarnos eternamente y ninguno pudo modificarnos, somos así como nos ves hoy.
– Bueno, entonces, los que no tenemos nada que hacer aquí somos nosotros.

Cuando se presentan en la puerta, el coronel ya está esperándolos en una pequeña oficina que se encuentra a diez metros, justo antes del segundo portón de seguridad.

– Señor Torres quiero que sepa que sentimos mucho la muerte de su hijo. Sé que era un gran soldado y administrador. Estuvo a cargo de toda la entrada y salida de pertrechos.
– ¿Usted lo conoció?
– No, yo llegué desde Irak hace apenas tres meses. No lo conocí.
– Quiero ver dónde murió.
– Bueno, el lugar fue modificado, se trasladaron barracas y letrinas. No es exactamente el mismo lugar.
– No importa, quiero ver más o menos dónde fue.
– No va a poder ver nada.
– No se preocupe por eso, necesito estar en el lugar en el que murió mi hijo.

Fitspatrick no tiene otra salida. Llama a un sargento, le ordena que acompañe a Juan y le dice a éste que lo espera para almorzar en la cafetería de la base. Juan y el sargento caminan en silencio, Cramer va detrás pero sin la cámara. Tuvo que dejarla en la camioneta con Ashmal, quien ni siquiera pudo entrar a la base.

– Sargento, ¿usted conocía a mi hijo?

– No, señor. Llegué hace poco.

– ¿Y dónde está la gente que estuvo con John?

– No hay nadie aquí. Ya los rotaron a todos.

– ¿A todos? ¿Y los soldados que eran amigos de mi hijo?

– Ya no están.

– ¿Ninguno?

– Ninguno que yo sepa, señor.

Cuando llegan al lugar se encuentran con una serie de casillas de madera con techos de lata y grandes aires acondicionados. Al fondo, están las letrinas. El sargento señala un lugar indeterminado entre esas construcciones, Juan se acerca al lugar de los baños, agacha la cabeza, cruza las manos como si fuera a rezar y se queda en esa posición durante un largo rato. El sargento se acomoda debajo del alero de una de las casillas y espera pacientemente a que Juan haga su duelo.

«Ay, Cabezón, cómo se te ocurrió venirte a morir acá. ¿Quién te mató? ¿Quién pudo ser capaz de hacerte ese daño? ¡Tenías razón, Juancito, tenías razón! Acá hay algo raro, se nota. Y yo te juro que voy a descubrir de qué se trata. ¡Te lo juro!».

Cuando regresan a la cafetería, el coronel ya está sentado en una mesa junto a otros tres oficiales. Todos se cuadran ante Juan y se van presentando, ninguno dice haber conocido personalmente a John. Juan tiene tanta rabia que ni siquiera espera que sirvan el primer plato.

– Sé que a mi hijo lo mataron, lo asesinaron acá dentro de la base.

– Señor Torres–responde Fitspatrick–, aún estamos investigando las circunstancias de la muerte de su hijo, pero todas las evidencias nos indican que fue un suicidio. Como usted sabe el número de suicidios ha aumentado notablemente en los últimos meses debido al estrés acumulado en la tropa con los años de guerra. Se trata de gente que lleva varios años de servicio tanto en Irak como aquí en Afganistán.

– Mi hijo no combatía, estaba a cargo de un trabajo burocrático dentro de la base.

– El estrés de la guerra nos afecta a todos más allá de dónde estemos en servicio.

– A mi hijo lo mataron porque vio cómo estaban traficando heroína.

– Esa es una acusación muy seria, señor Torres, de la que no tenemos constancia.

– Pero si yo vi recién ahí fuera de la puerta de la base como vendían heroína. ¿No le parece que sería muy fácil introducirla?

– Aquí hay 6.500 soldados y unos 2.000 afganos que trabajan en los servicios de la base. Cualquiera podría venir con alguna droga, pero eso no quiere decir que aquí opere una organización de narcotráfico como usted infiere.

– Sí, aquí hay una organización. Aquí está el cártel de Bagram.

05

Ay, *argentinito,* ¿por qué te moriste antes que yo?

El sobre es demasiado grande para la casilla de correo que Juan tiene en el frente de su jardín. El cartero lo dejó a un costado, apoyado en el tubo que sostiene la casilla, es un sobre blanco con un águila en azul y rojo en los lados. Pesa al menos un kilo y medio. Juan lo ve cuando estaciona el auto en la entrada del garaje. Piensa que es papelerío que le manda el abogado para intentar justificar los noventa mil dólares que le tuvo que pagar por adelantado. Por supuesto, él no los tenía. Se los dio el banco y ahora debe pagar como quinientos dólares mensuales durante veinte años. Cuando lo levanta y ve que el remitente es el ejército, casi se le cae de las manos. Entra a la casa poniendo torpemente la llave en la cerradura mientras intenta abrir el sobre. Aparece una parva de papeles, son fotocopias de documentos sobre John. El corazón se le acelera. No se quita ni siquiera la chaqueta que trae puesta y que es un exceso para el calor de la casa. No sabe por donde empezar, pasa los papeles ante sus ojos nublados y su mente cerrada para entender lo que está escrito en ellos.

Suena su teléfono móvil, es su hija. Por un momento vuelve al instante en que manejaba por la autopista y recibió la noticia de la muerte de John; pero esta vez no era una hermana desesperada por el dolor sino una hermana esperanzada. Una copia de los papeles similar a la que recibió Juan había llegado a casa de la madre y ya estaban las dos leyendo página por página.

– Calma, calma. Tenemos que leer todo esto con mucho cuidado y después mandarle una copia al abogado–le dice Juan antes de cortar para volver a meterse en esa pila de papeles que hasta el momento poco y nada le indican–.

La mayoría de las páginas tienen borrones en negro. Es una costumbre estadounidense muy arraigada dar a conocer informes oficiales, por la Freedom Information Act (FOIA), la ley que permite la publicación total o parcial de documentos previamente clasificados como confidenciales; pero se

reservan las identidades, casi todos los nombres de personas desaparecen debajo de la tinta, también fechas y lugares. Incluso, el nombre de los padres y la dirección de la casa de John donde fue enviada una copia de los documentos. Juan encuentra el contrato original firmado por John para entrar en el ejército y su primera evaluación física, también la opinión de sus entrenadores en el primer período antes de ir a Bosnia y los posteriores reportes que le dieron el permiso de permanencia en la reserva mientras terminaba sus estudios de contaduría. También está la orden de nuevo despliegue en Afganistán y las sucesivas evaluaciones de sus jefes, todo impecable. John siempre tenía las mejores calificaciones y opiniones de sus superiores, nada nuevo para Juan. Todo eso lo sabía. No era lo que le venía pidiendo al ejército desde hacía un año y tres meses.

«Aquí no hay nada de la muerte de John», pensó Juan.

Hasta que da vuelta a una página de un informe médico y aparece una hoja escrita a mano–a Juan se le pega el pecho al estómago–. Toma la fotocopia con una mano que no le deja de temblar. La carta está fechada en Bagram el 11 de julio de 2004 y tiene tachados los nombres de la familia y su novia.

Siento mucho tener que tomar esta decisión. Tuve que soportar tanto dolor en el último año que ya no lo puedo aguantar más. Los dolores en el pecho y el estómago se hacen cada vez más fuertes y ningún doctor parece poder diagnosticarme, los médicos aquí se niegan a ayudarme. Por favor, entiendan que finalmente voy a estar en paz, sin más dolor.

Hubiera deseado tener una vida al lado de Cathy. Siempre la vi como mi mujer y la madre de mis hijos.

Los amo a todos.

Papá, por favor no hagas nada de lo que te tengas que arrepentir, tenés un trabajo y una vida por delante.

Mamá, cuidá a mis hermanas y sus hijos. Ellos te necesitan.

Nos vemos en el paraíso cuando sea el momento. Voy a encontrarme con Jesucristo.

Juan no puede dejar de temblar, se queda con la carta en la mano por un largo rato, hasta que vuelve a sonar el teléfono. Es su hija una vez más. Llora y grita.

– *Dad,* esta no es la letra de mi hermano, esta no es la letra de John.

Juan no sabe qué decir. No puede determinar si es o no la letra de su hijo. Pero sabe que es una carta muy rara; nadie con las ganas de vivir de John se suicida por unos dolores en el pecho y el estómago por más duros que sean, nadie se suicida apenas unos días antes de dejar el ejército y de casarse con la mujer que dice amar y tenerla en su mente como la madre de sus hijos.

Particularmente, si todavía le mantienen su antiguo puesto de contador en una firma importante de Texas con un seguro médico que le podría cubrir cualquier tratamiento para sus dolencias.

– Andrea, por favor, calmate y calmá a tu mamá. Algo tiene que haber en estos papeles. Voy a ir a ver al abogado, él tiene experiencia con documentos del ejército.

El abogado recomienda contratar de inmediato a un grafólogo para que determine fehacientemente si se trata o no de una carta escrita por John.

Juan se enfrasca en una segunda y minuciosa mirada de los documentos y los va comentando en sucesivas llamadas telefónicas con el abogado. Encuentran un dato que podría llevar a más información. En la página 468 aparece la única referencia directa al supuesto suicidio. Un documento de la División de Investigación Criminal (CID) del ejército da cuenta de un informe psiquiátrico.

Alrededor de las 10 horas del 23 de junio de 2005, se realizó una evaluación de la salud mental del soldado Torres que fue conducida por el Mayor (el nombre está borrado), psicólogo de la División Médica 254 de Campo Lacy, en la base aérea de Bagram. Una revisión de los documentos muestran que el Mayor (otra vez el nombre borrado) cree que el soldado Torres sufre de ansiedad y dolores de estómago crónicos, que contribuyeron a que cometiera suicidio. Para más detalles ver la evaluación psiquiátrica del 23 de junio de 2005.

Pero esa evaluación psiquiátrica con los detalles de las supuestas causas de muerte no está entre las más de quinientas páginas, apenas es una referencia a una posible explicación, nada más. Juan se siente más dolido y enojado que nunca.

«Me siguen mintiendo, me siguen dando vueltas. Me mandan un montón de papeles que no sirven ni para limpiarse el culo, son unos hijos de puta», grita desesperado.

Una semana más tarde llega el informe de la grafóloga Bonnie Silver, una experta en evidencias forenses. Su informe es contundente:

La dinámica de la escritura es muy consistente. Podemos ver similitudes muy aproximadas en la escritura de la carta que dejó John con ejemplos anteriores. Las emes son su característica más prominente y aparecen en todos los escritos como una marca muy clara de su forma de escribir. También aparece varias veces en sus documentos del ejército, escritos varios y en su carta final, la palabra «doctores» con una similitud de más de 90%. Es decir que no puedo llegar a otra conclusión más que esta carta fue escrita por la misma persona.

* * * * *

– Hola, ¿hablo con Adriana Torres?

– Sí, sí…

– Soy Stephen Hutton de la CID (Criminal Investigation Division del ejército) ¿Es usted la madre de John Torres?

– Sí

– La razón de mi llamada es porque su hija o alguien que dice serlo, publicó en Internet que John fue asesinado por algo relacionado con el tráfico de drogas realizado por oficiales del ejército.

– Bueno, es lo que hemos escuchado, estoy segura de que John no se suicidó. Por lo tanto tiene que haber otra cosa y queremos saberlo, queremos la verdad.

– Bueno, con base en nuestra investigación…

– No estoy segura de que sean drogas o armas–Adriana se precipita e interrumpe al agente–, porque nunca hablamos de eso directamente. Siempre me decía: «Mamá vos te preocupás demasiado». Por eso no me contó nada, pero…

– Bueno, me gustaría que me pasaran cualquier información que ustedes tuvieran, que su hija tenga, porque nos vendría muy bien para la investigación que estamos haciendo.

– Ok.

– Si ella tuviera algo, algún nombre…

– Bueno, antes vamos a consultar con nuestro abogado. Vamos a consultar si podemos pasar algún nombre… Claro que a esta altura ya no me importa quién se podría meter en problemas si nosotros decimos algo, lo único que queremos es saber la verdad sobre lo sucedido a John.

– Nadie se va a meter en problemas.

– Bueno, pero ellos están muy asustados. El soldado que habló conmigo me dijo algo y después se desdijo.

– Creo que tendría que preguntar qué saben y qué vieron concretamente.

– Se lo repito. Lo único que nosotros queremos es que nos digan la verdad porque yo no me trago eso de la herida autoinfligida como ustedes dicen en los informes.

– ¿Le dijeron si él estaba tomando alguna medicación?

– No. Sólo sé que tomaba algo para el estómago. Zantac o algo así.

– ¿Nada para la malaria?

– No, nadie me dijo nada sobre eso.

– Ok, pero nosotros tenemos claro que él estaba tomando una medicina contra la malaria.

– Ok… Entonces… ¿qué tiene que ver con todo esto?

– Lo siento, pero no tengo más detalles. No sabemos exactamente lo que sucedió, seguiremos investigando; pero si su hija tiene algún dato, por favor, le pido que nos contacte.

* * * * *

«¡Son unos hijos de puta!», fue una vez más la reacción de Juan apenas supo lo sucedido. «¡Llaman a Adriana porque saben que es el eslabón más débil de la cadena!».

Aunque no tan débil; Adriana grabó la conversación como se lo había aconsejado el abogado, y ya está enviando cartas pidiendo nuevas evidencias al ejército amparada en el famoso Freedom Information Act que le da el derecho a conocer datos que el Estado no haya difundido.

La situación es cada vez más confusa. Juan piensa que ahora los investigadores están intentando distraer la atención llevando la situación hacia otro lado. Quieren poner dudas sobre la muerte de John a toda costa.

«¿Qué es esto de las pastillas contra la malaria? Inventan cualquier historia con tal de cubrir que en Bagram hay narcotráfico; tengo que seguir presionando directamente, me voy a instalar en la puerta del Pentágono y nadie me va a poder sacar de allí».

Tres días más tarde está nuevamente en Washington con sus carteles, una pequeña mochila con algo de ropa y un frío de 20° bajo cero. Ya se había acostumbrado al frío en Chicago pero la zona donde está el edificio del Pentágono es, probablemente, una de las más heladas del país. Todo alrededor está congelado; el piso cubierto por una capa de hielo se convierte en una eterna pista de patinaje, por el Río Potomac se cuela un viento gélido que traspasa las autopistas y llega a esos estacionamientos interminables que rodean el famoso edificio de oficinas más grande del mundo y sus cinco puntas. Juan se presenta ante el jefe de guardia en la explanada central y le entrega una carta para sus superiores:

– No me iré de este lugar hasta que no me den la verdadera información sobre la muerte de mi hijo–le dice al soldado alto, de espaldas descomunales y mirada torva que le recibe la carta–.

Quince minutos más tarde, sale un capitán y le pide que lo acompañe a una oficina que está al lado de la entrada, donde un coronel lo mira con cierta compasión y le ofrece un café caliente.

– Tome asiento, señor Torres. Sabemos de su dolor, un dolor que compartimos. Usted perdió a un hijo, nosotros perdimos a uno de los nuestros. ¿Qué podemos hacer por usted esta vez, señor Torres?

– Decirme la verdad.

– Apenas recibí su carta, hace unos minutos, llamé a la oficina de

investigaciones para saber en qué estaba el caso de su hijo. Me dijeron que siguen investigando pero que todas las evidencias indican que su hijo se suicidó en la base de Bagram.

– Pero yo no lo creo.

– Señor Torres, me dicen que ya le enviaron todos los documentos, tiene que ser razonable. Entiendo perfectamente su dolor; pero debe entendernos a nosotros, si no encontramos otra evidencia que la de un suicidio, no podemos hacer nada.

– Venden drogas en la base de Bagram. Yo estuve en la puerta de la base y lo vi con mis propios ojos.

– Sí, sabemos que hay un importante tráfico de drogas en Afganistán y se podría inferir que algunos de nuestros soldados se ven tentados a drogarse como lo podrían hacer en su vida civil en cualquiera de nuestras grandes ciudades. La droga es un flagelo que nos afecta a todos. Pero eso ¿qué tiene que ver con la muerte de su hijo?–No sé, usted dígamelo.

– Para el ejército no hay ninguna evidencia de que haya habido narcotráfico en sus filas y que su hijo haya sido asesinado por ser un testigo molesto.

Juan sale del edificio con una depresión enorme, sabe que están cerrando la investigación y que no tiene cómo perforar esa estructura de acero alrededor del ejército. No se pueden hacer juicios directos por una muerte, no se puede forzar a una investigación independiente. Sólo puede actuar la justicia militar. Tienen todo atado y bien atado.

«¡Conmigo no van a poder!», sentencia.

Juan ya está caminando hacia la estación de metro cuando se da media vuelta, saca los dos carteles que guarda envueltos en una bolsa de plástico del Goody Supermarket de Chicago y se dirige con absoluta convicción hasta la puerta por donde había salido un momento antes, su actitud pone en alerta a los guardias. Dos de ellos cargan discretamente sus armas.

– ¡Quiero la verdad! ¡Quiero la verdad!

– ¡¿Qué pasó con mi hijo?!

– ¡¿Qué le hicieron a mi hijo?!

Los gritos retumban en el *hall* por donde entran y salen decenas de militares y gente que va a hacer trámites a la sede del comando de las fuerzas armadas más poderosas de la Tierra. Juan constituye una figura perturbadora en un lugar tan prolijo, tan uniformado, sus gritos son perceptibles a varios metros. El tipo de americano que va al Pentágono por alguna razón, que pasa por ese lugar en ese momento, se convierte en más americano que nunca, pasa al lado como si nada sucediera, ignora a Juan olímpicamente; pero las cámaras de seguridad que no entienden de cultura apuntan directamente a este hombre «perturbado por la muerte de su hijo».

El mismo coronel que atendió a Juan anteriormente reaparece en escena.

– Señor Torres, por favor. Vaya a casa. Ya le dijimos lo que sabemos de su hijo.
– ¡Quiero la verdad! ¡Quiero la verdad!, sigue gritando Juan, ahora mirando al coronel a la cara y con tono desafiante.
– Vamos a tener que llamar a la policía para que lo arreste, señor Torres. Por favor, váyase a casa.
– ¡¿Qué pasó con mi hijo?! ¡¿Qué le hicieron a mi hijo?!

El coronel no tiene más tiempo de advertir nada, la policía ya está ahí; dos agentes, uno negro, delgadito; y otro blanco, gordo y enorme, toman a Juan de cada brazo y lo tiran sobre la patrulla–los carteles con la cara de John vuelan por el aire–. Uno de los guardias militares recibe la orden del coronel de levantar respetuosamente los carteles y entregarlos a los policías. Diez minutos más tarde, Juan ya está en una comisaría del estado de Virginia, debajo del Pentagon Center, esposado y explicando a un oficial cómo es que está siendo acusado de perturbar la tranquilidad pública cuando él sólo admite haber ido a buscar la verdad sobre lo ocurrido a su hijo en Afganistán, muerto en circunstancias extrañas mientras servía a la patria. El policía termina conmovido por la actitud de este padre desesperado.

– Señor Torres, esta vez lo dejaremos en libertad porque es la primera ofensa que usted comete en este estado y porque entendemos su situación, pero no será siempre así. La próxima vez será llevado ante un juez y pasará varios días en la cárcel y si insiste, tal vez, lo manden a una prisión federal. Por favor, señor Torres, vuelva a trabajar a Chicago y deje que la justicia actúe.

Juan siempre termina obteniendo la simpatía de los que va cruzando en su camino. Su rostro es uno de los más honestos que se puedan encontrar por el mundo. ¿Quién puede enojarse con un padre que pide saber la verdad sobre la muerte de su hijo en una guerra que no es percibida como justa por una parte importante de la población y que se asocia a la aún más inexplicable intervención en Irak? Juan es la expresión de lo que muchos de ellos hubieran querido decir pero que no se atreven a hacerlo. Es el emergente de una sociedad confundida, golpeada, abrumada, humillada por los atentados del 11/S y que no encuentra una respuesta adecuada.

* * * * *

El capitán O'Hara pone la rodilla en tierra y carga su M-16. Se quita las antiparras que lleva puestas para cubrirse del polvo que hay por todos lados. Afganistán es una tierra reseca cubierta de casas de adobe, barro sobre barro. El polvo lo cubre todo. O'Hara hace una seña con sus dedos y los dos soldados que están a su lado corren hacia el frente, la próxima seña es para Yesica López Andrada que tiene que correr detrás de ellos con su pesada

ametralladora y caer boca abajo en la tierra para comenzar a disparar si atacan a los soldados de la avanzada. Detrás siguen unos diez comandos y a un costado, a unos cien metros, comunicado por radio está otro pelotón de unos quince o veinte soldados preparados para cubrir la reta-guardia y actuar en el momento en que comience la batalla.

Dentro de esa enorme residencia rodeada de muros de adobe y piedra de tres metros de altura se cree que hay un coman-dante talibán junto a unos veinte de sus hombres preparando un asalto en la explanada de la histórica mezquita de Masjid Jami, en esta ciudad de Herat, la tierra de los tayikos, los persas afganos, donde se encontrarán para una ceremonia las autoridades locales con algunos comandantes de las fuerzas de la OTAN y varios funcionarios del gobierno central de Kabul. También creen que allí destilan opio para convertirlo en heroína; si la información de inteligencia es correcta, se trata de un grupo de talibanes muy bien entrenados, que ha sobrevivido en las montañas durante los últimos cuatro años tras la caída del régimen. La batalla puede ser particularmente dura y Yesica es la única mujer que está en el frente, la trasladaron castigada a esta unidad de Herat después de que la encontraron husmeando en *la funeraria* de la base de Bagram y de que llegara una copia de la carta enviada por un congresista en la que constaba su nombre como testigo de un supuesto narcotráfico organizado por oficiales y suboficiales.

Yesica ahora está absolutamente alerta, su cabeza gira de un lado al otro. Tiene sobre su ojo derecho la mira de visión nocturna, una pequeña pantalla de fósforo que le permite ver en las zonas más oscuras por la amplificación de la poca luz que existe. Hizo un curso para adaptarse a esa extraña visión. Por un ojo ve normalmente, por el otro le aparecen imágenes muy nítidas de elementos invisibles sin una luz externa. Yesica es un comando muy bien preparado para el combate y se mueve con su sinuoso cuerpo como una lagartija; es capaz de entrar por los escondrijos más pequeños y ahora está por subir al muro de tres metros como si saltara un charquito de agua al cruzar una esquina. O'Hara hace otra seña y se pone dos dedos sobre los ojos, todos saben que hay que tener mucho cuidado porque a partir de este momento puede haber vigilantes talibanes. En general, chicos muy jóvenes que se ubican en forma escalonada para advertir cualquier movimiento y salir corriendo a dar la alarma.

Antes de comenzar la misión, O'Hara informó a la tropa que allí podría funcionar un laboratorio de depuración de opio; en la zona de Herat hay enormes campos plantados con amapola y sus campesinos tienen una habilidad particular para hacer cortes sobre el brote de la flor y extraer el líquido blanco que después de varios procesos termina convertido en heroína. Si es que ahí funciona un laboratorio debe haber un sistema muy estricto de vigilancia. Los talibanes saben que estos lugares pueden ser atacados en

cualquier momento por fuerzas de tierra pero también por los *drone,* los aviones no tripulados capaces de lanzar poderosos misiles. Yesica lleva su chaleco antibalas más ajustado que de costumbre, sabe que es lo único que la puede salvar de una bala de *kalashnikov* que venga en forma directa a su pecho o la esquirla de cualquier granada que vuele durante el combate. Saca la cruz de oro que le regaló su mamá, Eleuteria, cuando cumplió quince años, le da un beso y la vuelve a guardar debajo de la chaqueta; no es una católica demasiado creyente pero tiene el rito de besar la cruz cada vez que va a entrar en combate.

Los talibanes no cuentan con una penetración particular en Herat, pero siguen teniendo el poder para dar protección a los productores de opio y atacar a las fuerzas prooccidentales cada vez que se descuidan. Herat fue siempre una ciudad liberal y nunca aceptó por completo las imposiciones de los pashtunes–talibanes de las montañas del oeste–. Son de la etnia de los tayikos, descendientes de los conquistadores persas y adoptaron el islamismo en forma menos fanática que en otras regiones de Afganistán. Hay un cuento que les encanta relatar a las madres tayikas a sus hijas, es la historia de la reina Gawhar Shad, viuda del conquistador Taimur, que en 1405 trasladó su corte desde Samarkanda a Herat. Un día fue a inspeccionar un complejo de mezquitas y madrazas, las escuelas coránicas, que había mandado construir. Viajó junto a doscientas doncellas que estaban en busca de buenos pretendientes para sus casamientos, y los alumnos avanzados de las madrazas podían cumplir ese papel. Los estudiantes habían recibido la orden de permanecer en la puerta del lugar esperando que comenzara una ceremonia, pero uno de ellos se quedó dormido y al querer salir encontró a una de las doncellas en los pasillos. Fue amor a primera vista y se quisieron apasionadamente. Cuando la reina los descubrió, en vez de castigarlos les ordenó que se casaran de inmediato; así como al resto de las doncellas. Pero les impuso apenas una visita semanal a los estudiantes hasta que estos terminaran sus estudios. A raíz de estas reformas, Herat fue conocida como la ciudad del conocimiento y la felicidad. Esas mismas mujeres, varios siglos más tarde, el 17 de octubre de 1996, protagonizaron la revuelta más exitosa contra los talibanes. Los *muyahaidines* barbudos les habían cerrado todas las casas de baños públicos que son muy tradicionales en Asia Central. Las mujeres fueron a la sede del gobierno y atacaron al gobernador a empujones hasta que éste se comprometió a reabrir los lugares donde las señoras comparten al menos un baño a la semana, chismean y aprenden cómo manipular a sus maridos opresores.

Yesica ahora está a punto de convertirse en otra mujer que ponga a raya a un grupo de talibanes, claro que detrás suyo hay al menos cincuenta comandos de primer nivel. O'Hara ordena escalar los muros y entrar al complejo de la residencia. Un momento después ya se escucha el primer disparo y estalla la batalla. Yesica apenas se está descolgando del paredón de adobe en el interior

de la residencia cuando escucha que una bala se incrusta en el barro seco, apenas a unos centímetros de su cabeza. Se tira de inmediato al suelo y comienza a reptar a toda velocidad hasta encontrar el refugio seguro de un enorme tonel de acero, dos o tres de sus compañeros ya están en posición y disparando. Ella espera ver alguna señal del enemigo, no le gusta disparar sin tener un blanco a la vista.

La casa principal tiene tres pisos, ve una sombra en un balcón del segundo nivel y dispara hacia allí, la sombra desaparece. Es el momento de avanzar unos metros. Alcanza a cubrirse debajo de un alero donde encuentra una puerta secundaria. Ahora, los disparos arrecian de todos lados, desde la casa suena una ametralladora pesada de 50mm. Le contestan del otro lado con un arma similar. Con la segunda ráfaga de la ametralladora de los talibanes viene un pequeño misil tierra/tierra lanzado desde uno de los carros de asalto que están al otro lado del muro. La posición queda sin resistencia, los trozos de la ametralladora y los restos del *muyahaidin* que la operaba vuelan por todos lados. Un grupo de comandos americanos ya entró a la casa. El capitán O'Hara se apuesta cerca de la posición de Yesica, llama a otro soldado y les ordena entrar por la puerta secundaria; con apenas unos disparos a la cerradura, la madera cede y deja ver un pasillo oscuro, largo y aparentemente despejado. Yesica se acerca el visor nocturno al ojo y entra al lugar seguida del otro comando, hay un tercero y un cuarto que los siguen y después viene O'Hara. Se escuchan explosiones por todos lados, cae mampostería desde una escalera que hay en el fondo. La soldado avanza por el pasillo moviendo la cabeza a cada lado constantemente. El halo de luz verde de la mira de su fusil acompaña sus movimientos y se refleja en las paredes, no hay nada ni nadie. Al llegar a una puerta de lo que parece ser una habitación, la patea y entra con su M-16 al frente, tampoco hay nadie allí. Sus compañeros revisan las otras dos habitaciones, esta zona de la planta baja parece despejada. Yesica avanza con pasos seguros y llega a la escalera, saca un pequeño espejo de uno de sus bolsillos y como si fuera una de esas señoras que se maquillan en el metro cuando van camino al trabajo lo toma en su mano con habilidad y observa lo que sucede más arriba. Se ven los fogonazos de los disparos que dejan ver a un hombre mal herido desangrándose entre los escalones, pero no hay señales de francotiradores. Hace una seña a los que están atrás y avanza por la escalera, va tan pegada a la pared que el casco choca contra la mampostería descolocándole la mira telescópica. Pasa los primeros escalones y salta sobre el cuerpo del *muyahaidin* inconsciente y a punto de morir. Otra explosión deja una pared del fondo casi al descubierto. Sube rápidamente el resto de los escalones y se parapeta detrás de unos muebles. Hacia el fondo de ese pasillo hay fuego y se puede ver muy claramente lo que aparece como un sofisticado laboratorio. Los reportes de inteligencia no eran equivocados, ahí funciona un centro de destilado y depuración de opio.

Cuando intenta avanzar hacia ese lugar se acercan tres *muyahaidines* que

vienen bajando del piso superior. Al ver a Yesica comienzan a disparar con sus *kalashnikov,* la comando americana no tiene otra opción que intentar ocultarse detrás de los muebles; pero las maderas no resisten demasiado, se astillan y vuelan por el aire. Sus compañeros repelen el fuego para protegerla, tiene suerte. Los tres *muyahaidines* se ven obligados a buscar refugio y ella puede salir de esa posición endeble. Avanza hacia el siguiente recodo de la escalera, hay otra gran explosión que casi la tira por los peldaños. Están volando los químicos del laboratorio alcanzados por el fuego. Los *muyahaidines* parecen haber desaparecido. Yesica se incorpora y ve que en el laboratorio ya están otros comandos, avanza lentamente por el pasillo mientras sus compañeros desaparecen por una de las habitaciones, van detrás de los tres *muyahaidines.* Mientras se acerca lentamente al laboratorio, siente un ardor tremendo en la axila izquierda, no puede bajar el brazo, el pecho se le hincha y siente que le va a estallar. Cae de espaldas con los ojos desorbitados, sin saber qué le está sucediendo. No quiere desprenderse del M-16 pero su instinto puede más, alarga la mano y la pasa por debajo del chaleco antibalas en la axila izquierda, no siente nada sólido, es todo chirle. No está el antepecho que lleva sobre sus mamas casi perfectas y que tanta fama le dieron durante sus años en la escuela secundaria. Hay un agujero con apenas trozos de carne, músculos y huesos, saca la mano ensangrentada y lanza un grito espantoso. Sabe que recibió un tiro mortal. La bala entra por el lugar más peligroso que deja al descubierto el chaleco antibalas, se cuela por debajo del brazo desde un costado y va directamente a las venas del corazón. Hay una posibilidad en miles de que la bala entre por ahí, pero esa remota posibilidad es la que mata a tantos soldados, periodistas y trabajadores de ONG en zonas de guerra a pesar de que visten sus chalecos antibalas. Yesica apenas puede mover la cabeza; ya tiene un borbotón de sangre en la boca, su mirada está puesta al frente, hacia donde arden los químicos del laboratorio, ahora con menor intensidad. Espera que aparezca alguien para que la socorra, tiene unos pocos minutos antes de desangrase. En ese momento ve aparecer a dos comandos que entran en la habitación del fondo en sigilo y haciéndose señas, ella intenta gritar pero no le sale ningún sonido. Ellos no están preocupados por el combate, creen estar totalmente solos. Se acercan a unas cajas que hay en el suelo y sacan varias bolsas blancas. Se las meten por debajo del chaleco y la chaqueta del uniforme. Uno de los hombres sale de inmediato, el otro permanece unos segundos para esconder una bolsa más en sus pantalones. Yesica lo reconoce. Es un sargento de su unidad.

«Tenías razón John. Tenías razón. Son narcos. Ay, *argentinito,* ¿por qué te moriste antes que yo?», piensa Yesica.

Cuando llega el capitán O'Hara y ve a Yesica tirada en un enorme charco de sangre, toma la radio y pide ayuda. Los paramédicos arriban en menos de cinco minutos pero no hay nada que hacer. Antes de que la suban al helicóptero para trasladarla a un hospital, Yesica ya es memoria.

* * * * *

«Otra vez, el pesado ese del abogado. Más papeles para firmar y ningún resultado», piensa Juan mientras abre el sobre blanco, tamaño carta, con cierto desgano.

Aparecen nueve páginas oficiales con el logo del Departamento de Defensa y la clásica águila con las alas extendidas, el escudo en el pecho, las estrellas por encima y los laureles por debajo. Le tiemblan las manos.

23 de junio de 2005

Cuartel general, 44ª Brigada Médica, Unidad de Tareas/249 MED

254° Destacamento médico (Control del estrés en combate).

Aeródromo de Bagram, Afganistán

APO AE 09354

Memorando para: S.A. Cris PXXXXX

Asunto: Evaluación de la salud mental del caso del soldado John Torres.

«¿Qué es esto? ¿Quién lo manda? ¡Esto no es oficial! ¡Acá hay algún alma samaritana! Alguien nos manda el informe psiquiátrico que había desaparecido. No hay remitente».

Hice una evaluación del reporte de investigación sobre el suicidio del soldado John Torres y estas son mis conclusiones:

Sus supervisores y compañeros describen a Torres como brillante, competente, sociable y más maduro que la mayoría de sus pares.

Poco después de regresar de su período de licencia, el 6 de mayo de 2004, el soldado Torres comunicó a los médicos de la base que sus problemas gastrointestinales, que arrastraba desde hacía seis meses, se habían agravado. El único período de alivio se había registrado durante su estadía en Texas. Específicamente reportaba severos dolores en el pecho que se extendían desde el abdomen, también constipación, una sensación de inflamación del esófago, nauseas e inflamación estomacal. En ese momento estaba tomando Zantac, una medicación para la acidez de estómago de venta libre.

Subsecuentes revisiones médicas fracasaron en la búsqueda de un diagnóstico definitivo y después de probar una serie de medicamentos que no hicieron ningún efecto, su médico, el doctor Mayor XXXXX, determinó que los síntomas que padecía el soldado Torres se debían a una respuesta psicosomática al estrés. El 4 de junio alrededor de las siete de la mañana, el Mayor XXXXX acompañó a Torres hasta la clínica de control de estrés

provocado por el combate donde fue atendido por el médico teniente XXXX. El soldado Torres indicó que él no había concurrido allí en forma voluntaria. El Dr. XXXXX informó que el paciente se quejó: «no me quieren mandar a ver un especialista en temas gastrointestinales y por eso están dando vueltas y me mandan aquí».

El paciente reporta fatiga ocasional durante el día pero sueño normal y no cree tener signos de estrés. El soldado Torres niega padecer de ansiedad significativa aunque dice haber tenido algún alivio al tomar Ativan, un ansiolítico. «Pareciera que me alivia el dolor en el pecho», escribió el paciente en su evaluación personal previa. El médico teniente XXXXX recomienda continuar con esa medicación y considera que en líneas generales el paciente se encuentra en buen estado de salud mental.

En su diagnóstico dice que «hay que descartar cualquier desorden mental o condición médica crónica» y que le pidió al paciente volver a verlo en dos semanas.

El 21 de junio de 2004 el soldado Torres regresó a la clínica como se le había instruido y dijo que había tenido un cierto alivio gracias a las pastillas de Ativan. Cuando se le preguntó, negó cualquier pensamiento de suicidio u homicidio. El médico teniente notó una disminución en la ansiedad e irritabilidad del paciente. Diagnosticó «desorden de adaptación» y le pidió al paciente que continuara con la medicación del ansiolítico y que mantuviera consultas periódicas con su médico principal.

El paciente tuvo hasta cuatro entrevistas con su médico. El último contacto fue un encuentro casual en la oficina de suministros donde trabajaba Torres. Allí el soldado se quejó nuevamente «por qué no me envían a ver a un especialista al hospital en Alemania». El médico no dijo por qué no se había enviado al paciente a ver al especialista en temas gastrointestinales, pero se explayó en su informe diciendo que en varias ocasiones en que interrogó al soldado Torres, éste negó que tuviera inclinaciones hacia el suicidio o cualquier otro intento de homicidio.

Unos pocos compañeros del soldado Torres estaban al tanto de sus problemas de salud, pero ninguno de ellos notó ningún cambio en su personalidad o estado mental. Sabían que tenía algunos problemas para conciliar el sueño y que en ocasiones se había quedado dormido y llegado tarde a su trabajo en la oficina de suministros. Pero que no había tenido problemas por eso.

Su familia y algunos amigos sabían que el soldado Torres no creía en la misión que estaba llevando a cabo el ejército en Afganistán y que estaba ansioso por regresar a su vida civil. Había rumores de que la unidad de Torres iba a ser enviada a Irak y el soldado decía en forma de broma «voy a ir a ver al cura de la base todos los días para ver si puede hablar con el de

arriba para que haga algo y no nos manden».

Mientras estuvo de licencia, su familia y amigos observaron que Torres se encontraba muy cansado, pero en buenas condiciones. Cuando apareció en una conversación el tema del suicidio de un amigo dijo que esa era una actitud egoísta.

Después de su licencia, al menos uno de sus compañeros notó que Torres se mostraba más callado y reservado que de costumbre. También notó que el soldado no iba a cenar junto a sus compañeros en el comedor sino que prefería ir a buscar la comida y comer sólo en la barraca.

Sus compañeros lo describen como: listo (especialmente en el manejo del dinero), optimista, cariñoso, gracioso, generoso (por ejemplo prestando dinero), interesado en ayudar a los otros, siempre con una actitud positiva y siempre hablando de su futuro (casamiento, familia, hijos). Era muy cercano a su familia y hablaba con su madre, por teléfono, muy seguido. A partir de fines de junio, Torres estaba entrenando a otra persona para que ocupara su puesto y se encontraba bajo estrés mínimo por su trabajo. Era muy común que llevara su *laptop* a la oficina y se le viera jugando a algún juego digital para matar el tiempo. También seguía las noticias y buscaba las mejores ofertas para ir de luna de miel a Las Vegas.

El 11 de julio de 2004, la mañana previa a su muerte, el soldado Torres fue con un amigo hasta una tienda de la base y compró varios DVD de películas. Hablaron de encontrarse en Houston después de regresar a la vida civil y agendaron juntos un masaje en la tarde. Cuando el amigo lo fue a buscar poco después del mediodía, Torres dijo que estaba muy cansado y que se quedaría en la barraca.

En la noche del 11 de julio, Torres se presentó como era habitual para cumplir con su trabajo en la oficina de suministros pero el sargento Coronato le informó que le habían cambiado su asignación por una guardia en la mañana. Pidió prestado un reloj para despertarse, pero aparentemente no durmió esa noche. Algunos testigos lo vieron jugando en su computadora, escuchando música y viendo una película (*21 gramos)*. Pidió prestada una linterna.

En la mañana del 12 de julio de 2004, entre las 4:15 y las 6:00 de la hora local, el sargento McDonough vio a Torres entrar a las letrinas con la cabeza gacha, llevando su arma, una toalla y una botella de agua. Cuando le preguntó qué hacía despierto tan temprano, Torres le dijo que tenía «una puta guardia en una de las puertas». El sargento notó que a Torres «no se le veía como siempre, parecía que había dormido con la ropa puesta, sus pantalones estaban desabrochados y arrugados». Estas observaciones no fueron consideradas importantes en ese momento y el sargento continuó con sus actividades.

Alrededor de las siete de la mañana, la CID (División de Investigaciones Criminales) recibió una llamada reportando un aparente suicidio. El cuerpo del soldado Torres fue encontrado al final de las letrinas con el arma en el piso. Había muerto de un tiro en la cabeza y no hay testigos del hecho o del momento del disparo. Se encontraron junto al cuerpo una carta de suicidio y dos fotos familiares.

En su carta, escrita a ambos lados de un papel arrugado, el soldado Torres hace mención de sus severos dolores de pecho y estómago como causa de su suicidio y le pide a la familia que se cuiden unos a otros.

Evidencias *post-mortem*

a) La necropsia revela la ausencia de cualquier aparente afección en el sistema gastrointestinal.
b El examen toxicológico indica que no hay presencia de ninguna droga de abuso, incluidos las benzodiazepinas que podrían estar presentes en las medicinas prescritas.
c) De acuerdo con el jefe del pelotón, Torres y todos los miembros del mismo estaban tomando Lariam (mefloquina) como profilaxis contra la malaria.

Formulación

El soldado John Torres era un joven sin historia psiquiátrica cuya ansiedad psicosomática crónica, aparentemente, lo pudo llevar a cometer suicidio.

Los síntomas físicos que decía experimentar Torres lo dejaron exhausto a pesar de que no había causa orgánica… Su inesperado cambio de humor que lo llevó a no poder dormir la noche previa al suicidio parece, también, haber debilitado su vigor y ensombrecido su pensamiento.

El hecho de que el uso del ansiolítico Ativan haya sido beneficioso indica la presencia de cierto grado de ansiedad. Esto puede haber sido derivado de un desorden psicosomático. Torres no tomó esa medicina en los días previos al episodio. La ansiedad, particularmente la de forma interna (física) puede ser un factor de riesgo de suicidio.

La medicina para prevenir la malaria, Lariam (mefloquina), está conectada con numerosos efectos neuropsiquiátricos y somáticos como síntomas gastrointestinales, desórdenes del sueño y reacciones psiquiátricas como depresión, cambios abruptos de humor, ansiedad, pánico, agitación confusión, paranoia, etcétera. Estos efectos no son frecuentes en pacientes sin antecedentes psiquiátricos pero hubo casos de desarrollo de esta sintomatología después del suministro de una tercera dosis de Lariam. También hay reportes de comportamientos suicidas y homicidas en estos pacientes. Los efectos psicosomáticos expresados por Torres, posiblemente tengan que ver con el tratamiento en curso con Lariam. También es posible

que haya experimentado una mejoría en sus síntomas mientras estuvo de licencia porque en esos días no consumió la droga.

Factores psicológicos

Identidad ocupacional y factores culturales. Como consta en el presente informe, Torres estaba esperando ansioso el momento de dejar el servicio. Y aunque su trabajo como administrador de pertrechos continuaba siendo bueno y estaba muy próximo a un ascenso, él ya se encontraba enfocado en lo que sería su vida como civil y su carrera como contador. Estaba cansado de su papel de soldado. Ya no estaba convencido de la misión del ejército en Afganistán, permanecía preocupado por la posibilidad de que su unidad fuera desplegada en Irak y se sentía muy molesto porque algunos de sus compañeros consumían drogas ilícitas. Estos convencimientos sólo los compartió con un pequeño grupo de familiares y amigos. En su desempeño diario, Torres siguió siendo un soldado positivo, profesional, sociable y estable. Esta contradicción entre lo que pensaba y lo que expresaba es posible que hayan predispuesto a Torres a sufrir síntomas psicosomáticos.

Relaciones y orientación familiar. La mayoría de quienes lo conocían describen a Torres como enamorado y convencido de poder crear un futuro con su novia Cathy (tenía planes de boda, luna de miel, comprar una casa, tener hijos, etcétera). En su carta de despedida expresa su arrepentimiento por no concretar su sueño de una vida junto a ella y le pide a su madre que haga todo lo posible para ayudarla. Los rumores de que Cathy podría haberle enviado una carta diciéndole que ya no lo quería resultaron totalmente infundados… En su retorno de la licencia en Texas se lo vio mucho más callado y reservado que nunca. Decía que no comía junto a sus compañeros porque la comida era muy grasosa, y eso provocó que se aislara.

Moral y creencias. El soldado Torres había expresado a su familia que consideraba el suicidio como un «acto de egoísmo» y en su carta de despedida expresa la vergüenza que siente por la acción que va a cometer y les pide que digan que fue un accidente. No se conocen los detalles del suicidio de su amigo sobre el que hizo el comentario («acto de egoísmo»). Pero se podría interpretar que ese hecho podría haber incrementado su ansiedad y sus pensamientos suicidas. Tal vez, fue también una forma de comunicar su intención.

Factores sociales

No pareciera que el hecho de estar alejado de su novia y de su familia lo hubieran afectado particularmente. Su principal queja expresada de todas las maneras posibles era que en Bagram no le estaban proporcionando el tratamiento adecuado para sus dolores y que se negaban a enviarlo a un hospital especializado en Alemania como él creía que debía hacerse.

Debido al inesperado suicidio de Torres se tejieron toda clase de conjeturas. La sucesión de los eventos fue corroborada por varias fuentes incluidas en la investigación. El arma utilizada es el M-16 que se le había asignado meses atrás. Cuando se habla de que quemaron sus pertenencias o borraron elementos de su ordenador personal, apenas se trató de eliminar algunas páginas pornográficas para evitar un mal momento a la familia. Y la acusación de que en Bagram se registra tráfico organizado de drogas, junto a la teoría de que Torres fue asesinado porque sabía demasiado, es totalmente infundada. Aparentemente el rumor comenzó a circular después de que dos soldados mujeres fueran enviadas de regreso a su base en Estados Unidos por consumo de drogas ilícitas.

Las preguntas del caso

a) ¿Estaba el soldado Torres mentalmente equilibrado al momento del suicidio? No. Una persona que decide suicidarse está mentalmente desequilibrada por la misma naturaleza del acto. Sin embargo, los eventos que llevan a este suicidio no siguen un patrón común. Sus síntomas psicosomáticos no eran suficientemente severos como para tomar esta decisión extrema. La presión social era en ese momento moderada. No debía soportar la presión del combate diario y tenía por delante un factor muy importante de optimismo como era su casamiento. Permaneció competente para apreciar las consecuencias de sus acciones y su salud mental nunca fue puesta en cuestión. Sin embargo, su razonamiento en las últimas horas de vida (escribiendo una carta de suicidio bajo la luz de una linterna; su falta de impulso para controlarse) se había quebrado y mantenía el patrón de «mentalmente débil» en el momento del suicidio.

b) ¿Cuál fue, entonces, el motivo de la decisión de suicidarse? Un nivel extremo de ansiedad y de síntomas de dolores psicosomáticos llevaron a Torres a la desesperación. La falta de sueño pudo contribuir a nublar aún más los pensamientos del soldado, pero ninguno de estos elementos indican la presencia de factores psicológicos que pudieran llevar al suicidio; en cambio, la presencia de la mefloquina sí nos revela que el soldado Torres pudo haber tomado la decisión de suicidarse a causa de su ingestión si se tienen en cuenta los antecedentes de otros suicidios relacionados con el consumo de esta droga.

Firmado:

Dr. Robert H. Quinsley
Maj(P), MC, EE.UU.
Psiquiatra
254° DEST MED (CSC)

06
¡El ejército mató a John!

«Tenemos que encontrar un investigador forense con conocimiento de medicamentos y en particular en esta droga de la malaria», dice el abogado. «Alguien que pueda armar un cuadro más claro con esta información… Conozco a un tipo que es profesor del MIT, lo voy a llamar. Tal vez acepte trabajar en esto. Fue investigador forense por muchos años».

Una semana más tarde, Juan recibe una llamada de un tal Stephen Peirano. Dice que ya estuvo investigando alguna vez sobre la mefloquina y que le interesa el caso. «¿Por qué no viene a mi oficina, señor Torres?». El vuelo de Chicago a Boston es de poco más de dos horas. Desde el aeropuerto, Juan toma directamente el metro y se baja en la estación Kendall, en Cambridge, del otro lado del Río Charles. Esperaba encontrar un edificio imponente. El Massachusetts Institute of Technology (MIT) es la universidad más destacada en ciencias del mundo y había visto unas fotos de unas estructuras de estilo griego con enormes columnas, pero no están acá. Aparecen del otro lado del campus, cuando uno camina por la vera del río. Esto es algo más modesto o regular. Una calle Main como la de cualquier pueblito norteamericano, con unos cuantos negocios, y otra callecita que sale hacia el interior del campus. Toma por Dock St., da una vuelta hasta Carleton y al fondo aparece la calle Amherst, donde está el laboratorio del profesor Peirano. Lo recibe un alumno que lo lleva por unos pasillos interminables, de un lado hay decenas de oficinitas, del otro, unas enormes jaulas vidriadas con gente vestida con mamelucos, cofias y polainas blancas inmaculadas que permanecen casi inmóviles ante microscopios o se mueven lentamente con espátulas en la mano. En un momento aparece una puerta y un pequeño cuarto presurizado. «Por favor, señor Torres, dice el alumno, colóquese uno de los uniformes. Tenemos que entrar al laboratorio y hay que evitar cualquier fuente de contagio, aquí se trabaja con elementos muy peligrosos. Tampoco queremos que traiga nada extraño del exterior».

Así, vestido de blanco, con la cofia, Juan piensa que se parece a los carniceros que trabajan en el mercado donde se crió en Córdoba. Claro que el uniforme

no está todo manchado de sangre como el de esos hombres que cargan las medias reses como si fueran almohadas. Nunca antes había estado en un sitio tan sofisticado como este, se siente un poco intimidado. «Espero que este Peirano no me venga ahora con explicaciones muy difíciles», piensa Juan. Cuando se acercan a una mesa de metal repleta de frascos y tubos de ensayo se puede ver en un extremo a un hombre de espalda ancha, bastante gordo, diferente a todos los otros delgados y de aspecto oriental que fue viendo mientras caminaba por el laboratorio. «La mayoría de los que están acá son chinos. Estos ya conquistaron América, no hay ni un gringo. Este que me lleva también tiene que ser coreano o algo así», piensa Juan. Pasan unos cuantos segundos hasta que Peirano deja de sostener junto al fuego un tubo de ensayo con un líquido verde oscuro y se da vuelta con las antiparras puestas y el soplete en la mano. Juan da un paso atrás instintivamente.

– No se preocupe, señor Torres, todavía no prendo fuego a nadie… Mucho gusto.

Peirano se quita las antiparras y aparece su cara de tipo hecho para otro lugar. Regordete, de unos sesenta años, con pica-duras de viruela o marcas de acné en los dos cachetes, unas cejas enormes, poco pelo canoso y descuidado, de movimientos torpes y una expresión de tipo confiable. Invita a Juan a tomar un café en su oficina. Vuelven a transitar varios pasillos hasta que llegan nuevamente al cuartito donde deben quitarse los uniformes blancos. Caminan otro buen trecho por pasillos ahora repletos de cuadros con imágenes tomadas por microscopios nucleares. Finalmente, están sentados entre pilas de papeles, libros y diplomas que certifican que Peirano es «un capo», un químico muy reconocido. También tiene diplomas de la unidad forense de la policía de Boston y de medicina. «Si éste no me puede explicar que pasó con John ¿quién lo podría hacer?», se dice a sí mismo Juan.

– Señor Torres, su abogado me envió todos los documentos que usted recibió; estuve investigando sobre la mefloquina y las posibles consecuencias, todo parece tener sentido, pero quiero hacer mis propias experimentaciones y consultar con colegas que condujeron los test con pacientes para el laboratorio suizo que fabrica la droga.

– Mi abogado dice que usted es el que más sabe de todo esto…

– Después de leer sobre su caso pude encontrar que hay muchos otros casos similares y me gustaría hacer mi aporte. Soy un pacifista empedernido. Esta vez voy a trabajar como militante, además de profesional. Será un aporte para su causa y si descubrimos que es cierto que John se suicidó por esta droga, espero que mi trabajo ayude a que no la puedan usar nunca más… A John ya no lo podemos revivir, pero tenemos que salvar la vida de muchos otros… Ahora tomemos el café y cuénteme sobre su hijo.

Esa misma tarde, mientras Juan viaja de regreso a Chicago, Peirano llama a un psiquiatra del ejército que había trabajado en el hospital Walter Reed para

los veteranos, en Washington. No termina de explicarle lo sucedido con John cuando el psiquiatra ya sabe perfectamente de qué se trata. «Tuvimos muchos casos y no sólo en Irak o Afganistán. El primer suicidio se registró en Ecuador allá por los noventa; un sargento de las fuerzas especiales, y hubo varios otros entre los Boinas Verdes. Se suicidaban tipos entrenados para resistir las torturas más terribles, era un absurdo. Cuando empezamos a buscar algún patrón en común encontramos que todos habían tomado Lariam. Y cuando pedimos todos los test que había hecho el laboratorio suizo, nos dimos cuenta que ellos también lo habían detectado, pero no lo informaron para poder hacer una venta fabulosa a las fuerzas armadas… Mañana te envío todo en un *mail.* Hay mucho material».

Cuando Peirano abre su correo electrónico a la mañana siguiente, ya tiene ahí buena parte de la información, el resto llega dos días después en un Fedex. Lee cada párrafo con minuciosidad. Todo indica que se trata de uno de esos secretos a voces, una tragedia largamente anunciada. Mucha gente sabía que las pastillas de Lariam provocan graves problemas psiquiátricos a quienes las ingieren, pero nadie había hecho nada porque se trataba de un negocio fabuloso. Por un lado, es una medicina muy efectiva en el tratamiento preventivo de la malaria; por el otro, se toma una dosis por semana. El otro método más antiguo que existe para combatir la enfermedad transmitida por el mosquito requiere de una dosis diaria. Y esa es una ecuación sumamente atractiva para un administrador del ejército. Se ahorra seis pastillas a la semana, 24 al mes, 321 al año, por cada militar que se encuentre en una zona de malaria. Lariam es un negocio redondo.

«La teoría ya está. Ahora, tendré que probarla científicamente y convencer al padre del soldado. Torres no parece un hombre fácil de convencer», piensa Peirano.

Comienza recopilando los casos, dejando de lado los innumerables turistas que consumieron la droga durante sus viajes. Se concentra en los militares. El caso de Ecuador es muy interesante porque se trata de uno de los primeros grupos que empezaron a consumir la droga una vez que fue aprobada por el ejército. Antes se habían hecho pruebas y hasta el desarrollo de la droga se realizó en laboratorios de las fuerzas armadas estadounidenses. Tiempo después se entregó la licencia al laboratorio suizo para que la produjera en serie. Ocurrió en una base en las afueras de Quito donde un grupo de comandos de las fuerzas especiales estaban entrenando a militares ecuatorianos. Un sargento, de 43 años, que decía estar feliz porque se iba a casar muy pronto con la que sería su segunda esposa, la mujer de su vida, había llegado al lugar hacía dos semanas pero había tomado Lariam desde antes de su partida de Estados Unidos. Una mañana, entró al centro de entrenamiento muy irritado, tomó su pistola y se pegó un tiro en la cabeza delante de otros dos suboficiales y dos soldados.

«Ah, aquí hay un muy buen dato. La droga se toma desde unos días antes de viajar a una zona que pueda tener malaria y se sigue tomando una vez que se dejó el lugar. Es un tratamiento netamente preventivo», anota Peirano.

Otro caso interesante es el de un sargento de los Boinas Verdes, quien se suicidó al día siguiente de haber regresado de su primera ronda de servicio en Afganistán. Ya tenía previsto continuar en el servicio y había firmado voluntariamente el contrato para regresar a esa zona de guerra en un mes. Tayler Wyffan, de 32 años, estaba absolutamente feliz porque su esposa estaba embarazada, era su primer hijo. Se tomó una tercera dosis de Lariam y unas pocas horas más tarde caminó hasta un bosque frente a su casa de Alexandria, en Virginia, y se pegó un tiro. Y hay un tercer caso dentro de las fuerzas especiales protagonizado por el capitán William Howard, de 36 años, quien recién regresaba a su unidad en el Fuerte Carson, Colorado, tras un año en Irak. Su esposa, Laura, informó algo parecido a los otros suicidios: se mostró muy violento tras tomar la droga contra la malaria y anduvo dando vueltas por la casa con un arma en la mano. Cuando ella llamó por teléfono para pedir ayuda, William se disparó en la boca.

De acuerdo con los documentos que recibió Peirano ya había habido un pedido de informe desde el congreso. La senadora demócrata Dianne Feinstein envió varias cartas al Departamento de Defensa pidiendo que se revisara el uso de la medicina Lariam a la luz de los casos de los suicidios entre los veteranos de las fuerzas especiales. «Hace bastante tiempo que estoy preocupada por las consecuencias que podría traer el consumo de la droga Lariam entre nuestros soldados y el personal civil que viaja a zonas donde se puede contraer malaria», escribió Feinstein en esa carta. «Pero ahora hay reportes recurrentes que indican que el uso de Lariam podría haber sido el factor que desencadenó una serie de suicidios en nuestras tropas de elite. Hasta que tengamos más evidencias y se termine la investigación, el Departamento de Defensa y todas las otras dependencias oficiales que suministran Lariam a sus empleados, deberían suspender su uso y buscar alternativas que protejan a nuestras tropas y nuestro personal sin padecer todas esas consecuencias secundarias».

En su respuesta, el Pentágono agradece la preocupación demostrada por la senadora, pero rechaza de plano cualquier posibilidad de que la mefloquina (el componente sustancial de Lariam) pudiera traer consecuencias a la salud. «No tenemos ningún tipo de información que indique que Lariam haya sido un factor que pudiera llevar al suicidio en la Operation Iraqi Freedom (Irak) o en la Operation Enduring Freedom (Afganistán)». Y directamente adjudicaron los suicidios a «fracasos en las relaciones personales, crisis financieras, dificultades legales y problemas psiquiátricos como la depresión o la psicosis… Los mismos problemas que llevan al suicidio en la población civil en general, aunque aquí magnificado por el fácil acceso a las armas». Una

respuesta que habla sobre el problema en general de los suicidios en los combatientes y veteranos pero que no explica absolutamente nada sobre la mefloquina.

«Tengo que llamar a Kagan, él sabe más de la mente de los militares que el general con más estrellas en el pecho», se dice Peirano.

Paul Kagan es un profesor de psiquiatría de la Universidad de Vanderbilt en Nashville, Tennessee. Se pasó treinta años como psiquiatra en el ejército. Atiende la llamada en su despacho del tercer piso de la Facultad de Medicina. Le tiene mucho cariño a Peirano, le debe unos cuántos favores. Es el mejor químico forense que conoce y lo consultó decenas de veces por problemas con el uso de ciertos antidepresivos en el comportamiento de los veteranos de guerra. Cuando escucha sobre el caso reacciona como los otros, ya sabe que el suicidio de John no es un caso aislado.

– ¿Cómo va a reconocer un militar que de pronto se de-prime, pierde el control, está paranoico, alucina y le vienen a la cabeza pensamientos suicidas? Eso va contra la esencia misma de ese macho entrenado para doblegar al enemigo y matarlo si es necesario. Nadie que tenga una duda sobre sí mismo puede cumplir con esa tarea.
– Por eso no quieren reconocer que se suicidan por tomar la mefloquina, apunta Peirano.
– Exacto… Le buscan una causa externa, algo que deje sus conciencias tranquilas y puedan seguir operando… Pero sí, es cierto. Hay muchos casos de suicidios inducidos por esta droga, Lariam; el ejército y el laboratorio tienen mucha información sobre esto.
– Gracias, Kagan. Muchas gracias.
– No es nada. Te voy a enviar unos documentos que tengo. Tal vez, te pueden servir.
– Todo sirve en estas investigaciones.

«Tengo que apuntar al laboratorio. Ellos son los que hicieron la mayor cantidad de pruebas con la droga. Ellos mismos deben tener las evidencias que se necesitan», se dice Peirano.

* * * * *

Juan está aturdido. La visita y la charla con Peirano lo dejan más preocupado que nunca. Si se prueba que las pastillas contra la malaria indujeron a John al suicidio, entonces no lo mataron los narcotraficantes del cártel de Bagram sino el propio ejército.

«No lo puedo creer, no pueden ser tan perversos como para repartir pastillas que matan a sus soldados. Serían idiotas si lo hicieran, acá tiene que haber alguna confusión. Algo no me cuadra».

Pero no se deja llevar por esto que no es más que una teoría. Sigue pensando que le están ocultando información y que hasta que no le prueben lo contrario, a su hijo lo mataron en los baños de la base aérea de Bagram. Ese mismo fin de semana sale con un grupo pacifista que hace una caravana que marcha desde Chicago hasta Washington para llegar al cementerio de Arlington el Día del Veterano. Lleva anotado en un papel el nombre de una mujer que va a participar en el evento y que viene desde Massachusetts. Su abogado dice que ella presentó una demanda por información al ejército similar a la de Juan donde pide que aclaren si su hijo había tomado una medicina contra la malaria antes de suicidarse mientras regresaba en un barco después de ocho meses en una base de apoyo en la zona del Golfo Pérsico. «Sería bueno que hablaras con ella», le recomienda el abogado.

La encuentra después de todo un día de marcha por Washington, cuando ambos descansan en las escalinatas del monumento a Lincoln, es un lugar histórico recreado en centenares de películas. Allí dio Martin Luther King su fantástico discurso I Have A Dream ante un millón de negros que exigían respeto a sus derechos civiles; allí se hicieron decenas de marchas contra la guerra de Vietnam; parodiadas después, por ejemplo, por Tom Hanks en Forrest Gump; ahora, Juan y la señora Maureen Kalmers, la madre del teniente Chris Sheys, están sentados en esos mismos escalones tomando una limonada Lipton y comiendo un sándwich de pollo.

– La angustia me hace comer, dice Maureen.

– A mí me agarra a veces; por momentos no como nada, por momentos puedo comerme un dinosaurio. Por suerte no tomo alcohol, apenas una cerveza de vez en cuando, responde Juan.

Hay un silencio. Ninguno de los dos quiere abordar el tema de la muerte de sus hijos así directamente a pesar de ser la única razón por la que están ahí.

– Mi hijo está en el cementerio de nuestro pueblo, en Framingham.

– ¿Eso está cerca de Boston? ¿No?

– Sí.

– ¿Su hijo se suicidó?

– Sí.

– Y dicen que es por esa maldita droga ¿no?

Maureen mueve la cabeza afirmativamente.

– Yo no sé, todavía dudo…

Charlan por dos horas, el viento que se levanta desde el Potomac los incomoda de vez en cuando pero ellos ni se dan cuenta. El teniente Sheys se pegó un tiro cuando venía en un buque hacia Norfolk, estaba tomando Lariam como se lo había recetado el médico de la marina. Tres días antes del suicidio comenzó a tener comportamientos erráticos. Sus compañeros lo vieron

caminar por la cubierta, en la madrugada, con la mente perdida. Pensaron que era estrés postraumático y que se lo trataría apenas llegara a Massachusetts. Pero Sheys estaba bajo los efectos de la mefloquina. Cuando se tomó la pastilla que le correspondía a esa semana, comenzó a tener alucinaciones, tomó su fusil y se pegó un tiro. En el puerto lo estaba esperando su joven mujer con su bebé de ocho meses en brazos. Sheys no había parado de hablar de su hijo durante todo su servicio. No lo había podido conocer. Nació unos pocos días después de que él tuviera que comenzar el despliegue en el Golfo Pérsico. «Estaba loco por ver al bebé, me contaron sus compañeros», dijo Maureen antes de quedar en silencio. Después, Juan comenzó a contar la historia de John.

* * * * *

– Te conseguí algo, pero no lo puedes utilizar públicamente porque vendrían a mí directamente. No hay muchos que tengan acceso a estos documentos.

– No te preocupes. Gracias, Anthony. Te debo una.

El tipo al otro lado de la línea telefónica era un fiscal de distrito cuando Peirano trabajaba en la policía. Ahora, tiene un puesto bastante alto en una oficina del gobierno en Washington. La escueta conversación telefónica se realiza cuando Peirano ya tiene los papeles en la mano; le llegaron esta mañana por correo, con sello de una oficina gubernamental de Washington que se encarga de la administración de drogas y alimentos. La FDA regula y autoriza la venta de las medicinas en Estados Unidos. Sus recomendaciones son, generalmente, seguidas por los ministerios de salud de todo el mundo. Los documentos contienen estudios que hicieron a fines de los noventa con mefloquina.

> #Reporte número 3057865-X. *Datado el 19 de marzo de 1998. Reacciones de una lista de pacientes en todo el país: comportamiento anormal, dolores en el pecho, alucinaciones, hiperventilación, insomnio, conducta suicida. Resultado: requiere intervención para prevenir daños permanentes. Sospechoso primario: Lariam.*
>
> #Reporte 320063-5. *Presentado el 9 de julio de 1999. Reacciones: ansiedad, asma, palpitaciones, deshidratación, nausea, ataque de pánico. Resultado: prolongada hospitalización. Sospechoso primario: Lariam.*
>
> #Reporte 3412545-8. *Del 3 de diciembre de 1999. Reacciones: desorden mental, paranoia, intento de suicidio. Sospechoso primario: Lariam.*

«Si la FDA lo sabía, el Pentágono lo sabía. Maxwell tiene que tener una explicación».

Peirano está pensando en Georgi Maxwell, un buen investigador y fiscal del

ejército con el que trabajó en varios casos de intentos de contrabando en la bahía de Massachusetts en el que estaban implicados unos marinos en activo. Lo llamó varias veces hasta que una voz ronca de una persona con graves problemas de respiración levantó el teléfono. «Me dan de todo para que duerma y no piense», dice Maxwell. «El cáncer ya me está comiendo los pulmones, me queda poco mi amigo Peirano. Pero antes espero hacerte un último favor para pagarte alguno de todos los que me hiciste a mí».

Cuando Peirano le explica, Maxwell le pide hasta la mañana siguiente en que viene su secretaria a visitarlo y le podría traer los papeles que necesita. No eran las diez de la mañana todavía cuando la voz resquebrajada ya le está contando cómo es que el ejército adoptó una droga que se sabía que podía matar a sus soldados.

– Durante los años de Vietnam–comienza Maxwell hablando en forma entrecortada pero muy coherente–las bajas por infecciones, particularmente la malaria, eran más altas que las de heridas de armas. La cloroquina, que se usaba en ese entonces, no funcionaba nada bien. ¿Te acuerdas? No prevenía más que 20% o 30% de los casos. El resto de los muchachos caían con malaria como los británicos en las guerras africanas del siglo XVIII. Fue cuando comenzó a investigarse en el instituto del hospital Walter Reed en Washington; se hicieron experimentos con la mefloquina, y se la inyectaron a cuatrocientos soldados que iban a estar de servicio en zonas de malaria. El resultado fue muy bueno. Registraron apenas algunos síntomas de insomnio o dolores de cabeza, pero nada más. Los investigadores no tenían la menor idea de cómo funcionaba la mefloquina pero funcionaba. Y lo que era aún más importante: se requería tomar apenas una píldora por semana en vez de una por día, esto facilitaba las operaciones y ahorraba mucho dinero. Para el Pentágono de los años de Ronald Reagan eso era música divina.

– ¿Y no buscaron la aprobación de la FDA en ese momento?, pregunta Peirano.

– No, le dieron la fórmula al laboratorio suizo Larrochelle para que comenzara a producirlo en serie.

– ¿Por qué un laboratorio extranjero? ¿No había ninguno nacional para hacerlo?

– Eso es tema de otra investigación.

– Ok, tienes razón.

– Larrochelle sí pidió la aprobación de la FDA y la obtuvo en tiempo récord. Así que no sólo la fabricaron para el Pentágono sino que la comercializaron en todo el mundo.

– ¿Y qué pasó con los informes negativos de la FDA? ¿Los ocultaron?

– Aparentemente, los altos mandos influyeron sobre los congresistas más conservadores republicanos que querían mantener las bases militares en

sus distritos y todo continuó.

– ¿Y nadie dijo nada?

– Sí, hubo hasta un informe muy negativo de la Organización Mundial de la Salud pero se ignoró y Larrochelle siguió fabricando la droga hasta ahora.

– ¿Le puedes decir a tu secretaria si me envía algunos de esos papeles?… Ah, y ¿le puedes decir que me tenga al tanto de cómo vas evolucionando con tu enfermedad? ¡No te puedes morir por lo menos hasta que termine esta investigación en unos 25 o 30 años! ¡Me entiendes!

Del otro lado de la línea se escucha apenas un débil «gracias viejo amigo» y una respiración ronca y profunda.

* * * * *

Hace ya más de un mes que Ricky Ramírez llegó de cumplir el que fue su último *tour of duty en* Afganistán. Terminó el contrato de ocho años que había firmado e informó a sus superiores que volvería a la vida civil. Incluso rechazó una buena promoción que lo hubiera convertido en sargento proporcionándole al menos dos años de un sueldo de casi tres mil dólares mensuales libres. Podría haber ahorrado más de treinta mil dólares por año. Ricky nunca se había planteado otra cosa que estar en el ejército; se enroló a los 18 años cuando su vida de inmigrante mexicano en Houston no tenía mayores perspectivas. Con mucha suerte podría haber seguido en esa empresa de mudanzas donde trabajaba su tío y llegar a ganar unos ochocientos dólares con propinas por semana. En diez años se rompería la espalda y no serviría ni para colocar las compras dentro de las bolsas en un supermercado. El ejército era su mejor opción o la única. Estuvo en varias bases alrededor del mundo hasta que el 11/S le dio la oportunidad, que tanto esperaba, de ir a la guerra. Combatió en Irak, pasó casi cuatro años en Afganistán y la mayor parte del tiempo haciendo guardia en la puerta de la base de Bagram. Aunque también estuvo en combate, se presentó de voluntario cada vez que pedían a alguien para una misión. Llegó a ir con una unidad a la zona de las montañas de Tora-Bora, en el norte, el lugar por donde se había visto desaparecer a Osama bin Laden con sus hombres más cercanos y por donde se le buscaba intensamente.

Entonces creía que iba a morir con el uniforme puesto, o combatiendo o de viejo, pero siempre en el ejército. Hasta que tuvo que ir a reconocer el cuerpo de su amigo John Torres.

Eran muy amigos; los dos eran hispanos, se habían criado en Houston, llegaron al ejército más o menos por la misma época, y compartieron la misma barraca los casi cuatro años que estuvieron en Afganistán. Eran fanáticos de los videojuegos y se habían enfrentado en *Call of Duty* hasta un rato antes de que John se levantara y se fuera a pegar un tiro a las letrinas. Ahí fue cuando a Ricky se le pelaron todos los cables. Había escuchado a John quejarse muchas veces de los dolores en el pecho pero no lo veía para nada

enfermo, había escuchado muchas veces sus historias sobre la heroína y los *angels* pero nunca creyó que todo eso pudiera pasar a mayores. Sin embargo, esa mañana en que tuvo que ir a reconocer a John que estaba tirado en un charco de sangre con la cabeza destrozada, todas sus convicciones militares, sin darse cuenta, se esfumaron de golpe. Él era uno de los que en su unidad estaba más convencido de que había sido un asesinato; se peleó con varios de sus compañeros cuando le decían que no, que John se había vuelto loco, que en Bagram no había narcotráfico, que John deliraba y que el tiro que se había pegado lo probaba. Estába loco y punto, decían. Terminó agarrándose a trompadas con otro hispano de Oklahoma y le rompió la nariz, estuvo preso una semana. Fue el tiempo definitivo de reflexión. Se iría del ejército.

Hasta entonces creía que había visto todo mientras andaba por los recovecos del mercado de Tepito en la Ciudad de México pero ahora se tenía que enfrentar a algo nuevo. Un enorme poder que no sólo mata o manda a matar, sino que induce a la muerte a sus combatientes.

Y ahora, cuatro semanas después de aterrizar en Houston y sacarse el uniforme para siempre, se enfrenta a otra disyuntiva. ¿Qué hacer? Todos le recomiendan descansar, tomarse las cosas con mucha calma. Tiene la pensión del ejército y lo que ahorró en estos años de servicio en los que no gastó casi nada. Podría quedarse allí en la casita de su hermano en la misma calle Telephone, cerca del Tlaquepaque Market, donde había pasado su adolescencia. Fredo, su hermano mayor, se fue a trabajar a un criadero de pollos en Maryland y dejó la casa vacía, así que no tiene que preocuparse por las cosas más básicas. Tiene casa y comida, puede comprarse la ropa que quiere y hasta irse unos días a México a visitar a sus parientes, pero nada lo convence. Intentó evitarlo pero no pudo quitarse de encima el cliché de encontrarse con algunos viejos conocidos del barrio y emborracharse hasta quedar tirado en la calle. Ahora, hace una semana que está sobrio y convencido de que tiene que buscar un trabajo, algo que hacer. Estudiar está fuera de su agenda. «No tiene sentido, no tengo ninguna memoria, qué puedo estudiar si siempre fui un burro acostumbrado a llevar un carro o un fusil», se dice.

El asunto es que está aburrido, a la vez, se siente siempre fatigado y con dolores en todo el cuerpo. Es un cansancio profundo, como si llevara sobre sus hombros el trabajo de todos sus ancestros, y tiene casi tres días que no puede dormir. Unos amigos le recomiendan que vaya al hospital de los veteranos DeBakey, en el *boulevard* Holcombe. «Ahí saben todo, tratan gente que regresa de la guerra desde hace cincuenta años», le dicen. «¿Qué pueden saber de lo que me pasa a mí?», es su respuesta con un tradicional *fucking* en medio. Pero esta mañana Ricky no tiene nada que hacer y quiere ver cómo es el servicio en el hospital por si lo necesita para algo más importante. Llama para pedir una cita y le dicen que vaya en ese momento, que no necesita tener

cita previa. Anotan su nombre y le dicen que lo esperan.

Se sube al viejo Impala que dejó su hermano y sale por la autopista 610. Toma al norte por la 10/288 para bajar en el Old Spanish Trail y llegar al Holcombe. Quince cuadras más adelante aparece el imponente edificio. Su vieja credencial de Afganistán le abre paso a un buen lugar en el estacionamiento.

En la oficina lo atiende una señora que dice llamarse Verna Oliver y que es la jefa de *Returning Services*, una especie de publirrelacionista para recibir a los nuevos excombatientes y darles una pila de papeles con los que deberían ser sus beneficios si necesitaran tratarse allí. Ricky le pide ver a un médico por su cansancio, tiene que esperar casi una hora hasta que una enfermera grita «¡Ramírez!» y un momento después comienza a lanzarle casi un centenar de preguntas del tipo «¿tuvo alguna enfermedad venérea?», «¿tiene antecedentes de epilepsia en su familia?». Ricky que es un buen soldado responde con paciencia y siempre agregando *mom* al final de cada oración, como señal de respeto hacia esta mujer negra, entrada en años y en carnes, que lo interroga. Finalmente lo recibe un médico delgado, alto, de unos cuarenta años, más preocupado de colocar toda la información en la planilla del paciente que tiene en la pantalla de la computadora que de escuchar a Ricky. Finalmente, le hace una revisión de rutina y le da una orden para un análisis de sangre.

– La fatiga es normal; es parte del estrés de combate, va a ir desapareciendo con el tiempo, le voy a dar algo para que pueda dormir.

– Dígame, doctor, ¿y qué hay de todo lo que tomamos en Bagram? Nos dieron muchas píldoras.

– Sí, aquí puedo leerlo en sus antecedentes, no veo nada extraño.

– Dicen que las vitaminas que nos dieron tenían algo para envalentonarnos en el combate…

– No, no tiene ningún sentido.

– ¿Y las vacunas?

– Son vacunas contra diversas enfermedades. Es normal.

– ¿Y las pastillas para prevenir la malaria?

– También, todo normal, no se preocupe. Vaya y descanse, disfrute de la vida civil. Vaya, soldado.

Ricky sabe que no es posible disfrutar como dice el médico. Ha teniendo sueños terribles cada vez que logra dormir un poco y por las mañanas, apenas se levanta, siente un zumbido en los oídos y un fuerte dolor en el pecho. También está permanentemente mal del estómago; si no es acidez, es diarrea o cólicos. Habla con Red Huntington, el colorado irlandés de la unidad que regresó el mismo día que él y le contó que tenía los mismos problemas. «Estos nos dieron algo que nos está matando», le dijo Red.

«No puedo estar enfermo hoy. Esta noche salgo con Many y sus amigas», se

dice para tomar ánimo. Va a estar Aldana Ciernan, la hermana de un compañero de escuela con la que había salido antes de ir al ejército. Many le dijo que Aldana se había casado, tenía una nena de cuatro o cinco años, se había divorciado y estaba buscando un poco de distracción. Ah, y que estaba «más buena que nunca». Se tomó dos aspirinas y se acostó a dormir una siesta. No pasó ni media hora cuando ya estaba despierto nuevamente, con los ojos desorbitados, palpitaciones muy fuertes, y bañado en sudor. Sentía que un enorme bloque de cemento le estaba aplastando el pecho y el zumbido de los oídos no paraba. Se quedó tirado en la cama mirando el cielorraso durante el resto de la tarde hasta que lo llamó Many para confirmarle que se encontrarían en el Molly's del *downtown,* un *pub* irlandés tradicional del centro de la ciudad. Ricky hubiera preferido una can-tina mexicana donde tomarse unas Corona o unas Negra Modelo, que son sus preferidas, pero Many insistió con que los jueves por la noche tienen en el Molly's una oferta de la pinta de cerveza a 2.50 y que «así impresionamos a las viejas en vez de llevarlas a un pinche mexicano». Ricky no dice una palabra de lo que ha sentido esa tarde, ya está recuperado. Le sigue doliendo un poco la cabeza pero sabe que ver a Aldana le va a hacer pasar todo.

Cuando entra al Molly's son apenas las 19:05 y ya puede ver a Many sentado con dos chicas en un asiento acolchado en el fondo, detrás de la barra. De costado aparece la chaparrita y medio güerita por la que vino. En el momento de los saludos, Many le presenta a su chica, María Ignacia, una morena alta, delgada y bonita.

Ricky no le saca los ojos de encima a Aldana quien, a su vez, sigue cada uno de sus movimientos con esos ojazos medio verdosos. Se saludan con dos besos en cada mejilla y una sonrisa de viejos amigos. Aunque Ricky percibe un cierto dejo de reproche en la mirada de la güerita. «Tal vez tenga algo de enojo, me despedí de ella a los apurones y nunca le escribí. Pero bueno, ya pasó mucho tiempo».

Las jarras de cerveza van llegando mientras todos se relajan y pueden decir cosas que si estuvieran absolutamente sobrios no dirían. Por ejemplo, a Ricky se le escapó un «estás más linda que nunca» cuando Aldana venía del baño moviendo sus caderas. Y ella le tiró un «a ti te mejoraron en el ejército» cuando él la miraba medio embobado. Esa noche todo terminó ahí en la puerta del pub. Se dieron un piquito, un beso así de pasada en la boca, y se prometieron llamar en la semana. Al otro día hubo una larga conversación telefónica, el sábado volvieron a verse un rato en el *mall* porque ella tenía que comprarse unos zapatos para una fiesta familiar y el domingo ya fue un *brunch* en un pequeño restaurante de *bagels y muffins* como antesala para ir a *pasar la tarde* a la casa del hermano de Ricky.

A pesar de sentirse extremadamente atraído por Aldana, Ricky no podía sacarse de encima esa sensación de desasosiego, el zumbido en los oídos que

iba y venía constantemente al igual que las imágenes de pesadilla que le pasaban por delante apenas Aldana salía de su registro visual. Y ella lo notaba. Se besaban, se gustaban, se tocaban, pero Ricky permanecía casi todo el tiempo con la mente en otra cosa y a cada rato, cuando lo miraba de lejos o de reojo, aparecía con la mirada perdida.

- ¿Cómo te sientes Ricky?, lanzó ella para intentar entender algo más. Comenzaba a sospechar que estaba ante uno de esos locos de la guerra que aparecen en las películas.
- Bien, bien… Mejor cuando estoy contigo.
- No, me refiero a tu salud. ¿Te sientes bien?
- Sí, sí. A veces estoy un poco mareado y cansado pero es porque todavía no ha pasado mucho tiempo desde que regresé.
- Sí, te noto muy cansado. ¿Por qué no duermes un poco? Yo me quedo aquí, veo una película o algo.
- ¿No te importaría?
- No, todo lo contrario. Mejor que descanses y te sientas bien.

Ricky va directamente a tirarse en la cama y se queda dormido al instante. No pasa ni media hora cuando está otra vez despierto, con el sudor que le baja por las sienes y una mirada de horror. Siente que el pecho y la cabeza le van a estallar en cualquier momento. Por su mente pasan rápidas escenas de una matanza que había presenciado en las afueras de Kabul. Había llegado con su pelotón apenas unos minutos después de que estallara un coche bomba, había cuerpos destrozados y desperdigados por todos lados. Una niña de unos doce años, con su pañuelo de flores aún en la cabeza se retorcía buscando las piernas que había perdido, él había desobedecido la orden de replegarse porque se sospechaba de la existencia de otro gran explosivo y fue a sacar a la niñita para intentar salvarla. Se le murió en los brazos cuando la llevaba hasta el lugar donde estaba el médico del pelotón, se había desangrado en apenas diez minutos.

Todas esas imágenes se le vienen encima y los dolores se hacen cada vez más intensos. «No lo puedo aguantar más, no puedo, me voy a morir, me va a explotar el pecho y la cabeza, voy a volar en pedazos por todos lados», piensa Ricky.

- Nooooooooo,–grita y salta hacia el mueble antiguo que tiene ahí pegado a la cama, abre la gaveta y saca con gran precisión la pistola Beretta que se trajo de Afganistán. Al-dana lo escucha y corre hasta la habitación. Lo que ve es una sucesión de fotogramas de esos que se copian de a miles en las películas de bajo costo; un tipo que toma una pistola, mira con ojos desorbitados, pone el arma en su boca y dispara. Lo que sigue es el grito de horror, la sangre esparcida por la pared blanca del fondo, la cabeza destrozada y el charco de sangre cubriendo ya buena parte de la cama. Aldana sale desesperada a la calle.

– Ayúdenme, por favor, ayúdenme–llora y grita con las manos en la cabeza y con el cuerpo temblando–.

Un vecino que llega de inmediato la acompaña de regreso a la casa. Ella se queda llorando desesperada en el *living* y el hombre entra en la habitación, sale con el celular en la mano llamando al 911. No hay nada que hacer. No se necesita un médico, apenas un policía que constate el suicidio. El *Houston Chronicle* dice al día siguiente que se trató del décimo sexto soldado que se suicida al regresar de la guerra en esa ciudad en los últimos dos años.

Andrea, la hermana de John, llamó a Juan para contarle.

– Daddy, a Ricky Ramírez le pasó lo mismo que a John.

* * * * *

«Para terminar de recolectar todas las evidencias necesito tener algún documento interno del laboratorio. Ellos sabían cuáles eran los efectos de la mefloquina y se lo callaron como hacen todos los laboratorios del mundo», piensa Peirano.

Camina por su oficina con las manos atrás pensando en alguien que conozca Larrochelle por dentro o que pueda encontrar alguna evidencia por ahí cerca, en la industria farmacéutica inter-nacional. Se acuerda de una investigadora suiza con la que trabajó en un caso de contaminación en chocolates.

«Era buena, eso fue como hace diez años pero es muy joven, todavía debe estar en forma. ¿Dónde habré dejado el teléfono? Bueno, ahora tiene que tener algún mail…».

Encontrar a Mylene Hanrié fue muy fácil. Apenas una búsqueda en Facebook y apareció allí su foto, sus 280 amigos virtuales y sus datos. Una búsqueda más en Yahoo francés y encuentra el teléfono de la oficina de Mylene en Berna. Todavía la puede llamar, con la diferencia horaria deben ser alrededor de las cuatro de la tarde. Después de escuchar una grabadora que le indica un número celular para emergencias, Peirano tiene a Mylene al otro lado de la línea.

– Sí, conozco a Pascal Dipier, jefe de la unidad farmacéutica de Larrochelle y me debe un favor. Le voy a pedir los antecedentes de Lariam diciéndole que estoy escribiendo un trabajo para un gobierno africano que, si todo va bien, les podría comprar millones de pastillas, también le diré que necesito todo lo que tenga para hacer algo creíble porque de lo contrario no habrá ninguna compra.

– Ah, sí, es inteligente ir con cierta verdad. Es la mejor técnica para conseguir información.

– Espero enviarte algo la semana que viene en un mail… Pero ya que te tengo en el teléfono ¿te acuerdas de esa investigación de los chocolates

contaminados? Bueno, ahora…

La conversación continúa por otros quince minutos alrededor de si los venenos funcionan mejor en un chocolate amargo o en uno de leche dulce.

Cuando Peirano tiene los documentos en su mano, cinco días más tarde, mueve la cabeza de un lado a otro como hace siempre que tiene una certeza.

«No es mucho pero es suficiente», piensa Peirano.

Los documentos internos de Larrochelle comienzan con la perorata consabida de qué es la malaria y sus consecuencias.

«Lariam fue usada desde 1985 por doce millones de personas en todo el mundo para prevenir la malaria, enfermedad transmitida por la picadura del mosquito, que mata a más de un millón de personas cada año en todo el planeta, y que es la segunda enfermedad infecciosa más letal después de la tuberculosis».

En seguida aparecen las páginas más relevantes; un estudio realizado en 1993 entre una muestra de 145.000 viajeros que tomaron Lariam.

#Reporte XCV618. Resultado de la muestra.

Se hizo un seguimiento de las personas a las que se les recetó Lariam en varios países. La mayoría de las muestras pertenecen a ciudadanos de Estados Unidos que tuvieron como destino África y Asia.

El 13% de los entrevistados dijo haber tenido algún efecto secundario al tomar la droga.

El 6% reportó haber padecido insomnio grave, depresión, desorden bipolar y alucinaciones.

Y otro 7% dice haber tenido severos efectos psiquiátricos como paranoia e intentos de suicidio.

Los efectos más devastadores se produjeron en personas con antecedentes de enfermedades mentales.

Luego, aparece una referencia a otros estudios, uno del CDC, el Centro de Enfermedades Infecciosas de Atlanta, que cifra en apenas un caso cada diez mil las causas de hospitalización o muerte por ingerir la droga.

El siguiente estudio es del Malaria Advisory Committe de Gran Bretaña y asegura que de una muestra de 2.395 personas que tomaron mefloquina, 140 reportaron «problemas severos que les impidieron continuar con sus actividades normales y en algunos casos les produjeron efectos neuropsiquiátricos permanentes».

El último informe es de la Scripps Travel Clinic de La Jolla, en California, y

estima que al menos una de cada cinco personas que ingirió las pastillas contra la malaria padeció efectos secundarios.

Pero no es todo, una investigadora como Mylene Hanrié no se iba a conformar con unos informes oficiales por más devastadores que pudieran resultar. En una larga carta, Mylene le relata su conversación con un «alto jefe de un laboratorio rival que conoce muy bien el tema de la mefloquina».

Querido Peirano,

Me reuní con un buen amigo al que llamaré Clouseau, aunque esté muy alejado del personaje de la Pantera Rosa. Me contó que en su laboratorio hicieron varios trabajos de investigación con la mefloquina cuando buscaban un antidepresivo y las cosas que hallaron fueron tremendas. Me dice que las ratas del laboratorio se volvían completamente locas y que se golpeaban contra los barrotes de las jaulas o atacaban a algún macho para morir de alguna manera. Dice que la mefloquina tiene la particularidad de ser un tipo de droga que va directamente al cerebro, no es como una aspirina que se disuelve en el estómago y pasa a la sangre. Es una droga de efecto directo y cuando llega a una zona cerebral que podría tener algún tipo de afección previa, produce un daño irreversible.

También me contó que si se combina la mefloquina con otro tipo de drogas como los relajantes musculares o los antiácidos, se potencia su efecto.

Clouseau dice que los de Larrochelle sabían de todo esto pero lo ocultaron para poder seguir con el contrato extraordinario que tienen con el Pentágono. Si se les cayera ese contrato, el laboratorio tendría problemas para mantener su filial en Estados Unidos y perdería al menos 50% de su poderío de penetración en los mercados internacionales.

Clouseau dice que si esto explota, van a tener que aparecer los culpables del otro lado que son los que compraron la droga a pesar de que ellos sabían de las graves consecuencias que podían tener en las tropas, y lo sabían, porque fueron ellos quienes la desarrollaron primero. Pero que ahí hay un enorme negocio y que hay muchos prendidos de esa teta.

Espero que te sirva.

Hasta la próxima investigación.

Mylene

* * * * *

– Juan, ¿podrás venir a verme este fin de semana? Te espero en el

laboratorio. Me encuentras seguro a cualquier hora del día o de la noche. No me puedo tomar ni un respiro estoy haciendo un trabajo que necesita de cambios de muestras cada tres o cuatro horas. Estoy durmiendo aquí estos días.

Juan, ahora pasajero frecuente, toma el vuelo de la mañana en el aeropuerto O'Hare de Chicago y antes del mediodía ya está instalado en el laboratorio del MIT, en Boston, esperando la respuesta de Peirano.

– Todo indica, Juan, que a tu hijo lo mató el propio ejército.

– ¿Cómo?

– Con la droga contra la malaria, la mefloquina.

Peirano tiene una pila de papeles en frente suyo para apuntalar la historia y hasta le podría hacer a Juan una demostración en 3D de cómo la droga actúa directamente en el cerebro; pero sabe que con un tipo simple y directo como Juan es mejor mirarlo a los ojos y contarle lo que sabe.

– ¿Se la pusieron a propósito?

– No, se la dieron como a otros miles. El problema es que a John le administraron la mefloquina con antiácidos y relajantes musculares, una combinación letal. Producen una reacción química muy fuerte y todas las evidencias indican que la mefloquina produce alucinaciones y desequilibrios mentales que lo indujeron al suicidio.

– ¿Cómo pudo suceder?

– A causa de esa droga, John veía cosas que no eran. Sentía dolores en el pecho y el estómago que en realidad no tenía pero que eran psicosomáticos. Estaban instalados en su cerebro y en el momento, que toma la tercera dosis de la pastilla en tres semanas seguidas, en 10% o 20% de las personas que la consumen se produce un quiebre. La droga actúa directamente en una parte del cerebro y la persona no encuentra ninguna otra salida, la alucinación los lleva al suicidio. Esa es la razón por la que John se pegó un tiro.

– Hijos de puta, reverendos hijos de puta.

– Eso ya lo sabemos. Ahora, Juan, ¿qué hacemos para que el Pentágono no siga matando a sus soldados con esta droga?

07
Usted hermano argentino, me hizo ver

– Yo no sé. ¡Pero usted tiene que saber!… Ya le pagué mucho dinero, ahora tenemos que llevar a juicio al laboratorio. Los de Larrochelle tienen que pagar por lo que le hicieron a mi hijo.

Juan corta ofuscado. El abogado lo pone de mal humor, no sabe por qué pero no termina de confiar en él. Pareciera que es el hombre indicado porque tiene conocimiento de leyes civiles y militares, pero no tiene iniciativa. Este es un caso que necesita de alguien que no sólo sea un profesional sino también un militante y el abogado sólo ejerce en forma mediocre su profesión. Para quitarse de encima este enojo que siente, Juan va a sacar fotocopias de todos los papeles que le envió Peirano.

Juan saca copias para enviar a los periodistas que fue conociendo en el camino; primero está una reportera del *Washington Post* que conoce de las manifestaciones frente a la Casa Blanca y el Pentágono. Tiene suerte, a la reportera Karen Lindsey la nombraron jefa de la oficina en Chicago. La tiene cerca para enviarle los materiales, llamarla seguido por teléfono o ir a verla cada tanto si anda por el centro y tiene alguna novedad.

Ninguno de los dos grandes diarios, ni *The New York Times* ni *The Washington Post,* han publicado nada hasta ahora sobre las consecuencias de consumir mefloquina y la incidencia en los suicidios de los soldados. Tiene que convencer a Karen para que escriba sobre el caso. La llama y se encuentran en un pequeño restaurante chino de la calle LaSalle y Juan le entrega una bolsa con más de trescientas fotocopias.

– Ahora, lo que busco es que no mueran más chicos por esta mierda que les dan–le dice Juan mientras lucha con los palitos para comer su *chow mein* de camarones–.

– Vamos a ver si logro convencer a mi editor. La historia es muy fuerte, la voy a tratar de vender por el lado humano… Una familia que busca la verdad sobre la muerte de su hijo… Algo así–es la respuesta de la periodista–.

Karen es una mujer de unos cuarenta años, pelo rubio hasta los hombros, de figura armoniosa, con dos hijos de cinco y tres años, que lucha junto a su marido para que a él le den también el traslado de la compañía en la que trabaja y comenzar así una nueva vida en una casa por la zona de Jackson Park, detrás de la Universidad de Chicago. Ya consiguió a una chica mexicana que le cuida a los niños cuando regresan del preescolar y se encarga de ellos hasta la cena. Esta noche, una vez que acueste a los niños, tendrá que empezar a leer todo lo que le dejó Juan y revisar sus anotaciones. Es martes y si todo va bien, la de John es una buena historia para publicar el domingo; coincide con el Día de la Raza, el descubrimiento de América, y habrá desfiles en todas las grandes ciudades con población hispana. En Nueva York, las carrozas avanzarán por la Quinta Avenida y don Francisco, el popular presentador chileno de Sábado Gigante de la cadena Univisión, será el gran homenajeado. Al desfile de Chicago, viene otro personaje de Univisión, es Jorge Ramos, el presentador del noticiero desde hace 25 años, el periodista hispano más influyente de Estados Unidos. «Un buen día para hablar de lo que les pasa a los hispanos que deciden integrarse total-mente y enrolarse en el ejército. Ese es un buen ángulo, mi editor lo va a comprar», piensa Karen mientras termina de murmurar la canción de cuna que recuerda del CD de Linda Ronstadt, la cantante de origen mexicano, que hizo un precioso álbum con canciones tradicionales de rock en versión infantil. En ese momento también le viene a la mente la cara desesperada de Juan y lo entiende profundamente, encienda la luz y se le caen unas lágrimas. Es el momento preciso para escribir, hay que escribir con el alma abierta.

El *Post* del domingo que llega a todos los que viven en el área alrededor de Washington–y entre éstos a todos los políticos y militares, a los hombres y mujeres más influyentes del país–hace atragantar el *bagel* a más de uno. El editor se cuidó mucho titulando en forma anodina pero segura: «La familia culpa del suicidio de un soldado a una droga contra la malaria» y va acompañado de una foto de John y su madre, abrazados, frente a la entrada de su unidad el día en que se iba a Afganistán por primera vez, es absolutamente conmovedora. En el texto aparece Juan diciendo lo que quiere que se oiga: «La historia de mi hijo puede salvar muchas vidas».

Al día siguiente, Juan tiene una docena de reporteros locales en la sala de su casa y esa misma semana llegan familias enteras de diferentes partes del país que lo vienen a ver porque sus hijos murieron en circunstancias similares.

– Juan, usted me trajo la primera explicación lógica del suicidio de mi hijo, no podía entender cómo él se había querido matar después de sobrevivir a tantos horrores en Bagdad, era un muchacho que amaba la vida. Lo único que me decía era, papá vamos a hacer nuestra propia compañía de construcción. Termino aquí en poco tiempo y voy a ayudarte, vamos a tener nuestra propia empresa. Será pequeña y vamos a tener que trabajar mucho pero saldremos adelante. Me decía, papá te quiero mucho y te

aseguro que todos nuestros sacrificios van a rendir fruto,–le cuenta Lalo Armendáriz, un mexicano grandote y bonachón que perdió a su hijo cuando le faltaban apenas 22 días para regresar de Irak–.

– Si hubiera muerto en combate, lo hubiera entendido; pero que se suicidara no es lógico. Ahora, usted Juan, me dio la única explicación lógica. Mi otro hijo, de veinte años, me está llamando desesperado desde Zihuatanejo en México, de donde somos originarios, dice que quiere venir para vengar la muerte de su hermano. Yo le digo que se quede ahora ahí, que no vaya a ser que lo manden a pelear a él también. Basta, ya dimos mucha sangre, usted hermano argentino, me hizo ver–,sigue Lalo Armendáriz mientras le agarra la mano a su mujer Ernestina y le hace aguar los ojos a Juan que ya está casi seco de tanto llorar–.

* * * * *

«¡Qué bueno, Juan, éste es azul! Voy a guardarlo. Ya tengo una colección.», dice Ann mirándose el precinto de plástico que le sujeta las manos. Están los dos en la sala de espera de la estación de policía de la calle E, no muy lejos de la Casa Blanca donde encabezaron una nueva manifestación contra la guerra. Juan sonríe sin muchas ganas. Está cansado de terminar cada protesta como si fuera un criminal. Además, cuando lo subieron a la camioneta, lo estrellaron contra una de las barandas de metal y se lastimó las costillas. Ann está más curtida; es Ann Wright, ex coronel del ejército estadounidense, ex funcionaria de alto rango del Departamento de Estado y una de las tres personas que renunciaron a su puesto en el gobierno estadounidense por no estar de acuerdo con la invasión a Irak. Desde entonces participa en todas las manifestaciones posibles contra la administración Bush y se ha hecho amiga de Juan. «No te preocupes, Juancito. La semana que viene vamos otra vez al Pentágono para que dejen de maltratar a nuestros soldados. ¿Sabes que yo tomé mucho esa pastilla contra la malaria cuando estuve en Somalia y Sierra Leona? Por suerte no sufrí efectos psiquiátricos… Debe ser porque yo ya estaba loca… ja, ja, ja, ja…Vamos Juan, sonríe un poco que estos son apenas gajes del oficio».

Dos horas más tarde Ann y Juan quedan en libertad. Ella tiene en la mano el pedazo de plástico que conservó cuando el oficial se los cortó con una tijera enorme que guardan en la estación de policía en la misma vitrina que las armas largas. Deciden caminar hacia el Capitol Hill, allí a tres cuadras del Congreso está la casa de George Klements, un activista millonario que da refugio a todas las personalidades que llegan a la capital estadounidense a luchar por alguna causa que él considere justa. Ann y Juan siempre tienen allí un cuarto donde quedarse. Cruzan el parque por la Ellipse Road, pasan la 14 y desembocan en Pennsylvania Avenue, luego irán por la C hasta detrás del Capitolio. Klements los estará esperando con un té bien servido, como siempre acostumbra. La caminata es una buena oportunidad para que Ann le cuente a Juan su historia.

– Imagínate, Juan, que yo era una típica chiquita de un pueblo conservador de Arkansas. En Bentonville no había hippies, allí seguíamos el legado familiar. Fui a la Universidad de Arkansas y me convertí en abogada pero en la familia había varios militares. Mis hermanos estaban en el servicio y a mí me dio por entrar al US Naval War College en Newport, Rhode Island. Mi madre estaba indignada. Ella creía que yo tenía que conseguirme un buen marido y tener varios hijos, vivir en Bentonville o cualquier otro pueblo de la zona y, a lo sumo, ejercer como abogada, pero unas pocas horas al día. En cambio, a mí me interesaban los temas de política internacional y de seguridad nacional, me especialicé en temas de reconstrucción.

– ¿Reconstrucción, una vez que invadieron?–pregunta Juan con algo de sorna–.

– Sí, algo así. Yo participé en la elaboración de un plan de contingencia para la reconstrucción de diferentes países que estaban entonces en una lista de posibles centros de conflicto, donde, por supuesto, estaba Irak. Habíamos estudiado detenidamente todas las tribus; las tensiones entre chiíes y suníes; las tendencias dentro del partido de gobierno, el Baas; a los amigos y enemigos de Saddam Hussein y sus hijos. Todo. Teníamos un buen plan, había que trabajar con la gente del partido, con el ejército, con los consejos de ancianos en el campo… Bueno, todo lo que no se hizo. Hicieron todo al revés de lo que teníamos planificado y eso es culpa total de Rumsfeld. Él desbarató todo en el Pentágono; él y Chenney, el vicepresidente.

– ¿Y eso fue antes o después de irte al Departamento de Estado?

– No, antes. En el 87, cuando ya tenía como 13 años en el ejército, pedí una licencia para ir al Foreign Service. Me nombraron subjefa de misiones, tenía que ayudar a abrir o cerrar misiones diplomáticas por el mundo, estuve en Sierra Leona donde cerramos y después reabrimos la embajada. También en Somalia, donde nos fue muy mal y tuvimos que salir corriendo por culpa de malas decisiones. Se les ocurrió bombardear las posiciones de Mohamed Farrah Aidid y todo se nos vino encima. Fue ahí donde empezaron mis problemas…

– ¿Qué pasó? ¿Estuviste en los combates?

– No, no. Ya no estaba de uniforme pero hice saber a todos mi desacuerdo con lo que estaban haciendo. Me empezaron a mirar con sospecha. «¿Cómo se le ocurre a esta coronela oponerse a una acción militar?», decían. «¿De dónde la sacaron? ¿La trajeron los extraterrestres?» Todo eso se preguntaban y hasta lo decían estando yo presente en las reuniones.

– Ahhh, ya eras una rebelde sin remedio.

– Sí, pero con causa. Después, con los ataques del 11 de septiembre de 2001, decidí callarme. Me parecía que no era el momento de oponerse a nada, que había que luchar todos juntos por el país porque la patria estaba

en peligro.

– ¿Y por qué hablaste, entonces?

– Porque no aguanté. Cuando vi que estaban inventando todo para justificar la invasión a Irak, me volví loca. Hasta ese momento me había parecido que estaba bien ir a buscar a los que cometieron los atentados. Había que intervenir en Afganistán y terminar con ese centro de terrorismo. Pero lo de Irak me parecía una estupidez muy grande. El día que ya no había marcha atrás, cuando estaban por empezar los bombardeos a Bagdad, renuncié. Le mandé una carta al secretario Colin Powell, que era un tipo que yo conocía y confiaba en él, me parecía que era inteligente y creía que no iba a permitir una cosa así.

– ¿Y se lo dijiste a la cara?

– No, no se llega así nada más a un secretario de Estado; sin embargo, sí lo había hablado con gente muy cercana a él, pensaba que había que trabajar en un contexto político más amplio, que si no acercábamos a Israel y Palestina, no íbamos a tener el clima de cooperación que necesitábamos con los otros países árabes. Lo puse todo en una carta.

– ¿Se la mandaste a Powell directamente?

– Sí y al otro día la puse en Internet, ahí empezó un camino sin retorno.

– ¿Estabas a favor de que hubiera una resolución de Naciones Unidas para atacar Irak?

– Sí, creía que se necesitaba el paraguas del Consejo de Seguridad, que sin eso íbamos a quedar muy solos. También veía que se estaban coartando las libertades civiles en Estados Unidos con la excusa de la guerra antiterrorista y eso me ponía muy mal. En fin, fuimos tres funcionarios que presentamos la renuncia ese día, yo no conocía a los otros dos ni tenía idea de que iban a renunciar. Me alegré mucho cuando supe que al menos no era la única que pensaba que estábamos metiéndonos en otro pantano como el de Vietnam. Y mira lo que sucedió, exactamente eso.

Sin darse cuenta ya están en la puerta de esa casa de piedra, de tres pisos, con una escalera a la puerta central y otra de bajada al sótano, construida hace más de 150 años, típica del Capitol Hill, donde Klements los espera con una bandeja repleta de *scones* que la mucama nicaragüense cocinó esa misma mañana.

* * * * *

Al día siguiente, muy temprano, Juan se encuentra con el abogado Bob Stoneface. No lo conoce pero se lo recomendaron varios líderes de organizaciones que luchan por los derechos de los soldados y aseguran que es el mejor. Su principal problema ahora es que no entiende cómo no se puede hacer nada para iniciar una acción contra el Pentágono.

– Por la ley militar y el contrato que firmó su hijo es imposible iniciar algún

tipo de acción contra el ejército. Necesitaríamos señalar a un culpable e ir contra él o ella en un juicio civil pero eso también es casi imposible de ganar, y si pedimos una investigación interna van a darnos vuelta como lo están haciendo hasta ahora. Lo único que nos queda es intentar un juicio contra el laboratorio que fabricó la droga, Larrochelle.

– Pero este es el país de los juicios. Si me caigo en la puerta de una gran corporación porque no limpiaron bien la nieve o si me quemo con el café en un McDonald's les puedo hacer un juicio que los deje patas para arriba, pero al Pentágono, no. ¡Son unos hijos de puta!

– Puede ser, pero esa es la ley.

– Entonces, me van a tener que aguantar.

Juan llama al celular de Ann y le pide que lo acompañe a manifestarse en la puerta del Pentágono. Mientras habla se ima-gina la cara del jefe de la guardia que lo verá una vez más por ahí y se le dibuja una sonrisa socarrona. Se encuentran en un Starbucks de la esquina de la estación del metro para preparar los carteles, a Ann se le ocurre una consigna. Los estadounidenses no tienen ninguna imaginación para sus protestas y mucho menos para los cánticos de canchas de fútbol, pero esta vez suena bien, es corto y parece efectivo.

«Hehey, hehoy, stop with the drugs that kills our boys! Hehey, hehoy…!» Los dos se ponen a caminar frente a la puerta principal ante la mirada entre indiferente y contrariada de cientos de militares que entran y salen.

– ¿Otra vez por acá, señor Torres?–le pregunta el jefe de la guardia, el mismo coronel de siempre y que ya lo conoce perfectamente–.

– Otra vez y mil veces, ahora ya sé porqué murió mi hijo. Me lo mataron ustedes con una droga contra la malaria, quiero que no se la den a ningún otro chico, no pueden seguir matando a sus soldados.

– Nosotros no matamos a nuestros soldados–dice el coronel con la cara roja como una nariz de payaso–.

– ¡Sí, ustedes los matan! Basta de darles Lariam, basta de esa droga, de la mefloquina que los hace suicidarse.

– Por favor, señor Torres no diga eso. Antes nos acusaba de ser narcotraficantes, ahora de matar a nuestros muchachos con una droga. No siga inventando.

– No invento. Lo dicen sus médicos, los de acá, los del ejército. Ustedes lo admitieron, ahora se tienen que atener a las consecuencias.

La consecuencia es siempre la misma. Diez minutos más tarde Ann y Juan están ya en un patrullero de la policía rumbo a la estación de Pentagon City. Ann tiene un precinto color rojo que le sostiene las manos y que son los que ahora usa la policía en vez de las esposas de metal. Sonríe.

– Creo que con este rojo ya completo la colección, dice mirando hacia

afuera del auto y viendo como el Sol cae sobre el helado Río Potomac.

* * * * *

Las buenas noticias ocupan poco espacio. El comunicado del ejército firmado por su máxima autoridad médica aparece esa fría mañana del 2 de febrero de 2009 en unas pocas columnas de algunos diarios estadounidenses. Muy pocos editores tienen idea del caso, es muy difícil dimensionar la importancia de lo que el teniente general Eric B. Schoomaker, *surgeon general* de la US Army, está diciendo en este comunicado lanzado desde su oficina del elegante barrio de Falls Church, en Virginia, no muy lejos del Pentágono. A Juan le llega por medio de las redes sociales, el documentalista se lo envía desde Los Ángeles y lo lee con los ojos nublados por las lágrimas.

«El ejército dio nuevas instrucciones a sus médicos para combatir la malaria que afecta a los soldados en Afganistán e Irak. A partir de ahora, la droga "de preferencia" para ese uso será la doxiciclina (un antibiótico de uso bastante gene-ralizado) en vez de la mefloquina que se venía usando hasta ahora y que había provocado graves complicaciones a la tropa», dice el primer párrafo de la nota publicada por un diario de San Francisco.

El documento original con el membrete del Departamento de Defensa es mucho más formal y la buena noticia recién aparece en la segunda página. Se trata de un memorándum enviado por el teniente general Schoomaker para «el uso de la mefloquina (Lariam) como profilaxis de la malaria».

> En las áreas–particularmente en África y América La-tina–en las que se registra un tipo de malaria resistente a la medicina tradicional, la chloroquina, 100mg de doxiciclina por día o 250mg de mefloquina (Lariam) por semana, está probado que son efectivas como profilaxis contra la enfermedad. Sin embargo, en las zonas donde se compruebe que tanto una como la otra son efectivas, la doxiciclina será la droga de preferencia. La mefloquina sólo será usada en pacientes que registren contraindicaciones a la doxiciclina. La mefloquina no se debe administrar de ninguna manera a personal que haya sufrido traumatismo cerebral.
>
> La mefloquina se ha utilizado en forma exitosa en la prevención y el combate de la malaria, pero no se debe administrar a pacientes con desórdenes emocionales. Puede causar síntomas psiquiátricos. Algunos de éstos síntomas pueden ser: ansiedad, depresión, alucinaciones y brotes psicóticos. Aunque en pocos casos, estos síntomas continuaron una vez que se dejó de administrar la mefloquina. Y si bien son aislados, se registraron casos de intento de suicidio o suicidio, aunque aún no hay un registro preciso.
>
> El personal medicado con mefloquina debe ser avisado de todos estos

posibles síntomas y se le deben hacer chequeos permanentes sobre los posibles efectos de la droga.

Juan termina de leer y llora sin intentar contenerse por primera vez desde que estuvo frente al cajón de John en la funeraria de Houston. Llora en soledad, como sólo se permiten llorar libremente los hombres latinoamericanos de su generación. Está sentado en la mesa alargada de la modesta sala de su casa de Chicago, las lágrimas mojan los documentos que tiene delante, no le importa para nada. Ya no necesita escudriñar ningún documento más. Finalmente, después de cinco largos años de lucha permanente y un titánico esfuerzo físico y mental parece haber ganado la batalla. Ya no morirán más chicos como tuvo que morir John, ya no habrá más víctimas de esa droga proporcionada por el ejército a sus soldados. Y lo logró él, un pobre inmigrante de la provincia argentina de Córdoba que se enfrentó a la maquinaria bélica más poderosa de la Tierra, y le ganó. Una victoria que tiene que saborear ahí, solo, en su pequeña casa, sin ceremonias especiales ni condecoraciones. Juan es un héroe de bolsillo, un guerrero solitario. Venció y ahora sólo le queda envainar la espada y seguir cabalgando.

* * * * *

El abogado Bob Stoneface abrió casi con desesperación la caja de chocolates Sprungli que le habían dejado sobre la cama. No tenía hambre. En la primera clase de Air France, donde viajó, se come muy bien pero es un desesperado por los chocolates y sabe que los Sprungli son de los mejores del mundo. Es apenas un pequeño presente que marca la atención que le van a dar en estos tres días de indulgencia, negocios y sorpresas que tiene por delante en Zúrich. El hotel es espléndido, el glamoroso Glarnischhof con sus toldos azules sobre la Claridenstrasse, en pleno corazón de la zona financiera y a pocas cuadras del lago, es el marco perfecto para este encuentro propuesto por los abogados del laboratorio Larrochelle, los fabricantes de Lariam y algunos de los productos más populares para los hipocondríacos.

Es media mañana y aún tiene tiempo de darse una ducha y dormir una pequeña siesta antes de almorzar a las 12:30 en un restaurante que, de acuerdo con las indicaciones de las secretarias que completaron todos los detalles, se encuentra apenas a la vuelta del hotel. Stoneface está muy acostumbrado a este tipo de encuentros, son totalmente comunes en Estados Unidos. Se trata de reuniones entre colegas en las que se intentan resolver disputas por millones de dólares de una forma sencilla y alejada de cualquier sentimiento personal. Están allí para pasarla bien mientras dirimen un asunto en nombre de compañías o personas, no se trata de ellos.

En este caso, Stoneface llega en una misión algo diferente. No le dijo nada a su cliente, Juan Torres, acerca del viaje ni tiene ninguna instrucción específica para llegar a ningún acuerdo. Sabe que habrá una oferta y que está ahí para

escucharla. «No tengo nada que perder», se dice el abogado mientras se afeita.

El despertador suena a las doce del mediodía cuando Stone-face duerme profundamente. Se da una ducha rápida, se pone su mejor traje gris oscuro y se ajusta la corbata azul a rayas blancas y celestes que destaca sobre su camisa blanca. Al salir del hotel el conserje lo saluda por su nombre, es una costumbre del Glarnischhof. Los empleados deben recordar las caras y los apellidos de todos los huéspedes. Stoneface sigue el mapita que le enviaron desde las oficinas de Larrochelle y dobla por la Gotthardestrasse, a media cuadra está el restaurante de especialidades suizas. Son las 12:30 en punto. Apenas da su nombre, el maître lo conduce a una mesa en el fondo del salón donde ya están sentados dos hombres de mediana edad, también con trajes grises. Las presentaciones son de rigor, incluso intercambian tarjetas. Uno es el jefe de la oficina local de una firma legal importante, le pide a Stonface que lo llame François. El otro es un poco más joven y dice llamarse André, no importan mucho los nombres. Son los abogados de uno de los laboratorios médicos más grandes del mundo. La conversación comienza como siempre, sobre el viaje, el hotel, el vino que van a pedir, los platos, alguna referencia a sus estudios y a que firmas representan. Recién cuando viene el primer plato con unos fiambres ahumados de los Alpes, François, que parece ser el jefe, se anima a hablar del asunto que los une en este momento, en este lugar.

– Bob, le pedimos que viniera porque creemos que podríamos llegar a un acuerdo satisfactorio acerca de la demanda que presentó en Washington. Creemos que es una causa que podríamos ganar fácilmente escudándonos en el hecho de que nosotros fabricábamos una medicina a pe-dido del Departamento de Defensa estadounidense. No tenemos responsabilidad en cualquier daño que pueda producir esa droga en los soldados. Pero no nos gustaría que esto fuera un proceso prolongado que termine ventilándose en la prensa, eso no nos haría perder el juicio pero no ayudaría a nuestra imagen a nivel internacional.

– Gracias, François, por su honestidad en el planteamiento –interrumpe con elegancia Stoneface–.

– Bueno, para eso es que queríamos vernos frente a frente y es por eso que lo invitamos a que conozca nuestra ciudad.

– Sí, claro.–Con esa misma honestidad le digo que su cliente… ¿Cómo se llama?

– Juan Torres, dice André de inmediato y con un acento muy español en la pronunciación. Se nota claramente que es él quien lleva el caso y conoce los detalles.

– Sí, Torres, claro. Le decía que su cliente no podría de ninguna manera tener éxito en un juicio como este en el largo plazo. Claro que para que todo sea preciso deberíamos alargar el proceso apenas dos meses y nadie tendría ninguna molestia más, la demanda quedaría sin efecto.

– ¿De qué me está hablando?

– Como usted sabe, Stoneface, la ley estadounidense indica que la demanda debe hacerse en un tiempo deter-minado después del hecho que la genera.

– ¿Habla de las restricciones de dos o tres años de acuerdo con cada estado como límite para iniciar un juicio de este tipo?

– Claro.

– Pero eso depende no de la fecha del suicidio sino de la entrega de las evidencias. No podíamos comenzar un proceso si no teníamos esa información.

– Precisamente.

André saca de su attaché el documento de nueve páginas del informe psiquiátrico firmado por el mayor Robert Ensley. Tiene la fecha del 23 de junio de 2005, casi un año después de la muerte de John. A esta altura faltan menos de dos meses para que se cumpla el plazo máximo de tres años en los que se puede interponer la demanda en los tribunales de Washington.

– Bob, usted presentó la demanda en la corte del Distrito Federal. Pero cometió un error, debió haberlo hecho en el estado de Massachusetts, que es donde usted tiene licencia. El detalle es que el plazo que da su estado para iniciar un juicio de este tipo es de dos años, al igual que el de Illinois que es donde vive su cliente. Y ese plazo ya pasó. A pesar de eso, usted podría contratar a algún colega en Washington y continuar la demanda allí. Pero esto le traería muchas complicaciones, entre otras cosas debería dividir sus honorarios. ¿Me sigue Bob?

– Sí, claro–alcanza a decir Stoneface que está pálido y sin aliento–.

– Bueno, entonces, usted pareciera haber tenido algún lapsus de memoria con las fechas y se podría haber cometido algún error irreparable. Pero hay una solución honorable para usted y nosotros.

– Dígame.

– Le proponemos que demore sesenta días más la entrega de los últimos papeles para que expire el plazo también en Washington, de esa manera se tapa el descuido inicial y no hay juicio.

– Me está proponiendo que traicione a mi cliente.

– No, Bob. Le estamos proponiendo que salve su reputación…Y que se gane, de paso, algunos dólares que de otra manera no obtendría.

– ¿De qué me está hablando?

– De que si no hay demanda usted perderá una cantidad de dinero y que nosotros estamos dispuestos a recompensarlo por eso.

– ¿Recompensarme?

– Sí, por lo que no va a percibir representando a su cliente… Más los gastos… Más algún dinero extra por todas sus molestias.

– ¿Y cuánto sumaría todo?–pregunta Stoneface con algo de sorna–.

– Bueno, podríamos hablar de algo así como medio millón de dólares.

Stoneface toma un trago del carísimo vino francés que habían servido y dice dubitativo en voz baja:

– Déjeme pensarlo.

– Por supuesto, para eso tiene los siguientes tres días. Piénselo mientras pasea un poco por Zúrich y disfruta del paisaje.

El resto del almuerzo transcurrió por carriles de una enorme hipocresía. Después de semejante charla es imposible hablar de cualquier otra cosa pero estos tres hombres están acostumbrados a hacerlo. Conversan sobre las aguas suizas que están entrando envasadas cada vez con mayor éxito al mercado estadounidense.

Cuando Stoneface regresa al hotel, sobre su cama encuentra un nuevo regalo. Esta vez, de mayor envergadura. Al abrir la bolsa blanca y negra se encuentra con una caja color gris tungsteno y en su interior un magnífico reloj deportivo Breitling Chronospace Automatic, especial para la navegación aérea. En la bolsa también aparece una tarjeta que dice *Merci, c'était un excellent déjeuner*. Firmado: François y André.

* * * * *

– Hay al menos diez preguntas que ustedes tienen que hacer a cualquier reclutador antes de tomar una decisión, dice Juan ante una audiencia de treinta chicos de unos 17 años, juniors del grado 11 de la escuela del barrio mexicano de Pilsen, en el Lower West Side de Chicago. Lo escuchan con una atención inusitada. Por lo general están distraídos, bromeando entre ellos, revisando sus teléfonos móviles o enviando mensajitos. Pero lo que escuchan tiene que ver con lo que estos mexicanos, más allá de qué lado de la frontera hayan nacido, están pensando en los últimos meses. Es muy probable que muchos de ellos estén vistiendo un uniforme militar en pocos meses.

– La primera pregunta y más importante es ¿por cuánto tiempo es realmente mi contrato de alistamiento? Fíjense en la letra pequeña. Van a ver que en las páginas de más adelante, cuando ya están aburridos de leer, dice algo sobre el tiempo en que tienen que estar en el ejército, explica Juan mientras le pasa por la cabeza la imagen del contrato que firmó el Cabezón «por un año» y terminaron siendo ocho.

Después tienen que preguntar, ¿las fuerzas armadas pueden forzarme a que me quede más tiempo de lo que especifica el contrato? Porque ahí abajo también puede decir que si se de-clara una guerra o algo así, el presidente puede decretar que todos los que están alistados se deben quedar varios años más.

También tienen que saber muy bien cuánto les van a pagar y cómo lo van a

cobrar. Porque muchas veces sucede que no pagan hasta que se termina el servicio.

Y algo muy importante, tienen que saber si ese contrato les garantiza ir a la universidad. Muchas veces te dicen que sí, que vas a poder seguir estudiando pero después siempre hay una necesidad superior del ejército o un decreto del presidente y nunca obtenés el permiso para ir a estudiar.

Juan consulta una planilla amarilla que siempre lleva para las charlas en las escuelas donde tiene 17 preguntas básicas para hacer a los reclutadores y sus respuestas. Es una guía elaborada por el American Friends Service Committee de Filadelfia que lo ayuda a ordenar sus ideas.

– Otra pregunta que le deben hacer es ¿puedo renunciar si cambio de opinión o si me envían a una división a hacer un trabajo que no quiero hacer? Y ahí tienen que tener también mucho cuidado porque un soldado raso no puede renunciar una vez que firmó el contrato y se alistó, y las fuerzas armadas pueden enviar a los soldados a cualquier división donde necesiten gente. No es que se pueda elegir así porque sí; se puede pedir ir a un entrenamiento específico para una tarea y si se pasan los exámenes en ese momento pueden ser enviados a hacer un trabajo específico. Lo cual no sucede antes de dos o tres años de servicio.

Los chicos toman nota de cada pregunta en un cuaderno como si estuvieran ante una clase de química o matemáticas, con la diferencia de que hoy lo hacen con mayor atención. Especial-mente, una chica de cara redonda, pelo corto renegrido, con varios tatuajes en los brazos, que masca chicle con la boca abierta.

– Y para que no los tome luego por sorpresa, deben también preguntar qué sucederá si un oficial les da una orden que ustedes consideren que es ilegal.

– ¿Y cuál puede ser una orden ilegal?, pregunta la chica de cara redonda. Un chaparrito de ojos achinados color almendra asiente como si él hubiera estado cuestionán-dose lo mismo.

Juan da vuelta la planilla amarilla que tiene en la mano y busca la respuesta número 13. Lee: «el entrenamiento militar está designado para moldear a los miembros del servicio que responden a las órdenes sin pensar. Por supuesto, si crees que una orden es ilegal tienes la obligación de rehusarte a seguirla». Se produce un silencio. Todas las caras ahora están sobre Juan esperando un comentario más específico. Él lo sabe y se lanza con lo más concreto que le viene a la mente: «Por ejemplo, si te mandan a matar a un civil inocente, o si te obligan a torturar a alguien, eso es ilegal y vos te podés rehusar a hacerlo. También en otros casos, por ejemplo si te dan una droga contra la malaria que sabés que te puede hacer mal, ahí también te podés rehusar a cumplir la orden y no la tenés que tomar», dice Juan mientras sus ojos se le van aguando y la

garganta se le cierra.

El silencio es total en la clase, nadie se atreve a decir nada más, comprenden que se trata del dolor de un padre. Esperan a que Juan se reponga.

– Y ahora, dos cuestiones también importantes. La primera es que tienen que saber en qué consiste el estrés postraumático y la segunda que pregunten si van a recibir alguna compensación si se quedan incapacitados permanentemente en la guerra.
– Señor Torres, dice un flaquito y alto, con unos incipientes bigotes, que asoma la cabeza desde el fondo del salón. ¿Qué es el estrés postraumático?

Juan vuelve a leer la respuesta a la pregunta 14: «el desorden de estrés postraumático o PTSD es una severa aflicción de salud mental que se desarrolla cuando uno experimenta u observa un evento traumático, tal como el combate o los efectos del combate. Pesadillas, depresión y la inhabilidad de pensar bien son algunos de los síntomas».

Una vez más el silencio es absoluto. Entonces Juan pregunta quién piensa en enrolarse en el ejército. Hay dudas, después de unos minutos uno a uno van confesando que al menos lo están pensando. Pero también dicen que ahora, después de la charla, lo pensarán con mucho más cuidado.

Al terminar la clase, la chica de la cara redonda se acerca a Juan.

– Señor Torres, ¿cómo puedo convencer a mi hermano de que no vaya a la guerra?
– Bueno, se podría empezar por algunas de estas preguntas.
– Mi hermano mayor está hablando con unos *recruiters* del Army y se quiere ir a Irak. Dice que es para ayudarnos a nosotros, a mi mamá que es viuda. Yo le digo que lo van a matar y que muerto no va a ayudar a nadie, pero él dice que no importa si está vivo o muerto porque igual le van a dar la pensión a mi mamá. Y a mi me parece que es estúpido que lo maten. Mi mamá prefiere ser pobre a quedarse sin un hijo.

Juan le da unos cuántos folletos que tiene en la mano.

– Aquí tenés unos números de teléfono y una dirección de Internet donde hay mucha información, ellos te van a poder ayudar. Tienen abogados y psicólogos que te pueden ayudar.

La chica se va más preocupada que nunca. Juan da la vuelta por uno de los pasillos de la escuela y sale por una puerta trasera que da al estacionamiento. Cuando está por llegar a su auto, aparecen de la nada tres tipos enormes con uniforme militar, son marines. Llevan chaquetas verde oscuro y boinas negras; uno es blanco, el otro negro y el tercero parece ser hispano. Aparentan tener menos de treinta años.

– ¿Usted es Juan Torres?–pregunta uno de los tipos con cara de bulldog que

lleva en el uniforme una pequeña chapa con el nombre J. E. Epstein–.

– Sí.

– ¿Por qué está hablando mal de nosotros a los chicos de la escuela?

– Yo no los conozco, así que es imposible que pudiera hablar de ustedes.

– Sí, usted habla en contra de los recruiters.

– Ah, eso es otra cosa. Y no hablo mal de los recruiters en particular, sino de cómo engañan a los chicos.

– Nosotros no engañamos a nadie.

– Unos como ustedes engañaron a mi hijo.

– Sabemos de la desgracia de su hijo, señor Torres, pero eso no le da el derecho de difamarnos en las escuelas.

– Yo sólo doy charlas a los chicos para que sepan en qué se meten. Después, si ellos quieren enrolarse es problema de ellos.

– Usted es un antipatriota, lanza el hispano que lleva en la chaqueta el nombre de H. Garrido.

– ¿Por qué decís que soy antipatriota? ¿Porque me opongo a la guerra y no quiero que se lleven a los chicos sin saber a qué se exponen?

– Usted es un antipatriota porque se opone a una guerra justa contra quienes nos atacaron el 11/S.

– Y si es así, ¿por qué estamos en Irak, un país que no nos atacó?

– Allí también están los enemigos de Estados Unidos.

– Miren, sigan ustedes pensando lo que quieran, yo voy a seguir haciendo mi trabajo.

– No, no nos entendió, señor Torres, dice el negro alto que hasta el momento había callado, nosotros vamos a seguir con nuestro trabajo pero usted no. Se lo advertimos, no se interponga en nuestro camino. La mano de los marines es muy larga… Que tenga un buen día, señor Torres.

Los tres *recruiters* entran a la escuela. Juan se queda temblando de impotencia. Mira un momento el suelo. Luego, levanta la vista y mira hacia el cielo gris azulado de tormenta.

«¡Dame fuerzas, Cabezón. Dame fuerzas!».

* * * * *

Esa noche Juan intenta relajarse tomándose un té y mirando la serie The West Wing en la televisión. Allí trabaja Martin Sheen, quien tanto los ayudó cuando protestaban afuera del rancho de Bush en Texas. Es una serie que intenta no perderse y, en general, si suena el teléfono a esa hora deja que el mensaje entre en la contestadora. Esta vez alarga la mano algo distraído y se lleva el auricular a la oreja.

– Torres, soy el abogado Stoneface. ¿Tiene un momento para que le pueda

comentar algo importante? Mire, tenemos un problema con la demanda contra el laboratorio suizo. Las leyes estadounidenses dicen que hay un período determinado para presentar una demanda de este tipo. Hay estados en que se puede hacer hasta dos años después del hecho pero en otros, como el Distrito Federal, en Washington, donde yo la presenté, es hasta de tres años, siempre con relación a la fecha de la muerte de John. Y esa fecha, desgraciadamente, pasó. Incluso, cuando enviaron el informe en el que reconocen que todo se debió a la ingesta de la droga Lariam, ya sabían que pronto vencería el plazo y que no habría una demanda. Yo hice todo lo posible pero…

– ¿Todo lo posible? ¿Cuándo presentó la demanda Stone-face?

– Lo hice apenas tuve todos los papeles.

– Pero eso fue hace ya tres meses.

– Sí, pero estuve esperando una última autorización y legalización de los documentos.

– ¿Y?

– Y el plazo se pasó, lo siento mucho. Ya nada podemos hacer.

– Usted es un incompetente o algo peor.

– No, señor Torres. Hice todo lo posible, lo siento.

– No se haga el que lo siente tanto. Usted me traicionó.

08

¡Puta madre, cómo puede ser que no haya paz en este país!

Las orugas de los tanques *Abrams* hacen rechinar el asfalto del puente internacional del Paso del Norte. Es una larga columna de unos cien vehículos con los *humvees y* camiones de apoyo. Todo tiembla y el viento que se produce hace mover la dura vegetación, abajo, por donde pasa el Río Bravo que sigue su curso sin inmutarse ante el desastre político que se está produciendo apenas unos metros más arriba. Un momento antes habían llegado unas grúas militares que levantaron por el aire las casetas de inmigración para hacer paso a los tanques. El puente que todos conocen como el de Santa Fe ya estaba desierto. Apenas las radios comenzaron a hablar de una movilización militar desde El Paso, en Ciudad Juárez la gente salió corriendo para refugiarse en sus casas. No permanecieron ni los mafiosos de los prostíbulos que siempre están buscando negocios al pie del puente, huyeron como ratas apenas escucharon el rugido de los *Abrams.* Por ese lugar transitan miles de personas y vehículos cada día que pasan de un lado al otro de la frontera, este conglomerado internacional de sesenta millones de habitantes que ya muchos llaman *Améxica*. Esperan hasta cuatro y cinco horas para cruzar en medio del *smog* de los autos y los vendedores ambulantes que ofrecen a gritos sus productos. El aire es irrespirable y la situación insoportable; por cualquier cosa un agente de la *migra* americana puede parar a un mexicano y no dejarlo cruzar. Ahora la única contaminación viene del humo negro que lanzan los tanques, los agentes de la *migra* parecen haber huido como todos. Del lado mexicano tampoco quedó ni un guardia. Los *Abrams* avanzan por la calzada y en las banquetas se ven los cascos marrones de los soldados estadounidenses que vienen en fila mirando a uno y otro lado como si estuvieran en medio de la selva de Vietnam o en una callecita de Bagdad.

De pronto, de la nada aparecen unas figuras negras y amenazantes que se van desprendiendo desde el horizonte. Son cuatro helicópteros MH-60 *Black Hawk* que se desplazan a toda velocidad. Más atrás avanzan otras cuatro

figuras mucho más grandes, pesadas y ruidosas, los MH-47 *Chinook,* esos enormes helicópteros que se usan para el traslado de tropas. Y ahí, en el interior de todas esas naves está la clave de esta invasión.

Desde 1848, cuando los soldados estadounidenses cruzaron el Río Bravo de regreso a su país después de anexarse más de la mitad de territorio mexicano, ningún militar estadounidense había tenido ordenes de cruzar la frontera. Ahora, fuerzas especiales apoyadas por la artillería se están adentrando nuevamente en territorio mexicano. Esta vez, no parece haber ninguna intención loca de anexar ningún territorio. Más bien, por la actitud de los militares mexicanos que unas horas antes fueron abandonando sus posiciones hasta sus barracas o las laderas de las montañas en la zona sur y oeste de Ciudad Juárez, pareciera que hay algún tipo de acuerdo para que se rea-lice esta operación.

Como ocurrió apenas dos años atrás en Abbottabad, en Pakistán, cuando los comandos neutralizaron y asesinaron a Osama bin Laden, los hombres del Navy SEAL o Special Warfare Development Group (DEVGRU), las fuerzas mejor entrenadas del Pentágono, están invadiendo México por unas horas para terminar con lo que en Washington llaman «la amenaza del narcotráfico que proviene del sur». Los comandos, que evidentemente manejan información de inteligencia muy precisa, se adentran en el desierto de Chihuahua para intentar cazar a los máximos capos del cártel de Sinaloa y el grupo de Los Zetas, ex comandos de choque del cártel del Golfo, que en este momento se encuentran en un trailer, en medio de la nada, sellando un pacto de no agresión tras casi diez años de lucha entre ellos por controlar el poroso enclave de Juárez/El Paso, por donde entran a Estados Unidos miles de kilos de cocaína y mariguana para el deleite de millones de adictos en todo el territorio estadouni-dense. Unos no existirían sin los otros. No habría narcotráfico en México si no existiera el fabuloso mercado estadounidense. Sin embargo, en Washington muchos creen que acabando con los cárteles se va a acabar el problema. No quieren entender que mientras exista el consumo, existirá el negocio. Y mientras haya negocio siempre habrá financistas, traficantes y grupos de choque para defenderse de los competidores. Los comandos de DEVGRU cumplen la orden enviada desde Washington de acabar con el perro sin entender que la rabia ya está diseminada en territorio amigo.

Los *Black Hawk* avanzan a toda velocidad hacia el desierto en las afueras de Ciudad Juárez. Pasan por encima de esos galpones inmensos de las maquiladoras, las fábricas donde se ensamblan todo tipo de productos para la industria estadounidense sin pagar impuestos. El lugar al que sueñan llegar millones de inmigrantes centroamericanos y del sur mexicano. Los ochenta dólares semanales que se cobran por trabajar quince horas al día–una miseria para un obrero estadounidense–, para esa gente desesperada son una salvación. De allí salieron las quinientas trabajadoras que fueron secuestradas

y luego asesinadas entre la década de 1990 y 2007. A pesar de todo eso a Santa Teresa, como bautizó el chileno Roberto Bolaño en su *2666* a Ciudad Juárez, aún siguen llegando cada día miles y miles de inmigrantes que intentan pasar al norte o conseguir un trabajo que les dé una residencia en esta ciudad y una tarjeta para cruzar los puentes hacia el lado estadounidense cuando quieran. Sobre todo cuando están embarazadas y van a dar a luz a la clínica Casa de Nacimiento, apenas cien metros después de pasar la *migra,* y donde por 695 dólares nace el bebé y se le da un certificado que dice que es estadounidense.

* * * * *

Los helicópteros, mejor conocidos como *Night Stalkers,* van tripulados por dos pilotos y un asistente, todos del 160th Special Operations Aviation Regiment. Los panzones *Chinook* llevan otros 25 comandos cada uno. Más de cien hombres participan en esta operación. Dos minutos más tarde, aparece en el radar el objetivo; en la pantalla verde del *Black Hawk* número uno se ve claramente la estructura de un enorme trailer y varios autos a su alrededor, también hombres armados. Y sobre la carretera, a un kilómetro del lugar hay otras camionetas 4x4 de gran tamaño, las típicas de los narcos. Saben que todos están armados con *cuernos de chivo,* las AK-47 de origen húngaro y ruso que son las mismas que usan los combatientes de medio mundo. Para enfrentarlos, los comandos llevan rifles M4 y unos más manuables *Heckler&Koch* MP7. Dentro de sus uniformes camuflados marrón claro tienen las *Sig Sauer* P226, una pistola silenciosa y muy fácil de manejar.

El piloto del helicóptero dos pide una precisión al comando central ubicado en el corazón del Fuerte Bliss, no muy lejos de la línea fronteriza. Allí funciona desde 1849 la defensa de artillería aérea y fue remodelado en 2011 para albergar a 28.000 nuevos soldados que se suman a los 12.000 que estaban previamente. Con ellos vinieron 16.000 esposas, 21.000 niños y mil millones de dólares para la economía local. La reestructuración formó parte de un antiguo realineamiento denominado BRAC, pero fue apoyada particularmente en Washington por la nueva guerra de baja intensidad que esperan librar en los próximos meses contra los cárteles de la droga mexicanos. Hoy, aquí, en este desierto terroso se está produciendo la primera batalla.

– *Hawk* dos a base. Repita la orden para proceder.

– Base a *Hawk* dos. Proceda contra el blanco. Repito, proceda.

El piloto, levanta con su dedo pulgar el dispositivo de seguridad y aparece el botón rojo del misil que va a lanzar. Da una mirada de soslayo a su copiloto y observa en la pantalla la ubicación del otro helicóptero. Aprieta el botón. El misil sale haciendo una curva y dejando una estela de vapor blanco, se pierde entre la bruma y la tierra que se levanta desde el desierto. En la pantalla se ve perfectamente como se aproxima al blanco. En un momento se produce una

enorme explosión y desaparece la parte delantera del trailer. La trasera vuela hacia un costado y queda volcada. Cuando se disipa un poco el polvo se distinguen personas corriendo para todos lados–en la pantalla se ve como si fuera un hormiguero recién pateado–, los *Hawk* se abren y se sitúan de inmediato uno a cada lado del trailer. En una maniobra rápida descienden y se descuelgan cuatro comandos de cada nave. Todo en medio de una impresionante balacera. Desde los helicópteros disparan con ametralladoras de 50mm contra las camionetas que quieren escapar. Los comandos dominan en pocos segundos la escena. Unos pistoleros tatuados corren disparando hacia cualquier lugar, no llegan muy lejos. Descienden más comandos de uno de los *Chinook.* Entre ellos Jennifer Gómez, una *niuyorican,* una de esas chicas puertorriqueñas de Nueva York, morena y sensual, muy parecida a Yesica López Andrada, la salvadoreña de Los Ángeles, amiga de John Torres. «La guerra *is a fucking shit.* En cualquier momento voy a tener que ir a pelear a mi país… Pero si voy me quedo en la playa, ahí cerquita de San Juan», se dice la chica mientras se le dibuja una tímida sonrisa. Sabe que su vida, como la de muchas otras mujeres jóvenes que se enrolan en el ejército para alejarse de sus maridos abusadores y la pobreza del Bronx, está ligada para siempre a ese uniforme. No lo dejará hasta que logre una pensión aceptable y pueda dedicarse a ser una aburrida guardia de seguridad en alguna tienda o guardaespaldas de algún millonario. Por ahora, está compenetrada con su M4 apuntando y disparando. «Fucking son of bitches. Tienen mejor puntería que los talibanes», piensa Jennifer mientras corre. Pero la operación es mucho más fácil que las de Afganistán o Irak. Quince minutos después de haber comenzado la Operación Desierto Próspero–como la bautizó poéticamente el comando central en el Pentágono–ya están llevándose al otro lado de la frontera a los máximos capos de los cárteles de Sinaloa y Los Zetas. Ahora van por los de Juárez, quienes no lograron enterarse a tiempo ni de esta reunión conspirativa de sus archienemigos ni de la invasión estadounidense.

* * * * *

El chirrido del acero penetra en el cerebro como un aguijón, todos los que están montados en la bestia cierran los ojos y algunos tapan sus oídos sin mayores resultados. Entre el ruido y los barquinazos del tren, Marlene y Erick tienen dolor de cabeza permanente. El Moncho, Alexis y Álvaro ya no se quejan. Hace doce días que están arriba de estos convoyes de carga sin dormir más de cuatro horas seguidas y parecen anestesiados.

– Tienes que concentrarte en una vieja o algo así y no pensar en tu raza ni nada. Así te vas olvidando de que estás sobre este chingado tren y que todavía vas a estar mucho más, le explica El Moncho a Erick.

– ¿Y no es mejor pensar en lo que te vas a encontrar, en el futuro?

– No, eso es también una chingadera. No sabemos qué vamos a encontrar.

– ¿Pero no vamos a Estados Unidos por el sueño americano?

– Vamos por la falta de sueños catrachos, porque en Honduras no hay futuro. En Estados Unidos, al menos hay trabajo.

El golpetazo de la curva que lanza el vagón de un lado a otro interrumpe cualquier charla. El Moncho casi se cae pero Alexis lo agarra de un brazo. Ya vieron como se caían tres muchachos en el camino y nadie sabe en qué estado quedaron. Montar a la *bestia* es como estar en un rodeo, sólo que en vez de caballo hay fierros, en vez de ruedo hay vías y en vez de vaqueros hay muchachos desesperados. Este es apenas un pequeño grupo de centroamericanos que escapan de la pobreza de sus países, unos 200.000 cada año, que se trepan a los trenes de carga que cruzan México en un *raid* que les puede llevar hasta un mes de viaje en el que están expuestos a robos, violaciones, secuestros, mordeduras de animales, amputaciones y hasta la muerte para intentar llegar a Estados Unidos en busca de un trabajo, de un futuro. A estos ferrocarriles se los conoce como «el tren de la muerte» o simplemente la bestia. Los jinetes, hoy, son este grupo de hondureños de 25 años en promedio que se están jugando la vida intentando domar a este animal de acero.

Nota: Algunos fragmentos referidos a la travesía de los inmigrantes centroamericanos para llegar a Estados Unidos forman parte del artículo «Los jinetes de La Bestia» publicado por el autor el 3 de abril de 2011 en el diario argentino *Clarín*.

Marlene Funes tiene 23 años, los ojos de un osito de peluche y viste una playera de la Pantera Rosa. No tiene mucha idea de lo que está haciendo; sigue a Erick Ávila de 34 quien ya vivió nueve años en Manassas, Virginia, trabajando como pintor en una constructora y fue deportado hace seis meses hacia Tegucigalpa. Ahora lo intenta de nuevo. «No tengo nada que perder, en Estados Unidos puedo ganar seis dólares la hora. Eso es lo que me pagan en Honduras por tres días enteros de trabajo», calcula. Marlene dice que está dispuesta a trabajar de cualquier cosa menos de prostituta. Dejó en Tegucigalpa, con su mamá, a un hijo de seis años. Alexis y El Moncho tienen un plan que no se lo cuentan a nadie, la información se la pasaron unos compadres de su pueblo que les dijeron qué hacer. «Apenas crucen, en El Paso, tienen que tomar un autobús que los lleve a la oficina de reclutamiento del ejército estadouni-dense, en las puertas del Fuerte Bliss. Están desesperados por nuevos soldados y no les importa nada, no importa si sabes inglés o si acabas de llegar, les dices que te quieres alistar y firmas todo sin decir ni una palabra. Esa misma noche estás comiendo bien en la cantina de la base y en una semana te dan un fusil. Ya está. Eres un soldado. Eres estadounidense».

El tren se acerca a Medias Aguas, un cruce de vías que aprovecharán para descansar y acompañar a Carlos Trejo, un compatriota de San Pedro Sula de

28 años, quien tiene un poco de fiebre y diarrea. «Fue lo que comí ayer en el albergue de los curas, estaba muy picante. No estoy acostumbrado a comer tan picoso», cuenta entre quejidos. Los otros lo esperan por solidaridad y porque ya es un veterano de esta travesía y les puede ser muy útil como guía en este largo camino. Lo ha recorrido seis veces en los últimos años y conoce cada refugio, cada tren. Carlos lleva cinco años trabajando en la industria de la construcción en Houston, Texas.

El próximo carguero hacia Orizaba sale a las once de la noche, habrá que llegar antes para montarse sin ser vistos por la policía federal mexicana que intenta evitar que los inmigrantes invadan este centro de carga con trenes directos a la estación Lechería en el Estado de México.

El grupo ya pasó por todo; primero fueron los policías, apenas cruzaron la frontera de Guatemala a México los pararon en Ciudad Hidalgo, Chiapas, y les tuvieron que dar las pocas lempiras y pesos mexicanos que tenían encima. Después, a su llegada a Arriaga aparecieron unos mareros a quienes pagaron mil dólares entre todos para que no los entregaran a unos secuestradores. Esa es la mayor industria de esa zona. En 2010, la Comisión Nacional de Derechos Humanos de México informó que más de diez mil inmigrantes centroamericanos fueron secuestrados mientras intentaban cruzar el país. En general, son secuestrados por grupos de narcotraficantes como Los Zetas que piden hasta tres mil dólares de rescate a familiares y amigos que esperan a los migrantes en Estados Unidos. Es un enorme negocio. Las organizaciones obtienen cada año más de 25 millones de dólares en ganancias sólo de esta actividad. Las mujeres, además, son violadas. Ninguna se salva.

La locomotora azul acomoda los vagones en una tarea que requiere paciencia y precisión. Se van enganchando uno a uno hasta completar la formación de más de cuarenta vagones. Los de adelante están totalmente prohibidos, llevan químicos. Cientos de migrantes murieron intoxicados en los últimos años cuando se metieron en estos vagones. Los de atrás llevan cereales y contenedores. Cuando el convoy comienza a rodar salen decenas de muchachos y algunas chicas de entre el monte y comienza la loca carrera por montar a la *bestia.* Corren a la par del tren por entre las piedras puntiagudas. Cualquier imprecisión puede significar caer y perder al grupo con el que se viaja, tener un duro golpe o que las piernas se vayan debajo de una rueda. Los más hábiles suben a la pequeña plataforma entre los vagones y le dan la mano a los más retrasados. A las chicas las levantan de la cola y el de arriba las jala sin mayores delicadezas. Marlene vuela por el aire y Erick la sigue de un salto. Alexis, el más hábil, ya está parado sobre el vagón. Levanta los brazos al viento en señal de victoria. Cree que domó a la *bestia.* No entiende que todavía le faltan dos semanas de viaje, allí montado en el acero.

* * * * *

Es domingo y Juan tiene el día libre. Acordó con un grupo de amigos argentinos y mexicanos jugar un partido de fútbol al mediodía. Antes va a leer tranquilamente el diario y después se meterá en la computadora para revisar su correo electrónico y su cuenta de Facebook. Con una media hora frente a la pantalla estará informado y conectado con la comunidad que se opone al alistamiento compulsivo de los chicos hispanos o piden por ampliar los beneficios para los chicos que regresaron de Afganistán e Irak afectados por el estrés postraumático o directamente sin piernas o brazos. Hace ya casi cuatro años que el presidente Ba-rack Obama decretó el fin de las guerras pero aún siguen en Bagdad y Kabul miles de soldados y nadie cree que puedan salir de esos lugares en menos de diez años.

Ahora, Juan tiene todas sus energías puestas en la Fundación John Torres, el centro que armó en memoria de su hijo con unos fondos que obtuvo como indemnización de un seguro que había contratado John poco antes de ir a Afganistán. Se dedica a asesorar legalmente a chicos que deciden desertar o incumplir los contratos firmados cuando son aún menores de edad. Trabajan con él algunos abogados de forma voluntaria. La fundación es hoy su razón de vida, pero al mismo tiempo se siente frustrado. La severa recesión económica que padece el país y buena parte del resto del mundo no le permiten dedicarse exclusivamente a la fundación. Tiene que seguir trabajando en el hotel sirviendo desayunos, almuerzos y cenas. Aunque allí también le dan cada vez menos horas. La recesión golpea a todas las industrias y la hotelera es una de las más sensibles cuando hay desaceleración económica.

Al abrir Facebook se sorprende de la cantidad de mensajes que entraron en los últimos minutos. Hablan de una invasión estadounidense a México. Cree que está alucinando. Mira la portada del *Chicago Tribune* y no hay nada, ni una palabra de la movilización militar. Entra a la página de *The New York Times y* nada. Ni *El País* de España, ni el *Clarín* de Argentina, ni el *Reforma* de México tienen una sola referencia. Cree que alguien se volvió loco. Pero cuando abre su correo electrónico ya tiene un mensaje de Cindy Sheehan diciéndole que la llamó un activista de El Paso para denunciar una movilización militar muy grande en la frontera. También tiene otro de Emilio Villalobos, un defensor de los derechos humanos de Ciudad Juárez que dice que se vieron helicópteros estadounidenses en territorio mexicano y que se escucharon explosiones.

«¡Puta madre, no puede ser que no haya paz en este país! ¿A quién se le habrá ocurrido invadir México?¿Será cierto? ¿No andarán bolaceando estos?», se pregunta.

Poco después tiene la respuesta con cámaras en vivo desde El Paso en todas las cadenas de televisión. Las imágenes son de unos tanques estacionados a la vera de los puentes y soldados tomando posición en la frontera. Los reporteros hablan de una incursión de comandos especiales que se replegarán apenas

termine la operación. Hay informaciones contrapuestas sobre si el gobierno mexicano conocía de antemano el operativo y si fue coordinado entre las autoridades de los dos países.

En la Ciudad de México, grupos de priistas y perredistas se concentran frente a la embajada estadounidense sobre avenida Reforma, a una cuadra del Ángel de la Independencia. La Casa Blanca y Los Pinos guardan silencio. El congreso mexicano está en receso. Los congresistas estadounidenses no tienen sesión hasta el jueves y casi todos abandonaron Washington para regresar a los distritos que representan. Lo único que queda son las televisoras internacionales de noticias que parecen estar transmitiendo en cadena. Todas tienen la misma imagen de una filial de la CBS de El Paso mientras sus reporteros estrella corren al aeropuerto para viajar a Texas y transmitir en directo para los noticieros centrales de la noche.

Juan también pone un pantalón, dos camisas y dos calzoncillos en una mochila y se va al aeropuerto. Cindy está convocando a una manifestación en la frontera para esa misma tarde.

* * * * *

La segunda formación con dos Black Hawk y dos Chinook se dirigen al oeste. Tienen enfrente el famoso Cerro Bola de la sierra de Juárez. Por esa zona pasaba el Camino Real de Tierra Adentro que en la época colonial comunicaba la Ciudad de México con la de Santa Fe, la capital del ahora estado de Nuevo México. Por ahí arriba pasa ahora el camino para el transporte de carga más pesado que no transita por el centro de la ciudad. Y ahí, también es donde se esconden los pistoleros del cártel de Juárez. Los helicópteros llegan en minutos a una colonia levantada en la ladera de la montaña. El primer Hawk ya tiene en la pantalla una pequeña vivienda escondida detrás de un muro de al menos dos metros y medio de alto. El piloto cumple con el rito de pedir permiso para el ataque. La central en el Fuerte Bliss se lo da y el misil sale limpio, perfecto hacia el centro del muro. Brooooommmm. En la pantalla verde se ve la explosión y por la ventanilla el hongo real de tierra y escombros que se eleva. Los comandos ya están descolgándose. Los Chinook aterrizan sobre la ladera, en un ensanche de la ruta, y los otros comandos corren a tomar posición. Quienes hayan quedado vivos dentro de esa vivienda ya están cercados. Algunos hombres intentan subir a una camioneta, otros quieren escapar por detrás donde se abre un pequeño camino escarpado. Hay un tiroteo. Los de la camioneta disparan a los comandos estadounidenses pero no tienen ninguna oportunidad de salir de ahí. Dos de los hombres caen por las balas, los otros dos levantan las manos y se tiran al suelo. Desde de la casa disparan con una ametralladora pesada, le responden directamente desde uno de los Hawk que sigue sobrevolando el lugar a muy baja altura. El combate se extiende por unos quince minutos hasta que al interior de la casa se rinden. Los comandos van apresando a los

hombres que quedan vivos y entran en la vivienda. Es un verdadero búnker. Con un detector infrarrojo pueden ver el subsuelo y algunos hombres en su interior. Los Navy Seals se mueven como si fueran miembros de un ballet; se hacen señas, uno saca una granada, otro ya tiene la mano sobre lo que parece una tapa de concreto. Le engancha una soga. Otro comando se acerca a ayudarlo, ambos jalan. Apenas se abre la tapa, el hombre de la granada la arroja al interior. Prrrruuuuummm. Sale un gas negro y amenazador pero no hay destrucción, es una granada de humo lanzada para capturar vivos a los hombres escondidos. Comienzan a toser y a gritar. «¡No disparen! Don't shoot! ¡No disparen!», suplican varias voces. Poco a poco comienzan a aparecer unas manos, unas cabezas y unos cuerpos de hombres sudorosos. El último parece ser el más preciado. El teniente estadounidense al mando tiene en su mano una foto, sabe que es él. El capo del cártel de Juárez que estaba buscando. Jaime Lorenzo Estremeño, alias «El Parrillero» por su inclinación a torturar a sus enemigos poniéndolos en una estructura de hierro y prendiendo un fuego por debajo como si fuera un lomo de becerro para preparar a la barbacoa.

– *Package delivered, I repeat, package delivered*–dice el teniente–.

– *Roger that*–responde la voz de la radio–.

El teniente da la orden de repliegue. Los apresados son llevados hasta el *Chinook,* el resto de los comandos se pueden relajar para un corto viaje de regreso mirando las montañas Franklin, al fin del desierto de Chihuahua, en el lado estadounidense.

* * * * *

En el albergue de Tierra Blanca, la hermana Guadalupe está terminando de preparar una sopa de tortilla, caldo de pollo con trozos de verdura y pedacitos de tortilla de maíz con algún chile serrano dando vuelta. También hay arroz y frijoles negros. Esperan a los que vienen en el tren de la mañana. Rosanna Paguada, de Tegucigalpa, 28 años, artista y cocinera, y Eric Ríos, de Chinandega, Honduras, 25 años, colocador de alfombras, prefieren quedarse afuera. «Igual te dan comida y no tenemos que dar explicaciones a las monjas», dice Rosanna a otros migrantes que se acercan. Estos deciden entrar para aprovechar y darse una ducha. Conoció a Eric en uno de los trenes y comparten el hecho de ser unos veteranos de este tipo de viajes y de estadía en Estados Unidos. Los dos prácticamente se criaron allí, uno en Tennessee y el otro en Texas, y vuelven después de haber sido deportados tres meses atrás. Los esperan sus hijos y parejas; Rossana tiene un niño de nueve años, Eric una bebé de meses. Ella muestra en su celular un video del cantante de música *country* Marcus Humman. «Me dedicó una canción que lleva mi nombre y actué en el video», cuenta. Rossana se crió en Nashville pero nunca terminó de hacer los papeles. Por una cosa u otra nunca tuvo la residencia, hasta que un día la paró una camioneta de migración y se la llevó. Estuvo en la cárcel

como un mes y un día la metieron en un avión hacia Tegucigalpa. Pero ahí no tiene nada, su vida está en Tennessee. Necesita volver como sea.

A Eric le iba bien colocando alfombras. Hasta que fue al hospital a llevar a su bebé que ardía en fiebre. Cuando tuvo que llenar los papeles dio su dirección y dijo que era indocumentado. La *migra* lo fue a buscar una semana más tarde.

El grueso de los que bajan del tren van directamente hacia la estación de Tierra Blanca. Ahí, a unos cien metros está la planta purificadora de agua de Isidro Carrizal. Hay al menos unos sesenta inmigrantes esperando que salga el tren de la tarde hacia Orizaba, el nudo ferroviario donde pueden alcanzar otro tren que los lleve hasta Lechería, en las afueras del Distrito Federal. Ayer mismo había en ese lugar más de cuatrocientos migrantes. Isidro no daba abasto. Estuvieron cocinando y dándoles de comer durante casi seis horas. Hoy son menos y se las están arreglando bastante bien ellos mismos. Tres muchachos cortan leña, otros dos calientan el aceite para freír las tortillas y calculan cuántos kilos de arroz van a necesitar. Mary, una militante católica delgada y muy activa, los dirige y luego los convence de esperar unos minutos para rezar antes de comer. «Señor protege a estos muchachos de los peligros del camino, que no sean atacados por las bandas criminales, que no sean golpeados, que logren llegar sin ser lastimados», invoca Mary. Todos cierran los ojos y escuchan. Una chica con una camiseta con la imagen de la virgen mo-rena de Guadalupe levanta los brazos al estilo evangelista. El olor de la comida recién hecha invade el final del rezo. Comen por grupitos hablando en voz baja. Hay unos que no parecen ser muy confiables que permanecen del otro lado de las vías bajo un árbol para protegerse de los 37° con 90% de hume-dad. Mandan a uno de ellos a buscar comida para todos, ya se habían llevado un bidón de agua. «Hay que echarle un ojo a esos. Andan jalados y son capaces de chingarnos», dice en voz baja Denis Chavarría que ya tuvo una muy mala experiencia cuando cruzó la frontera de Guatemala hacia México y fue perseguido por una célula de la Mara Salvatrucha. Se ocultó en la selva con otros compañeros y se salvó pero sabe que con ellos viaja gente que en cualquier momento los puede asaltar y robarles los pocos dólares que tienen para pagar al pollero que los cruzará a Estados Unidos.

Adela Trimiño, tiene 26 años y cuatro hijos de 3, 6, 9 y 11 años que dejó con su madre en San Lorenzo Valle, un pueblo de Honduras que vivía de la pesca y del trabajo que daba una empacadora de camarones. «Hace un año unos gringos compraron la empaca-dora y trajeron gente de otros lugares. No contrataron a ningún hondureño más. Nos quedamos sin nada», cuenta; es gordita, inteligente, simpática y absolutamente decidida. Tiene el récord de todos los que están allí, es el cuarto viaje que intenta en tres meses; la primera vez la agarraron en la frontera mexicana, la segunda, llegó a Estados Unidos pero la arrestaron en el puente de Laredo y la última vez se enfermó y tuvo

que regresar para recuperarse. Esta vez dice que es la definitiva. «Me espera un compadre con trabajo en la cocina de un restaurante de Houston y voy a llegar. Es la única esperanza de que mis hijos puedan comer», dice mientras le pasa la receta a otra chica de la «sopa maravilla», una especialidad de su pueblo.

Escucha asombrada Wendy García, también de 26 años y con tres chicos. Está viajando por primera vez junto a su marido a quien le prometieron un trabajo en el campo en Texas. «Espero que sea esta vez la definitiva. No aguantaría cuatro viajes como hizo Adela. Si tengo que volver y veo a mis hijos no me voy nunca más», dice con una enorme angustia en el rostro. Algunas lágrimas le corren por el cuello y mojan el rosario de plástico que lleva colgado.

Trrruuuunnnn. La sirena de la máquina despierta a todos del letargo. En apenas unos segundos se levantan, toman sus mochilas o bolsos destartalados y ya están al pie de la vía. La *bestiase* mueve lenta pero el sonido del acero friccionado anuncia que está por partir y se resiste a que la monten. Pero estas chicas y chicos no se dejan amedrentar, comienzan a correr al lado de los vagones y se cuelgan de los pasamanos. A Marlene la levantan en el aire y aterriza sobre la parrilla del primer descanso. Alexis y El Moncho son los primeros en trepar hasta el techo. Están jugando una carrera entre ellos para ver quien tiene más agilidad para montar a la *bestia.* Dicen que de esa manera estarán entrenados para enlistarse en el ejército estadounidense. Tienen hambre pero alguien les dijo que no se preocupen que cuatro horas después, cuando el tren pase por Guadalupe-La Patrona, a unos 180 kilómetros, hay que estar muy atentos porque allí unas mujeres extraordinarias les arrojarán una bolsa con la cena y el agua que necesitan para sobrevivir hasta la próxima parada. Un corcoveo de la *bestia* oculta de la vista a Alexis hasta que se le ve resurgir como una sombra, saludando con la mano como un domador triunfante. Está convencido de que con su plan ya tiene su futuro asegurado.

* * * * *

Alrededor de trescientas personas se concentraron en la callecita de El Paso que desemboca en el puente de Santa Fe. Un cordón de la Guardia Nacional les impide avanzar. Pueden ver a lo lejos a los soldados y los tanques que se desplegaron por la avenida paralela al río del lado mexicano. Los helicópteros se escuchan e incluso se pueden ver a lo lejos a pesar de la niebla del desierto. Se percibe un gran movimiento. Hay gente que está siendo subida a los camiones, son casi todos hombres de aspecto sospechoso y cara curtidas por el delito. Hay también algunas mujeres que parecen ser las chicas que trabajan en los prostíbulos del centro de Juárez. Los están arrestando a todos. Más allá, en una de las callecitas transversales parece verse una de las camionetas de la policía federal mexicana, los policías, con pasamontañas negros, simplemente observan. Al final, sobre los cerros hay dos sectores alejados uno del otro por donde se elevan unas columnas de humo, unos hongos que quedaron

suspendidos en el aire después de escucharse explosiones. En las zonas montañosas, las explosiones se escuchan con ecos repetidos, sonidos que chocan contra las laderas y rebotan hacia otro lugar. Esto hace difícil saber exactamente de dónde provienen pero el humo queda como testigo.

Juan llega apurado desde el aeropuerto. Lo trajo un taxista hasta unas quince cuadras del puente, por la zona del teatro de la ópera, en la calle North Mesa. Desde allí caminó por una avenida desierta que en cualquier otro momento estaría repleta de gente comprando y vendiendo y muchos más simple-mente cruzando de un lado a otro de la frontera. Va siguiendo los gritos de los manifestantes y ya puede ver la cara de Cindy Sheehan con el megáfono en la mano lanzando una consigna contra la intervención. Le pasa la mochila que trae a un muchacho que conoce de Nueva York y se suma a la primera línea, ahí donde están los activistas llegados desde todo el país y las cámaras. El reportero Gustavo Mariel de Univisión que recién llega desde San Antonio lo reconoce de inmediato y le pregunta sobre lo que está pasando.

– Esto es una locura. ¡¿Cómo pueden estar invadiendo un país de esta manera?!, dice Juan.
– Dicen que es sólo una operación y que regresan a este lado de la frontera hoy mismo.
– No importa, ya invadieron. El daño ya está hecho.
– ¿Y qué tendría que hacer México?
– Condenar esto de la forma más dura posible y pedir a todos los países latinoamericanos que lo acompañen. El gobierno de mi país, Argentina, debería ser el primero.

La información que llega desde la Ciudad de México y de Washington indica que se trató de un operativo coordinado por las cancillerías y no una invasión. Pero esto no puede ser admitido abiertamente por ninguna autoridad; si fuera así, los mexicanos estarían aceptando que su soberanía fue violada por primera vez desde la guerra de 1846. El gobierno del Partido Revolucionario Institucional (PRI), que tiene la defensa a ultranza de la soberanía nacional como su razón de ser, terminaría hecho trizas y no gobernaría nunca más. Ahora que han po-dido regresar después de doce años fuera del poder–tras 70 años de férreo control del país–, no pueden arriesgarse a aceptar que las fuerzas estadounidenses realicen una incur-sión militar en su territorio; pero tampoco pueden levantar muy alto sus banderas porque ya aceptaron de alguna manera que esto ocurriera mientras ellos miraban por un rato para el otro lado. Apuestan a que el escándalo internacional se vaya desvaneciendo en unos meses, sobre todo si se logra pacificar el norte del país con la aprehensión de los máximos cabecillas de los cárteles. Esto, a pesar de todo, sería bien visto por la población harta de la guerra que se mantiene desde hace seis años y que ya dejó más de sesenta mil muertos.

Mientras Juan arma los carteles con el rostro de John que lleva a todos lados,

ya se puede ver en el horizonte que los helicópteros y una larga caravana de camiones del ejército están retornando hacia el Fuerte Bliss. Media hora más tarde, los tanques *Abrams* también se ponen en marcha formando columnas de *smog*. Retroceden por el puente en forma estrepitosa y lenta. Los soldados van por los costados y también se mueven muy despacio y apuntando hacia todos lados. Nadie los ataca, pero ellos conservan el estado de alerta y combate incluso en la retirada.

Los manifestantes gritan pero ya casi no tienen a nadie a quien dirigirse, de la nada reaparecen los agentes de la aduana y de la *migra.* Apenas pasa el último tanque ya están en marcha las grúas para volver a colocar en su lugar las casetas de revisión. Los reporteros que hasta ese momento eran lo más importante para todas las cadenas de televisión del mundo que transmitían en vivo, ahora son dejados de lado y los productores en Washington y Nueva York ni siquiera contestan sus pedidos de instrucciones. Está por comenzar una conferencia de prensa en el Departamento de Estado donde se explicará lo sucedido. El reportero de Univisión le presta uno de sus audífonos a Juan para que escuche la conferencia que está dando uno de los portavoces. El secretario de Estado se encuentra de gira por China. El hombre acostumbrado a enfrentar a la prensa con evasivas explica que se trató de una «megaoperación» para terminar con los capos de los cárteles más sangrientos de México, responsables de numerosas muertes dentro de Estados Unidos y del envío de miles de toneladas de cocaína, heroína y mariguana. Que se obtuvo información de inteligencia de una reunión entre los hombres más encumbrados de Sinaloa y Los Zetas, así como el escondite de todos los pistoleros y jefes de Juárez. Y que se había intervenido de esa manera ante la gravedad del asunto y para que no se pudiera alertar a nadie de lo que iba a suceder. Esa es la razón por la que no se le avisó al gobierno de México. «Pedimos todas las disculpas del caso pero ésta era una situación en la que estaba en juego la seguridad nacional y no podíamos poner en riesgo la operación», dice el portavoz.

Juan escucha moviendo la cabeza, se siente abatido. Toda la situación es enormemente compleja. Sabe que esto traerá un debate internacional sobre la intervención estadouni-dense en los intereses soberanos de los países latinoamericanos. Pero también sabe que si las aprehensiones logran disminuir la violencia que azota a México y a la frontera la gente no seguirá protestando.

Saluda a Cindy y a otros dos o tres activistas, recupera su mochila, y comienza a caminar hacia la terminal del Greyhound donde le dijeron que puede tomar un autobús al aeropuerto. Está cansado y confundido. «¿Para qué me dejé llevar por el apuro? ¡Esta Cindy me mete en cada cosa!».

Cuando cruza la avenida Overland aparecen dos chicos jóvenes con los pantalones mojados. «Estos dos acaban de cruzar. Fueron vivos.

Aprovecharon la confusión y se metieron».

– Señor, ¿dónde queda el Fuerte Bliss?, dice Alexis.

– ¿Y ustedes para qué quieren ir ahí? ¿No vieron lo que pasó con el ejército? ¡Está todo muy convulsionado! Mejor no vayan ahí.

– No, es que tenemos que ir a ver a un tío que nos está esperando, miente *El Moncho.*

– Bueno, queda en las afueras de la ciudad. Van a tener que tomar un autobús, ahí enfrente tienen la terminal, de ahí deben salir. ¿Tienen dólares para pagar?, pregunta Juan dándole lástima esos dos chicos flacuchos que están frente a él.

– No, sólo unos pesos.

Les da veinte dólares. Alexis y El Moncho se deshacen en agradecimientos y desaparecen por un costado de la terminal. Juan, sin saberlo, está pagando dos pasajes baratos a Bagram.

Agradecimientos

Cada sábado alrededor del mediodía, y durante seis o siete meses, sonaba el teléfono de mi casa. Era Juan. Y casi siempre me encontraba escribiendo. Era el momento justo para preguntarle y sacarme las dudas de la escritura de la semana. La fuente era subjetiva, obviamente, pero me iba aclarando aspectos oscuros y me daba la gran posibilidad de no tener que inventar nada innecesario. Esta es una historia narrada y escrita en vivo. Tengo que agradecer de sobremanera esas llamadas, la disposición de Juan.

Anteriormente, durante unos días en Chicago, Juan me fue contando el grueso de la historia mientras visitábamos el monumento a los caídos en las guerras, me llevaba a una reunión de activistas o nos tomábamos unas cervezas para aguantar el picante de los burritos. Allí me abrió su casa y me fue mostrando todos los documentos que iba recibiendo.

Juan me contó la historia de John con todos los detalles de que disponía. El resto, me lo fueron dictando los papeles oficiales a los que tuve acceso. Todo lo demás es acumulación de información durante los últimos diez años. O lo vi en Afganistán o lo viví en Irak o me lo contaron bajo las bombas mien-tras cubría las guerras.

Para evitar juicios y quejas cambié casi todos los nombres e inventé algunas escenas. En cambio, aparecen con todo detalle las identidades y características de la gente que acompañó a Juan en su lucha o los que salieron a la calle para protestar contra las guerras de Bush. Por respeto a ellas y su dolor di otros nombres a la madre y la hermana de John. Fueron muy valientes y tuvieron una participación clave en el esclarecimiento de su muerte. Aunque preferí que su identidad apareciera modificada dentro de la estructura de esta novela. Creo que ellas también lo prefieren así.

Algo parecido sucede con el final. Hasta el momento en que este libro entra en imprenta, las tropas estadounidenses no han invadido territorio mexicano para atrapar a los capos del narcotráfico. Pero no se necesita ser adivino para saber que algo de eso sucederá muy pronto. En cambio, los personajes de los migrantes que viajan en la *bestia* hacia Estados Unidos son muy cercanas a la realidad. Los entrevisté en mayo de 2011 en varias estaciones y arriba de los trenes en los estados de Veracruz y México. A pesar de todo esto, ésta sigue

siendo una ficción, una novela.

Quiero agradecerle la oportunidad que me da Marcelino Elosua quien tuvo el interés de escuchar la historia en un viaje entre Buenos Aires y el Distrito Federal de México. Lo mismo para Elvia Navarro y todo su equipo de editores mexicanos que tuvieron la paciencia de corregir los originales que iban llegando por correo electrónico. Al diario *Clarín* que me permitió acercarme a esta gente y a estos temas a través de las coberturas de noticias en los últimos años. Y a mis tres amores, Gabriela, Jazmín y Azul que me bancaron las guerras y las ausencias. Gabi sabe que este libro es también de ella.

Buenos Aires, febrero de 2012.

Índice

01. ¡Mata el miedo, Bro!
02. *«Good, good, cheap!»*
03. ¡El Cabezón habló de más!
04. Ay, Cabezón, mi Juancito. Aquí te viniste a morir
05. Ay, argentinito, ¿por qué te moriste antes que yo?
06. ¡El ejército mató a John!
07. Usted hermano argentino, me hizo ver
08. ¡Puta madre, cómo puede ser que no haya paz en este país!
Agradecimientos